

52. Arturo Gil Mendoza y Juan Jesús Velasco Orozco *Educación física: asignatura y profesión normalista (1897-1988)* (tesis)

53. Miguel Ángel Pérez Rebollo *"La promoción de la actividad física" para la salud a través de las TIC* (propuesta didáctica)

54. Coordinadora: Laura Guadalupe Caballero Cerdán *"Fomento a la lectura": Una mirada desde tres prácticas profesionales en educación preescolar y primaria* (tesis)

55. Francisco Carranza Ríos *"La formación ciudadana para la cultura de paz": Vivencia de filosofía lúdica en un jardín escolar* (tesis)

56. Susana Hernández Becerril (coordinadora) *Producción académica emancipadora* (tesis)

Cuentos que no son para niños, es adentrarse en micro relatos y narrativas breves, que sujetan el mundo desde distintas aristas de la realidad, entre tonos cínicos, otros despiadados y otros en ese sensible filo del amor y el desamor. Ricardo Pérez Campos, ha dejado madurar sus palabras, hasta lograr un estilo que va a dejar un buen sabor de letras, a través de los 79 textos que entretejen el libro, y que advierten desde su título, una cierta clasificación "b", pero que al final nos damos cuenta, que gozan de una psicología inversa, donde los niños serán los mejores lectores del quehacer narrativo de Ricardo. Pero, ¿quién dijo que los adultos no llevan un niño dentro? ¿Y quién más se atrevería a decir, que, dentro de un niño, siempre habrá un adulto escondido? Los invito a adentrarse en las letras de Ricardo Pérez Campos, que nos dará mucho de qué hablar en sus ***Cuentos que no son para niños***.

Marco Regalado



Ricardo Pérez Campos

Cuentos que no son para niños



Foto: Manuel Próspero

Ricardo Pérez Campos, caminante de la ciudad de Morelia, Michoacán; México. Ha sido profesor de inglés y de informática; narrador, poeta, actor de teatro, mesero y cantante de bar, es decir, un mentiroso profesional. Tiene textos publicados en la antología "Raíces a una voz" (FiliT 2017), en el suplemento dominical "Diezmo de palabras" de la ciudad de Celaya, Guanajuato y en la Revista Digital "De Pulke y otros versos". En 2019, publicó con la Editorial Independiente "Caja de Pandora" su poemario "Mitologías".

Cuentos que no son para niños

Ricardo Pérez Campos

Cuentos que no son para niños

Ediciones Normalismo Extraordinario

Cuentos que no son para niños

1ª Edición, diciembre de 2020

D.R. ©Ediciones Normalismo Extraordinario

ISBN 978-607-9064-80-8

Impreso y hecho en México

Queda prohibida la reproducción de este libro de forma parcial o total por cualquier medio, bajo las sanciones establecidas por la ley, salvo por la autorización escrita de los editores y/o autor. Las características de composición, diseño, formato, son propiedad de la editorial.



EDUCACIÓN
SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA



DGESUM
DIRECCIÓN GENERAL DE EDUCACIÓN
SUPERIOR PARA EL MAGISTERIO

 Consejo
Nacional
de Autoridades de
Educación Normal
CONAEN



**Secretaría
de Educación**
Gobierno del Estado de Michoacán



Directorio federal

Andrés Manuel López Obrador
Presidente de México

Esteban Moctezuma Barragán
Secretario de Educación Pública

Francisco Luciano Concheiro Bórquez
Subsecretario de Educación Superior

Mario Alfonso Chávez Campos
Director General de Educación Superior para el Maagisterio

Édgar Omar Avilés Martínez
Director de Profesionalización Docente

Directorio estatal

Silvano Aureoles Conejo
Gobernador Constitucional del Estado de Michoacán de Ocampo

Héctor Ayala Morales
Secretario de Educación en el Estado de Michoacán

Francisco Luis Sánchez Alfonso
Subsecretario de Educación Media Superior y Superior

Victor Hugo Guzmán Ayala
Director de Formación Inicial y Profesionalización Docente

ÍNDICE

Prólogo	10
Se vende	11
No puedo odiarla	15
Feliz cumpleaños	18
Sueños	22
Golondrina	24
Un beso	27
Para entonces	29
Coincidencias	30
Amnesia	36
Hoy me acordé de ti	41
Tarde	42
El octavo día	47
Locamente	52
Mi pequeño saltamontes	55
Mala memoria	59
Desear	61
¿Por qué no puedo ser yo?	64
Nos vieron	67
La maestra Lupita	70
Claudia	72
Dime	75
El Padre Pistolas	77
El regreso de Golondrina	81
Frente a la marquesina	86
Muñeca	87

Frágil	92
Ella y él	93
Infiel	95
Cobardes	99
La nota	101
El segundo disparo	103
No	106
Adán y Eva	108
Ayer te vi	109
Soy feo	110
Amor tardío	112
Me da la gana	114
Derechito a casa	116
Ángel de la noche	120
Minifalda roja	122
A veces	123
Cristina	124
Justos por pecadores	127
El artista	129
He perdido el corazón	133
Te extraño	135
Vanessa	136
El barman	140
La alquimista	142
Siempre	144
Cita a ciegas	145
Tenías razón	149

Lujuria	150
Lestat	155
Rojo	156
Con los ojos cerrados	159
Lolita	160
Nunca	164
La luna	168
Medea	173
Me queda claro	180
Imaginario	181
Te amo	183
“Si vuelves a verla, te mato”	185
Cercano al miedo	187
Todos los días	189
Carta sin destino	190
Dile al taxista	193
Un dolor	196
Ganas	200
Momentos y oportunidades	203
No ella	205
¿Por qué lo haces?	206
¿Dónde estás?	208
Déjà vu	209
Es lo mejor	211
El retrato	214
Momentos mágicos	215
¿Quién se ha creído?	218

Prólogo

Caminaba por las calles de Morelia cuando me encontré a un amigo que hacía mucho tiempo no veía. Casi terminaba el año, 2008. Después de los saludos correspondientes, me contó que se había cambiado de carrera y que había entrado a la facultad de Filosofía y Letras. Le comenté que a mí me gustaría haber estudiado ahí. Me preguntó para qué. Yo le respondí que porque me hubiese gustado mucho ser escritor. Su respuesta fue contundente: para ser escritor no necesitas estudiar Letras, para ser escritor, necesitas escribir.

Lo que restaba del año, me pasé pensando sus palabras, sentí que tenía razón en lo que me decía, así que me dediqué a escribir. Las historias contenidas en este libro son versiones corregidas de escritos que realicé entre los años 2009 y 2013. Todas estas historias significaron algo importante para mí en el momento de ser escritas, me siento parte de las emociones de los personajes que se describen en ellas. Así que, estimados lectores, sin más preámbulos, quiero extenderles una invitación a que caminemos juntos las calles empedradas de un pueblo perdido en las montañas (Te extraño), a descubrir cómo son las lágrimas de una (Golondrina), a descubrir historias de pecado junto a (Vanessa) quien también es un (Ángel de la noche), aunque no tan peligrosa como la (Lolita) que encontrarán en estas páginas. Es para mí un placer, poder hacer llegar a ustedes, a través de **Ediciones Normalismo Extraordinario**, estos *Cuentos que no son para niños*.

Se vende

Hoy es el día. Hace dos semanas que lo tengo decidido, pero no me atrevía. Me levanto y voy hacia la mesita del teléfono. El papel donde escribí ese número debe estar por aquí. Sí, 453 3 40 07 99, periódico El Buscador de Ofertas. Me contesta una tal..

—Lucy. ¿En qué le puedo servir?

—Buenos días, señorita. Quiero vender algo.

—¿Qué es lo que desea vender?

—Mi alma —le digo, esforzándome por sonar triunfal, pero a ella no parece importarle.

—Muy bien, joven. Le sugiero utilizar nuestro aviso de ocasión.

—¿Qué precio tiene?

Su voz suena artificial, mecánica.

—Es gratis. Máximo quince palabras por anuncio. Sólo dos anuncios por persona.

—¡Excelente!

—¿Cuál será el texto de su mensaje?

—SE VENDE ALMA EN BUENAS CONDICIONES. ÚNICO DUEÑO. NUNCA TAXI.

—Perfecto, joven: diez palabras. Su anuncio saldrá en veinticuatro horas a partir de este momento, sección Varios.

—¿Puede salir en la sección de Ventas? Sabe, me gustaría que lo vieran muchas personas y...

—Lo siento, joven. —me corta tajante— Las categorías son Autos, Casas y Departamentos Venta, Casas y Departamentos

Renta, Cuartos Renta, Locales, Terrenos, Varios y Empleos. Pero no se preocupe. tenemos presencia en internet.

Interesante, no pensé que llegara el día en que las almas se pudiesen ofertar por internet.

—Muchas gracias, señorita.

—Para servirle. Le atendió Lucy Fernández. Buen día.

Esto del internet es muy efectivo, no han pasado más de 20 minutos de cumplidas las 24 horas y ya tengo un mensaje en el celular: "Interesado en su oferta. Comuníquese al 6621060606." Con eso basta para mí. Al llamar a ese número me contesta una grabación: "Calle Gardenia 463". Solo eso. Me sorprende que todo resulte tan simple.

La oficina es horrible. Pero la secretaria es bellísima: espectaculares ojos azules. De hecho, estoy tan distraído tratando de ver sus piernas como para darme cuenta que apenas he cruzado la puerta cuando ya está diciendo:

—Le esperan.

—¿A mí? Pero, ¿cómo? Si yo no...

—No avisó que vendría, lo sabemos. Pase. La sala ya está lista de cualquier manera.

—¿Sala? ¿Qué sala?

—La sala de extracciones, claro.

Por una pequeña puerta sale un tipo. Es Alto y delgado, cara alargada, ojos pequeños y negros. El mandil ensangrentado le

da aspecto de carnicero. Intento girar sobre mis talones para salir corriendo de ahí.

—Creo que esto es un error. Disculpen, yo me retiro, no debí venir...

Este tipo es tan rápido que no pude eludir su golpe. Despierto atado a lo que parece una mesa de operaciones. Mi mente está confusa por el golpe y por la situación. Mi pregunta es la más torpe de las preguntas.

—¿Tú eres el diablo?

—Claro que no, sólo soy el encargado de la sala de extracciones. A Él ya le conocerás a su debido tiempo.

—¿Extracciones? ¿Qué extraen?

—Almas, obviamente. ¿O tú como creías que se iba a realizar la transacción? ¿Pensabas que solo publicarlo en internet y ya estaría resuelto, como por arte de magia?

—¿No es así?

Me mira con despectivo desdén, mientras agrega:

—Me sorprende la candidez de la gente de esta época. Pero como estamos escasos de almas, decidimos aceptar tu oferta. Te pagaremos en cuanto la tengamos. Es un proceso largo y complejo, el alma a veces se enreda con tejidos y órganos internos. Pero no te preocupes. Soy el mejor en mi trabajo. Te prometo que no te lastimaré mucho. Su sonrisa no me da buena espina. Le veo tomar una especie de sierra y colocar esa cosa sobre mi esternón.

—Te sugiero cerrar los ojos, esto te va a dol...

El grito surge de mi garganta eterno, hueco, desgarrador...

Acabo de despertar. Seguramente tuve una pesadilla porque me siento muy agitado y estoy sudando. Ahora que lo recuerdo, hoy es el día. Así que me levanto y camino hacia la mesita del teléfono...

No puedo odiarla

—No puedo odiarla, simplemente no puedo.

Eso era lo que la voz interna le repetía a Omar a cada momento. ¿Cómo hacerlo? ¿Cómo odiar a alguien a quien se ama de manera tan desesperada?

—A nadie he amado como a ti —dijo—. Y se le arrasaron los ojos de lágrimas.

Le dolía el cuello. Aspiró aquel dulce olor, el perfume de Nayeli; era algo que realmente deseaba conservar, sobre todo ahora que, definitivamente, no la vería más. Contempló sus facciones, los hermosos senos desnudos y los párpados cerrados que cubrían los ojos que él encontraba maravillosos. Una gota de sudor cayó sobre el cuello moreno de la mujer que yacía debajo de él. Sintió calambres en los dedos de las manos.

—Creo que jamás podría odiarte. No te odié siquiera cuando te vi del brazo del otro: de los otros. Al fin y al cabo, siempre nos teníamos el uno al otro, y nuestra pasión. Teníamos los secretos, este cuarto de hotel, teníamos el recuerdo de todas las veces que hicimos el amor aquí, sobre esta misma cama.

Ella no respondió, inerte como estaba. Omar sintió correr sus lágrimas, una de ellas fue a caer sobre la mejilla de su amada. No se escuchaba un solo ruido, solo su respiración agitada, quizá por el cansancio. El cansancio y la desesperación.

—Tampoco te odié cuando me plantabas, ni cuando tus caprichos me hacían llorar mi rabia en silencio.

Omar pensó en todas las cosas que se toleran en nombre de eso que llamamos amor. Sintió un pinchazo de dolor en los brazos, los brazos que se había dedicado a ejercitar a petición de la misma Nayeli. Ella quería un hombre fuerte, musculoso. Él le cumplió el capricho.

En el espejo del cuarto se veían dos cuerpos desnudos, él encima de ella, atenazándole el cuello con las manos. No recordaba cuanto tiempo llevaba ahí, en esa misma posición, ¿diez, quince, cuarenta minutos? Lo cierto es que hacía más de diez minutos que ella ya no respiraba. El dolor en la espalda se volvió insoportable.

—¿Sabes? Soporté mucho, soporté todo, pero no pude tolerar la idea de que te revolcabas con otro, en esta misma habitación, aun teniendo una relación conmigo. Eso me hizo creer que te odiaba.

Poco a poco fue aflojando los dedos. La marca quedó visible en el cuello que él había besado tantas veces, incluso ese mismo día. Incluyó la cabeza y sintió crujir de sus vértebras dorsales después de tanto tiempo inmóvil. Se vistió sin prisa. Antes de irse, la besó una vez más. Los labios, antes ardientes, ahora estaban fríos. Sonrió sin alegría.

—No puedo odiarte: nunca lo haré.

Al salir del hotel, con la mirada perdida y dando pasos inciertos, una frase se repetía una y otra vez en su cabeza con una voz muy parecida a la suya:

—No puedo odiarla, no puedo.

Feliz cumpleaños

Si te despiertas de buen humor, siempre habrá algo que te arruine el día.

Decimocuarta ley de Murphy.

¡Hoy es sábado! Pero lo verdaderamente importante de este día es que es mi cumpleaños. He estado planeando esto por semanas, así que tiene que salir bien. Por lo menos eso quiero creer. Debo darme prisa para alcanzar buena carne en la carnicería. Ya aparté el primer cartón de chelas y cuento con las mesas y las sillas. Mi camarada, el *Thunder*, va a traer el segundo cartón y con eso es suficiente para comenzar la fiesta. Mi tía Lupe, la experta en la cocina, la que tiene la mejor sazón de la familia, me ayudará a preparar la carne asada. Nunca había organizado mi propia fiesta y me siento emocionado. Parece que todo saldrá a pedir de boca. Ya bajé la computadora de mi cuarto y la conecté al estéreo de la sala. Tengo una lista de mis rolas favoritas y otra de videos porque no quiero que se aburran mis invitados, ¡cómo me voy a divertir!

Cuando llego a la carnicería hay muchísima gente esperando ser atendida. Parece que tardaré un poco en regresar a la casa a limpiar la cochera para la *party*. Suena mi teléfono celular. Es mi mamá: "¿Dónde diablos andas? ¡Tienes que limpiar la cochera! ¿Ya compraste la carne? ¡Es tardísimo!"

—Sí, madre, ya voy de regreso.

Son las doce del día y no han llegado los cartones, ni la hielera, ni las mesas, ni las sillas. Miro nuevamente el reloj. Uf, llegaron. Ya me había preocupado.

Llamada de mi novia solo para decirme que llegará un poco tarde. No tengo problema con eso.

¡Ah, qué rico huele! Parece que, después de todo, sí saldrá bien este asunto. Ha llegado mi familia con todos sus hijos, *menos el de atrás*. Caray, adiós música favorita. Todos quieren ver el partido de fútbol así que apagan el estéreo y encienden la televisión. Bueno, quizá no sea tan malo. Vinieron mis compañeros de trabajo, ¡excelente! Alguien iba a traer dos botellas de tequila, ¿verdad?, ¿no?, ¿de veras, no? ¿Para eso compré el refresco de toronja y los limones?

Diablos, qué complicado es esto de ser anfitrión, no he podido probar bocado siquiera. Todo es *¿otra chela? Sí, ahorita te la traigo, clara, ¿verdad? ¿Era oscura? Perdón... ¡Tu plato!, sin ensalada, ¿cierto?* Acotación mental: "¿No podrían simplemente dejar en el plato lo que no quieren? Complican mi chamba de chef, mesero, barman, garrotero..."

—¿Vas a comer? —Me gritan mientras esquivo a mis sobrinos que corren por la sala y están a punto de... Maldición. Adiós colección de figuritas de Star Wars.

—No gracias. Esperaré un poco más.

Llegó ella. Genial. Le estaba esperando para comer juntos. Al saludarla me doy cuenta de que tiene cara de pocos amigos.

Parece que trajera un zorrillo muerto de tres días en ese bolso que, por cierto, combina con el color de su barniz de uñas. Es inevitable preguntar:

—Disculpa, ¿te pasa algo? ¿Te sirvo de comer?

—No es nada. Y no tengo hambre.

Sigo asando, sirviendo, rebanando, recogiendo, llevando, mezclando, corriendo; pero no consigo concentrarme. Me pregunto si hice algo malo. Si así fue, no lo recuerdo. Me hubiese gustado que llegara sonriendo. Después de todo, es mi cumpleaños, ¿no?

Estoy tan distraído pensando en esto que estuve a punto de derramar una chela. Eso sí sería pecado. Se me quitó todo: la sonrisa, la energía, las ganas, el optimismo y el hambre. Al final, mi mejor amigo no vino, mi mejor amiga, tampoco ¿La razón? Porque iba a venir mi novia y no quería incomodarla. Ah, por cierto, ¿recuerdan la cara de enojada de mi chica? Resulta que soñó que la engañaba con una vieja zorra y por eso llegó encabronada. ¡Un pinche sueño! Me lo contó cuando fui a llevarla a su casa. Son las 12 de la noche y yo no he comido y, aunque no lo crean, no he probado gota de alcohol. Así que tomo una decisión: nunca más organizaré yo mismo una fiesta para celebrar mi cumpleaños.

.....

Me acaban de llamar mis cuates, los infaltables, los fieles a la causa, los incansables. Vienen en camino. Uno de ellos viajó desde la ciudad de México.

En la hielera queda un cartón de chelas, frío, como la pata de un pingüino. Por fin un oasis de tranquilidad. Comemos lo que queda de la carne asada con las manos, los cubiertos no son parte de nuestros rituales salvajes. Ellos son el tipo de amigos que, si quieren una cerveza, la toman de la hielera. Si se acaban, van por más. Si decimos una pendejada, no perdonan, se burlan sin compasión, nos burlamos sin compasión. Eso somos: amigos.

Llegaron doce horas tarde, eso sí, pero llegaron. No saben cómo se los agradezco.

Sueños

—¿Qué hora es?

—No tengo la más remota idea. Pero ha comenzado a salir el sol.

—Soñé que nos besábamos toda la noche.

—No fue un sueño. Justo ahora, seguimos besándonos.

—Tal vez por eso me siento cansada.

—Es Natural. Esta noche hemos recorrido los hemisferios de sur a norte, cruzando el ecuador varias veces. Escalamos las altas cumbres y exploramos las frescas planicies.

—Tuve frío por un momento.

—Recuerda cuántas veces tocamos los polos, la blanca nieve derretida al calor de mis manos, la aurora boreal que iluminó mi espalda hace dos horas, el explosivo abrazo en que nos fundimos. El frío pasará de largo, no intentará siquiera abrir esa pequeña puerta de madera. Aquí estamos a salvo.

—¿Sabes?, odio que siempre tengas razón.

—No la tengo. Simplemente he vivido dos siglos más que tú y eso me da ventaja.

—Qué grande eres. Un sólo brazo tuyo me protege del frío, de la tormenta y de mi miedo a las arañas.

—No quiero despertar.

—No lo hagas, sigue dormido. Yo vestiré tu piel por un momento. Voy afuera. Quiero ver ese lago con tus ojos, quiero respirar esta brisa con tu olfato, sentir cómo me envuelve tu calor mientras tú sueñas conmigo.

—No quiero un mal sueño. No quiero soñar que tu sonrisa se adelgaza hasta desaparecer. Tú eres tu sonrisa. Ven, deja mi piel en algún sitio y abrázame. Permanece conmigo así, tan solo cinco eternidades más.

—Bésame.

Golondrina

—Te quiero.

—Temía que dijeras eso.

—¿Por qué? ¿Te molesta?

—No me molesta, al contrario: ese es el problema.

—Creo que estoy enamorada de ti.

El árbol no esperaba tal confesión. La brisa cálida de la tarde pasaba con suavidad entre sus ramas, meciéndolas. Golondrina lo miraba inclinando un poco la cabeza, de pie, sobre una de ellas. Una mirada colmada de ternura, como las que sólo pueden tener las golondrinas. Después de un breve momento de silencio, el árbol respondió:

—Quizá no sea amor, chiquilla. Quizá malinterpretas lo que sientes por mí.

Golondrina abrió grande el pico con la intención inequívoca de que Él notara el gesto.

—¿Tú no me quieres?

—Yo te amo, pero creo que no de la manera que tú esperas. Amo tus hermosos ojos, el flamante azul metálico que cubre tu cuello y tu espalda, la hermosura de tus alas, la plasticidad de tu silueta recortada contra la bóveda celeste, la vida que le das a mis viejas ramas. Amo tu voz anunciando el nuevo día y ser el guardián de tus sueños durante la noche. Amo tu sonrisa. Amo el efecto que tu presencia tiene sobre mí... y cómo me siento rejuvenecido desde el momento en que te siento llegar.

—Me quedaré contigo por siempre.

Golondrina sonreía, segura de sí misma y de sus palabras. El árbol sentía la tibieza de sus pequeñas patas sujetándose de una de sus ramas medias.

—No lo puedo permitir: nunca me lo perdonaría.

—¡Pero yo quiero hacerlo!

Los últimos rayos de sol pintaban de dorados y violetas las hojas del árbol. Una de esas hojas rozó la mejilla de Golondrina, empujada por el viento. Una lágrima que desapareció. Las lágrimas de las golondrinas son pequeñas perlas que encierran tristezas enormes. Nadie había visto llorar a una golondrina antes de ese día.

—No. Tú no estás hecha para eso. Tú naciste para volar. ¿Para qué permanecer conmigo que sólo soy un árbol, un árbol simple, un árbol que jamás se moverá de aquí?

—Pero yo podría... yo... ¡me quedaré contigo por siempre! Eres el árbol más sabio que jamás he conocido.

“Por siempre” —repitió el árbol para sí mismo—. El tiempo es tan relativo. Un día es despreciable en el eterno caminar del tiempo y para un pequeño insecto podría ser la duración de toda una vida.

—Tú eres muy joven, chiquilla; apenas empiezas a vivir. Yo tengo más de doscientos años plantado aquí y tal vez mi vida en esta tierra dure doscientos años más. Así que las cosas que sé, eso a lo que tú llamas sabiduría, no son más que un montón de

fenómenos y circunstancias que han pasado frente a mí durante ese tiempo. Tú... tú morirás en tres años. Es el tiempo que vive una golondrina. Por eso debes viajar, conocer otros países, cruzar los mares, desafiar las tormentas. Debes vivir tu vida a plenitud, tu vida de golondrina. Hazlo por mí. Viaja por mí. Vive por mí.

Golondrina no dijo nada. En el fondo de su pequeño corazón sabía que el árbol tenía razón: siempre la tenía. Así que dejó escapar un hondo suspiro y levantó el vuelo. La última bandada de migración pasaba por ahí justo en ese momento. Dieciséis perlas más escaparon de sus ojos formando una brillante estela que se disolvió contra el viento. Volaba hacia un lugar más cálido. Lloraba.

El árbol también lloraba, pero jamás lo reconocería frente a ella.

—Adiós entonces, vida mía.

—Adiós, mi amor —dijo el árbol en silencio, sin atreverse a mirarla, mientras Ella se alejaba velozmente, hasta perderse de vista en el horizonte.

Un beso

La fiesta no terminaba aún. De cualquier manera, ya habían decidido salir del lugar. Comenzaba a hacerse tarde. Se despidieron de los amigos de él. Las amigas de ella se habían retirado más temprano diciendo que el ambiente de la fiesta era demasiado vulgar para ellas. Además, no bebían cerveza. Todavía bailaron una pieza más, embriagados del placer de estar juntos tantas horas y también de cerveza. Se tomaron de la mano y comenzaron a andar rumbo a la casa de ella, con la esperanza de que la borrachera desapareciera en los veinte minutos que tendrían que caminar. Todavía se dieron tiempo de dibujar un corazón con las iniciales de ambos en el cemento fresco de una banqueta recién colocada. Llovía.

Quedaron frente a frente por un momento. Los enormes ojos de ella lucían resplandecientes a esa hora de la tarde. Él sonrió como siempre lo hacía, antes de rozar con los suyos aquellos labios cálidos. Ella correspondió a la caricia cerrando los ojos. La ciudad parecía estar en pausa: nada escuchaban, nada existía, sólo ellos dos. Un beso puede lograr que nuestra percepción del correr del tiempo cambie por completo y un beso bajo la lluvia es algo tan particular que, en ocasiones, raya en lo mágico.

Ambos sentían entre los brazos el cuerpo empapado del otro y aun así no tenían frío. La lluvia de esa tarde era una excelente aliada. No había testigos del abrazo. Sus besos sabían a lluvia, a lluvia tibia.

Ella lo abrazó con más fuerza y él pudo sentir las formas femeninas bajo la blusa. La sensación de calidez crecía. Él deslizo su mano derecha por su espalda, hasta sentir, con los dedos fríos las bien formadas nalgas de su amada debajo de los jeans negros. Ella se estremeció y lo acarició también, descaradamente y sin reservas, sin preocuparse de la posible mirada de los curiosos. Su cuerpo olía a rosas y manzana.

El beso se prolongó durante mucho tiempo más. El aroma a tierra mojada que los envolvía tornaba el instante delicioso. Se besaban sin pensar o no pensaban más que en el otro. (¿Pensar es el verbo adecuado para describir un momento como ese?)

—Ya oscureció —dijo ella.

—Lo sé —contestó él en un susurro.

—¿Hace mucho que dejó de llover?

—Ha dejado de llover dos veces, la última de ellas, hace casi una hora.

—Con razón.

—Con razón, ¿qué?

—Con razón ya estamos secos —respondió ella, y lo besó otra vez.

Para entonces

Cuando decidas matarme, te pido por favor que no seas violenta. No me gustaría terminar regado en pedacitos por el departamento, ni metido en una hielera. Ya sabes lo cobarde que soy para el dolor. Esta es mi propuesta: consigue veneno y agrégalo en cantidades generosas en lo que sea que yo vaya a comer. Prepara pasta, una buena ensalada; lomo o pierna, tú decide. Conoces mi debilidad ante la comida y sabes además lo carnívoro que soy. Si quieres añadir el veneno en el aderezo de la ensalada, por mí está bien, o quizá en mi copa de vino tinto. Tal vez en el postre. ¿Nunca has fantaseado con la idea de “una muerte dulce”? En un chocolate, tal vez... Sí. Chocolate relleno de cianuro, cubierto con almendras. ¿Te agrada la idea? Luz de velas aromáticas para completar el cuadro.

Si acaso quisieras evitarte la molestia de cocinar mi última cena, te sugiero entonces que coloques el veneno en mi botella de tequila, esa que me regalaste el día de mi cumpleaños y que hemos reservado para una ocasión especial. Y nada tan especial como el preámbulo de mi muerte, ¿no crees?

¿Te imaginas? Morir así, estúpidamente borracho, caer dormido sobre nuestras sábanas y dejarme ir, no despertar jamás...

—Oye, y si fueras tú quien decidiera matarme a mí, ¿cómo lo harías?

—A besos, corazón. Te mataría con besos.

Coincidencias

PRIMER ACTO

Al abrirse el telón, se ve un bar en penumbras. Suenan los primeros acordes de una canción que se reconoce desde las primeras notas. Al fondo está sentado un tipo solitario, en una de las mesas más cercanas al muro de piedra. Pronto se le une una chica, hermoso cabello negro. Su blanca piel parece resplandecer en la semioscuridad. Se escucha, lejana, la voz del trovador cuando comienza a cantar:

Soy vecino de este mundo por un rato
hoy coincide que también tú estás aquí..
Coincidencias tan extrañas de la vida.
Tantos siglos, tantos mundos, tanto espacio
y coincidir.

—¡Hola!

—Hola, ¿cómo estás?

—Bien, gracias. ¿Dónde están los demás?

—Creí que llegarían contigo.

—Yo pensé que ya estarían aquí.

—Esperemos entonces. ¿Gustas algo de tomar?

—Claro, una cerveza, igual que tú.

Sus ojos son tan espectaculares como él los recordaba. Se adivina que ambos disfrutaban enormidades de la compañía del otro. Un mensaje en el teléfono celular de él lo distrae por un par de segundos. Lo lee en silencio y guarda el aparato:

—Dice Alberto que no va a poder llegar, que espera que lo pasemos bien de cualquier modo.

Suena el timbre de una llamada en el teléfono celular de ella. Hace intentos por alcanzar a oír algo a pesar de la música, pero no lo logra.

—Permíteme un segundo —dice—, ahora vuelvo. No puedo escuchar.

—Muy bien.

Si navego con la mente los espacios
o si quiero a mis ancestros retornar,
agobiado me detengo y no imagino
tantos siglos, tantos mundos, tanto espacio
y coincidir.

—Listo, volví.

—¿Qué pasó?

—Era Lizeth. Dice que no va a venir. Problemas en su casa, al parecer.

Ambos guardan silencio buscando una manera de retomar la conversación.

—Ni modo. Cuéntame, ¿cómo te ha ido?

—Muy bien. Con mucho trabajo, lo cual es todo un logro en estos días, ¿y a ti?

—También, por fin pude entrar a estudiar lo que deseaba, aquello que me ponía tan nerviosa, ¿recuerdas?

—Sabía que lo lograrías, siempre he confiado en ti.

—Lo sé, gracias por eso.

Tenían algún tiempo sin verse, habían decidido seguir caminos separados o, mejor dicho, se vieron obligados a tomar caminos separados debido a sus circunstancias. Casi lograron pasar dos minutos sin hablar del tema.

—Es raro que estemos aquí, ¿no crees?

—¿Te refieres a que estamos en un bar a media luz, escuchando música romántica y tomando cerveza?

Ella río de buena gana.

Sí, a eso... y a qué habíamos prometido no vernos más.

—Sí, es muy raro cómo esta noche las circunstancias nos han colocado en esta situación. No pensé que todos nos fueran a cancelar. ¿Has leído El Alquimista?

—Sí, ¿qué parte?

—Donde dice: "cuando tienes un sueño, todo el universo conspira para que lo logres..." o algo parecido.

—¿Tú lo crees?

—Estamos aquí, ¿o no?

—Cierto.

—Salud por eso...

—¡Salud! ¿Por qué?

—Por las coincidencias.

—¡Por las coincidencias, entonces!

Si en la noche me entretengo en las estrellas
y capturo la que empieza a florecer,
la sostengo entre mis manos, mas me alarma
tantos siglos, tantos mundos, tanto espacio
y coincidir.

No podía dejar de mirarla, de contemplar la simetría de su cara y esa pequeña boca, pintada de rojo. Deseaba decirle lo hermosa que era. Esos rasgos felinos imposibles de ignorar. Hubo un tiempo en que se declaró adicto a las Leo. Ella era una digna muestra, la mejor exponente. Le encantaba y la había perdido, ¿o no? Quizá era la hora de averiguarlo.

—Aprovechando que el destino nos ha colocado juntos en el mismo lugar y a la misma hora, quiero preguntarte algo.

—¿Qué cosa?

—¿Qué es lo que más te gusta de estar conmigo?

Ella dudó un momento antes de responder.

—Ya te lo he dicho: tu sentido del humor, el cómo me tratas, lo bien que me hace sentir que estés conmigo... muchas cosas. ¿Por qué me lo preguntas?

—¿Recuerdas el día que nos despedimos?
—Sí.
—Ese día me preguntaste las razones por las que no podíamos estar juntos?
—Sí.
—Pues bien, ahora yo quiero preguntar al revés.
—¿Cómo al revés?
—Simple. Dejaré de concentrarme en eso, en lo que hace difícil que suceda algo entre nosotros.
—¿Y entonces?
—Ahora quiero saber los pros. Quiero saber las razones por las que sí. Quiero conocerte.
—¿Conocerme?
—Sí, para descubrir todo eso.
—Por eso me encantas, eres el único que se preocupa por saber lo que pienso y cómo me siento: el único que se preocupa por esas cosas.

Si la vida se sostiene por instantes
y un instante es el momento de existir,
si tu vida es otro instante, no comprendo...
tantos siglos, tantos mundos, tanto espacio...
y coincidir.

Ella tenía la boca abierta, sorprendida y ese brillo en los ojos que él tanto amaba. La guitarra tocaba el último arpeggio de la

canción. De los labios de ambos, al unísono, surgió una misma frase: "coincidencias tan extrañas de la vida."

—No tienes idea de lo que esto significa para mí.

—Eso crees tú.

—No sé qué decir.

—Entonces no digas nada, déjame disfrutar este momento, esta noche, estas coincidencias.

—¿Sabes? Me haces muy feliz.

—Me gusta saberlo —hizo una pausa— y bien, ¿nos vamos?

—No, ya estamos aquí y es muy temprano. Además, lo estoy pasando muy bien.

—¿Quieres otra cerveza, entonces?

—Sí. Pero ante, esto...

Y lo besó. Fue un beso tibio, largo, entregado, con sabor a cerveza.

Se apagan las luces y se cierra el telón.

FIN DEL PRIMER ACTO

SEGUNDO ACTO

(El segundo acto está escribiéndose en este preciso momento.)

Amnesia

Odio cuando una canción se queda en mi cabeza, repitiéndose una y otra vez. Lo peor es que, cuando eso sucede, es solamente una parte, sólo un par de frases las que taladran mi cerebro como si quisieran hacerme enloquecer.

Usted me cuenta que nosotros dos
fuimos amantes
y que llegamos juntos a vivir
algo importante.
Me temo que lo suyo es un error,
yo estoy desde hace tiempo sin amor
y el último que tuve fue un borrón en mi cuaderno.

Con ésta ya van doscientas veces, sólo en el día de hoy. ¿Por qué no me han traído la medicina todavía? Ahora, ni siquiera puedo saber qué hora es. Definitivamente no entiendo esa política de *No relojes, No calendarios, No contacto con el mundo*. Aislamiento total. Siento que me voy a volver loco.

.....
.La chica fue directamente a mi mesa. La había notado observándome desde hacía cinco minutos, ella estaba en otra mesa, cerca de la ventana. Tenía hermosos ojos marrón, de mirada dulce pero intensa. Los tacones sonaron en la duela y su excitante caminar casi me hace derramar el café.

—Hola —dijo con una sonrisa.

—Hola, chica, ¿cómo estás? —Contesté en automático, sonriendo a mi vez, y dejando mi taza sobre la mesa de madera.

—Estoy bien. Tú no te acuerdas de mí, ¿verdad?

La miré fijamente, tratando de ubicar en mi memoria esa boca pequeña y roja, los rizos rubios, las delicadas líneas de su rostro. Nada.

—Lo siento de veras. Pensé que venías a preguntarme alguna cosa. Entonces, ¿te conozco?

—Sí... ¿De verdad no recuerdas? Tú y yo fuimos novios.

Esto se vuelve cada vez más extraño. ¿Quién es esta hermosa niña de cabello largo hasta los hombros, que viene a decirme éstas cosas? Yo creo que recordaría una mujer tan hermosa, si hubiese formado parte de mi vida.

—¿Estás segura, chiquilla? Eres muy bonita y para mí es una pena decirte que no te recuerdo. Quizá me confundes con alguien más.

Una mueca de desconcierto le cruzó la cara, pero quiso insistir.

—Nada de eso. Haz un esfuerzo: octubre, 1998, tuvimos una relación muy intensa, por decirlo de alguna manera. Caíste en una depresión muy fuerte cuando nos separamos.

—Me disculpo nuevamente: no sé de qué me hablas.

—Mírame, por favor: ¿de qué otra manera iba a saber que te encontraría aquí, en este café —tu favorito— y que estarías sentado justamente en este lugar?

Mi curiosidad despertó y cuando eso sucede nunca ha resultado en nada bueno.

—¿Tú eres la anónima que me deja recados en la puerta?

—Anónima, no. Tengo un nombre y tú lo conoces.

Temo decir la siguiente frase. En su rostro puedo adivinar que ella está segura de lo que dice, pero yo no la recuerdo.

—No lo conozco.

—¿Después de todo lo que vivimos, después de todo lo que me amaste?

—Perdóname

Me parece ver una lágrima a punto de ser derramada. Aspira profundamente, me mira directamente a los ojos y dice:

—Me llamo...

.....

La gente del café ha observado todo. Me han visto hablar por diez minutos con el vacío. Murmuran. Algunos se retiran temerosos sin esperar a que el mesero les traiga el cambio.

Usted me cuenta que hasta le rogué
que no se fuera
y que su adiós dejó a mi corazón

sin primavera.
Que anduve por ahí, de bar en bar,
llorando, sin podérmela olvidar,
gastándome la piel en recordar
su juramento...

Los hombres vestidos de blanco me piden que los acompañe. Son tres y sonríen. Hoy todo el mundo sonríe conmigo. Son muy amables. Yo les sigo sin objeción. Hace mucho tiempo que me cansé de luchar, así que solamente me dejo conducir. Me han dejado en esta habitación de 4 metros por 3.5. Al centro una cama y a un lado una mesa de noche... Curioso... nunca había visto paredes acojinadas en una recámara. Todo es blanco aquí.

Pero este silencio no me hace bien. Esa maldita canción se repite y vuelve a repetirse. Por lo menos allá afuera, con el ruido de la calle, podía ignorarla un poco, pero aquí...

Perdón, no la quisiera lastimar,
tal vez lo que me cuenta sea verdad.
Lamento contrariarla, pero yo
no la recuerdo.

Siento la cabeza a punto de estallar. ¿Hace cuántas horas que no tomo la medicina? Ojalá me permitieran tener un reloj. Ni

siquiera sé cuánto tiempo he estado aquí. ¿Días? ¿Semanas?
¿Meses?

Necesito la medicina. Tiene un sabor dulzón y cuando estoy así, adormecido por el efecto del prozac, el volumen baja un poco, las voces se oyen, por lo menos, más lejanas. No soporto más, quiero que se callen, ¿cómo hacer que callen?

—¡Ya sé! ¡La ventanal! ¡La ventanal!

.....

Silencio al fin.

Hoy me acordé de ti

Aún entre sueños, percibí el aroma que dejaba tu champú sobre mi almohada y lo aspiré profundamente. La habitación, como en aquellos días, se encontraba impregnada de un tenue olor a rosas y manzana. Tu inconfundible abrazo por la espalda, el roce del tibio y rosado pezón y la sensación de tus labios deslizándose suave y cálidamente por mi cuello, me hicieron estremecer. Sentí —realmente sentí— el movimiento del colchón cuando te levantaste, oí el sonido del roce de la tela con tu piel cuando te pusiste mi camisa y escuché el apagado rumor de tus pasos, opacado por la alfombra. Luego abrí los ojos y no pude menos que sonreír ante tu recuerdo. Después de tanto tiempo, mi boca se ha olvidado de pronunciar tu nombre y me intriga sobremanera que vengas a mi memoria tú, que eres un recuerdo; un delicioso recuerdo, sí, pero sólo eso: un fantasma del pasado. ¿Por qué te apareces hoy?

Hace un rato ya que intento responder esa pregunta. Ni siquiera me he levantado de la cama todavía y, por un momento, la ventana entreabierta deja entrar una fresca brisa, cargada de un olor que reconozco, un suave olor, muy parecido a tu perfume.

Hoy me acordé de ti.

Tarde

SEGUNDO ACTO

Cuando el telón se abre, él ya está en escena. La busca desesperadamente con la mirada, pero no logra ubicarla. Por un momento, parece olvidar sus líneas. Titubea. Su cara se ilumina en el segundo acto, cuando la descubre en una butaca del palco. La piel radiante, como siempre, los negros ojos fijos en él. Justo a tiempo para decirle a ella sus líneas, mirándola intensamente, cómo si nadie más estuviera en el teatro:

“¡Habla! –¡Oh!– ¡Prosigue hablando, ángel resplandeciente! Pues al alzar, para verte, la mirada, tan radiosa me apareces, como un celeste y alado mensajero a la atónita vista de los mortales, que, con ojos elevados al Cielo, se inclinan hacia atrás para contemplarle, cuando a trechos franquea el curso de las perezosas nubes y boga en el seno del ambiente...”

El juego de miradas, la oleada de suspiros y sonrisas se suceden durante el resto de la obra, al amparo de la penumbra. Al final, tras los aplausos, ella lo espera en el camerino. Después de tanto tiempo sin verse, ninguno de los dos puede evitar fundirse en un prolongado abrazo. Los corazones latiendo a mil por hora.

—Qué bueno que viniste. Por un momento, pensé que no llegarías...

—No me lo perdería por nada. Sabes que me encanta verte sobre el escenario.

Él no puede evitar sentirse nervioso. Pero hay dudas que necesitan ser resueltas, sin importar el dolor que causen.

—¿Cómo van las cosas con él?

Ella aparta la vista por un momento, solo para responder que las cosas van bien.

Rodrigo sabe bien que a ella le disgusta hablar del tema, pero esta vez no quitará el dedo del renglón. Esta noche siente una imperiosa necesidad de saber: para él no hay mañana. Debe hablar ahora, pero es ella quien lo hace.

—Encontré una nota. No tiene remitente y no está dirigida a nadie, pero por la redacción puedo intuir que fuiste tú: sólo tú te arriesgas de ese modo, sólo tú escribes así.

Él sonrió, sabiéndose descubierto y respirando tranquilo ante la oportunidad que le brindaba el destino de hablar de sus sentimientos.

—¿Qué dice la nota? —Preguntó como si lo ignorara.

—*Ready for everything. Even you...* —respondió ella.

—Es mía, sin duda.

—¿Me explicas? —Dijo ella, abriendo sus ojos infantiles.

—Claro. Cuándo nos despedimos te dije mis razones: Tú tenías pareja y yo no estaba listo para iniciar una nueva historia de amor.

—Sí.

—Pues ahora te he buscado, he dejado esa nota, he actuado para ti. Quería reaparecer en tu vida.

—¿Ahora te sientes listo?

—Así es.

Él hubiese esperado una reacción más efusiva, pero aquel silencio era presagio de tormenta.

—¿Sabes? —Dijo ella después de un suspiro— No tienes idea de cuántas veces soñé con escucharte decir esas palabras, más de un año esperando. Dime, ¿qué cambió? ¿Qué te hace decir esto justo ahora?

—Son muchas cosas, Mariana. Tú has madurado y yo pude dejar atrás una terrible experiencia, pero, ahora, justo ahora, tú eres todo lo que yo habría soñado en una mujer.

—Lo sé —contestó sonriendo—, tú me enseñaste a ser así, en cierta forma, tú me hiciste.

Las palabras se atropellaban en su boca desde hacía rato, pugnaban por salir. En ocasiones, el sentimiento habla por sí solo.

—Te amo...

Ella levantó la mirada, haciéndole entender un tierno reproche.

—Yo también te amo. Te he amado desde hace mucho tiempo. Aunque en este momento, más que amarte, te odio.

—¿Por qué me odias?

—Por no decidirte, por no romper las reglas. Tú me prometiste que cuando estuvieras listo, me buscarías sin importar si yo estaba con alguien o no.

—Sí, lo dije, y yo siempre cumplo mis promesas.

—¿Entonces?

—Es lo que hago, es por eso que estoy aquí, por eso es que estamos aquí. Hoy, esta noche, sin importar las circunstancias que nos rodean lo he dicho: te amo.

Había lágrimas en los hermosos ojos felinos pero esta vez no correspondió.

—Ojalá me hubieras dicho esto un mes atrás. Él también ha cambiado, he comenzado a quererlo y, comprenderás que, dejarlo por ti ahora, no es justo para nadie.

Él sintió que en algún lugar dentro del pecho algo se rompía, mientras una voz sonaba sordamente: *sabías que esto podía pasar, era una posibilidad*. El optimismo que le caracterizaba se tambaleaba por primera vez y quiso convencerse de que quizá, algún día, habría más oportunidades. En el exterior, sólo atinó a repetir, como un autómata

—Te amo.

—Es demasiado tarde.

Ella se puso de pie lentamente. Parecía dudar. Y antes de cerrar la puerta le escuchó decir nuevamente

—Te amo.

Ella no iba a regresar, se reconocía débil ante él, ante sus besos, ante su trato. Se alejó de prisa por el corredor de cantera, mientras los muros repetían la sentencia que daba fin a la historia:

—Es demasiado tarde.

Se apagan las luces y se corre el telón.

El octavo día

I

En el principio todo era oscuridad.

El borracho comenzó entonces por separar el día de la noche. El decorado minimalista en blanco y negro le desagradó bastante, por lo que se dio a la tarea de cambiar la configuración de color a unos cuantos milloncejos de colores más. Con los colores obtenidos se puso a iluminar —como niño de kínder— dejando que su imaginación fluyera, mientras pintaba las transiciones entre la noche y el día. Eligió la gama de rojos, dorados y naranjas para el ocaso y los azules y violáceos para darle color al amanecer. En colorear se le fue todo el día, entretenido como estaba en tal actividad. Al final, vio lo que había hecho y consideró que estaba chido. Le tomó una foto con su cámara digital para ponerlo en su Facebook. Le dolía el cuello y la espalda de tanto colorear, así que se fue a descansar.

II

El Segundo día repasó mentalmente lo hecho el día anterior y sintió su obra incompleta: parecía faltar algo de mayor belleza. Así que creó a la luna y a la mujer. A falta de costillas de las cuales echar mano, tomó un trozo de su propio corazón para colocarlo en la figura de arcilla y darle vida. Dulce, suave, semejante a él, pero diferente y complementaria. Compleja y

misteriosa. Capaz de ser tímida y sensual, de dar todo y llorar por nada. Contradictoria y hermosa. Perfecta.

Tomó los colores usados el día anterior para pintar los ojos, el rubor de las mejillas, el cabello y los labios. Se esmeró. A diferencia de otros proyectos trabajados en ocasiones anteriores, leyó muy bien las especificaciones técnicas (aunque, de cualquier manera, terminó extraviando el manual del usuario). Después de un arduo día de trabajo, de varias modificaciones y de un infinito número de versiones, se sintió satisfecho con lo realizado y se retiró a descansar.

III

Al amanecer del tercer día, volvió a tener la sensación de que faltaba algo: la mujer iba a necesitar adornos que enaltecieran su belleza. Y con esa idea en mente, creó las flores, el perfume y los espejos.

El borracho vio entonces que los espejos parecían insuficientes para mostrarle a la mujer los alcances de su belleza, por lo tanto, creó también la música, la poesía, la literatura y las demás artes para que, de esta manera, fuera posible describirla usando las palabras, las metáforas, los instrumentos, las canciones y los pinceles. En cierto momento, sintió que a la mujer todo esto le resultaría poco todavía. Así que se le ocurrió tomar entre sus manos las piedras preciosas del subsuelo, lanzarlas con fuerza

contra la bóveda celeste y llamarles estrellas. De ahí, alguien, —eventualmente—, las bajaría para ella, sin duda.

Al terminar ese día, se vio en uno de los espejos y se dijo a sí mismo: *mimismo*, eres un chingón. Y sin más, se fue a descansar, con una sonrisa dibujada en los labios.

IV

El cuarto día, el borracho creó a la familia y a los amigos.

Dio a la familia el amor fraterno, el caldo de pollo, el calor de hogar y los funerales. Designó a una de las mujeres para mantener unidos los elementos de este pequeño sistema y decidió llamarle *Madre*. Ya de paso, le agregó el amor materno incondicional y el beso en la frente para las noches de lluvia y enfermedad.

En cuanto a los amigos ni muchos ni pocos: los suficientes, los necesarios. Los dotó de la palabra de aliento para los momentos difíciles, de la carcajada estruendosa que surge repentinamente cuando los amigos están reunidos, del abrazo oportuno, ese que llega en el momento preciso en que el otro lo necesita y de la alegría, la sencilla pero enriquecedora alegría de la amistad.

V

El quinto día simplemente sonrió, tomó sus herramientas y, con un gusto desbordado, comenzó a trabajar.

Se dio a la tarea de crear los bares, la cerveza, las micheladas, el tequila y el dominó. Vio que el conjunto de lo realizado se llevaba de maravilla: una simbiosis perfecta como la del tequila con el limón, la cerveza con la botana o *La Guayaba* con *La Tostada*.

Dio por terminadas sus actividades de ese día y se fue a descansar.

VI

El sexto día inventó los fines de semana, las fiestas, las desveladas, las tertulias y las serenatas; los tacos al pastor, las enchiladas, el pozole, las corundas, el Boing de guayaba y la Coca-Cola; los chocolates, las hamburguesas, los nachos con queso, las tortillas con sal, los cómics y el cine.

Se emborrachó de manera épica con los amigos y lloró por causa de la mujer. Ya no recordaba si lo hecho había estado chido ni tampoco si había guardado una copia de seguridad de su proyecto. Pero como no podía mantener los ojos abiertos, tambaleándose y todo, se fue a descansar.

VII

El séptimo día se levantó tarde. Le dolía la cabeza, le molestaba la luz brillante —como a “Los Gremlins”— y no soportaba los ruidos fuertes. Aprovechó entonces para crear el Alka-seltzer, la Aspirina, el menudo, el *Vuelvealavida* y los chilaquiles picosos; los tacos de birria y el consomé con cebolla, cilantro y chile verde.

Ya más tranquilo inventó el fútbol y los paseos en el parque, las albercas y el mar; los cocos con ginebra y las películas en DVD y Blu-Ray; las camas para dormir, las camas para lo demás y, ya encarrilado, de pasada creó el Internet.

Terminó temprano. El trabajo realizado le complació y, muy contento, se fue a descansar.

VIII

El octavo día el borracho abandonó el cielo: el mundo estaba listo para él.

“He ido marcando con cruces de fuego...”

Pablo Neruda, Poema XIII

Locamente

—Dice mi psiquiatra que te idealizo.

—¡Vaya! ¿Sólo eso? ¿Mencionó, por casualidad, algo relacionado con las obsesiones?

Ella rio de buena gana.

—No, ¿cómo crees?

—Sólo decía.

—¿Por qué pensaste que diría que estoy obsesionada contigo?

Dudó un momento antes de responder.

—No lo sé. Quizá la colección de conversaciones nuestras que guardas celosamente.

—Ah, pero eso no significa que yo tenga una obsesión. Simplemente las guardo para tener siempre a la mano esas cosas tan lindas que tú me dices y para tener presente lo que te he contestado yo.

—¿Organizadas por colores? Te recuerdo: hojas rosas, conversación normal; hojas azules, poemas; hojas verdes, cuentos y otros. Puedo continuar la lista si lo deseas.

Una sonrisa nerviosa se dibujó en sus labios.

—Ya sabes que soy compulsivamente organizada. Sólo es eso.

—Oh, muy bien. Supongo que no le contaste que acostumbrabas leer esas conversaciones todas las noches antes de dormir, que

están guardadas en una carpeta amarilla, junto a una rosa roja que no termina de marchitarse.

—Es que eres como una adicción. Pero no, no le dije. No era necesario.

— ¿Eso crees?

—Así es.

—¿Le dijiste que escribiste mi nombre en tus piernas con una navaja de rasurar?

Ella se cubrió la boca con los dedos de la mano derecha, pero se recuperó de inmediato.

—Lo siento en verdad. ¿Me perdonas? Ya sé que eso te molestó mucho, pero fue algo inconsciente, no lo pude controlar. En ese momento parecía una buena manera de recordarte cuando me sintiera sola y justo ese día me sentía terriblemente sola e ignorada, yo...

La última frase fue interrumpida súbitamente.

—¿Qué crees que te diga la psiquiatra cuando descubra que no soy real, que sólo soy un producto de tu imaginación, que jamás he existido?

—No había pensado en eso y, la verdad, espero que no se entere. Que no se entere. Que no se entere...

La niña volvió al rincón de la habitación donde pasaba la mayor parte del día, abrazó sus rodillas y cerró los ojos. Recordaba besos imaginarios prodigados por labios invisibles, besos que

encendían hogueras a lo largo y ancho del atlas blanco de su cuerpo.

Lejos del hospital, sobre una mullida cama y rodeada por tres grandes almohadas, su terapeuta cerraba los ojos también y, mientras lo hacía, preguntaba para sí misma, sonriendo: ¿y si me enamoro locamente?

Lamentablemente, eso es algo sobre lo que ni ella ni nadie han tenido nunca ningún control. Esas cosas sólo suceden, y ya.

Mi pequeño saltamontes

La fresca brisa vespertina golpea de lleno en mi rostro. Escucho el canto de las aves que anidan en los jardines del monasterio y alcanzo a percibir el suave aroma de las flores que flotan en el estanque. El silencio es tal, que puedo escuchar el murmullo del arroyo en su camino hacia la ciudad perdida, al pie de la montaña. Los últimos rayos de sol se cuelan entre los nubarrones y tiñen las paredes del templo de tonos naranjas y amarillos como los mantos de los monjes. Cierro los ojos, me sumerjo en profunda meditación, entono el mantra y me relajo por completo. Casi sin sentirlo, esta envoltura carnal comienza a elevarse hasta una altura de un metro, aproximadamente, de manera paulatina, en posición de flor de loto. De súbito, algo me saca de mi meditación...

—¡Máster! ¡Máster!

No es necesario ser un sabio monje tibetano para darse cuenta que, si te sacan de concentración de manera tan abrupta a mitad de la levitación y, tomando en cuenta mis cincuenta kilos de peso (distribuidos en un atlético cuerpo de 1.49 metros de estatura), multiplicado por 9.8 metros sobre segundo al cuadrado, el resultado es igual a un buen putazo.

Todavía me estoy sobando la nalga izquierda y lo único que se me ocurre decir es:

—¡Ay, mi ciática...!

Pero vuelve la inoportuna voz.

—¡Máster! ¡Sensei!

—¡Cabrón! Por tu culpa me puse tremendo chingadazo.

—Disculpe usted, oh, venerable Maestro...

—(Suspiro). No te preocupes, mi pequeño saltamontes y mejor cuéntame, ¿qué te trae al templo, además de venir a darme en la madre?

—Tengo una duda, Maestro. Una duda que, estoy convencido, usted será capaz de responder.

—Habla, joven *Padawan*, te escucho.

—Venerable Maestro, ¿cómo se conquista a una mujer?

—Difícil pregunta, mi joven aprendiz. Escucha con atención, porque sólo lo diré una vez.

—Escucho...

—Mírale como si no existiera ninguna otra mujer en el mundo, intensamente y directo a los ojos. A cada oportunidad y sin motivo aparente hazle sentir hermosa. No es necesario que se lo digas con palabras, recuerda el poder que tiene una mirada y el cálido roce de unas amantes manos. Sé un caballero. Cuídale, protégele del frío de la noche, de los perros, de las pesadillas, de las arañas, de la oscuridad... y de sí misma. Cuando le regales algo, procura que el regalo no sea caro, sino valioso. Una flor, un poema, una canción, un cuento, un beso, y asegúrate de incluir dentro de la envoltura tu propio corazón. Ríe junto con ella. Inunda la ciudad con carcajadas. Abrázale tú primero,

acaríciate tú primero: es imposible recibir lo que no se es capaz de dar. Procura conocerle. Aprende a descifrar sus complicados mensajes. Si ella quiere que le adules, te lo hará saber. Estate pendiente y hazlo de manera sencilla y natural. Cuando necesite algo, lo más seguro es que diga que no quiera nada. No le des mucha importancia a esto, es parte del misterio de su encanto: así son ellas. Aprende a hablarle al oído y aprende también distintas maneras de decir te quiero, te amo y te necesito... Bésale. Suavemente o con pasión desmedida. En los labios, en las manos, las mejillas o la espalda... pero bésale.

—Maestro, son muchas cosas. Es muy complicado.

—Sin duda lo es, mi pequeño saltamontes...

—Y si hago todo eso, ¿tendré garantizado su amor?

—Lamentablemente, no. Cabe la posibilidad de que “Ella” se sienta agobiada por tanta paz y tanta cordura y que en un arranque inexplicable te diga alguna cosa extraña, como que tú siempre das el cien por cien en la relación y ella no, o cosas aún más confusas y que termine marchándose con el primer idiota que se cruce en su camino y que, para colmo, le trate mal...

—Entonces no vale la pena. Me quedaré llorando y sin ella. Debo proteger mi corazón.

—Al contrario, joven *Padawan*. Amar sin entregar todo lo que se tiene es como vivir a medias, eso es lo que no valdría la pena. Te lo diré de otra manera: si pudieras ver nacer una estrella, te quedarías ciego, pero habrías visto nacer una estrella. Esa fracción de segundo haría que toda tu vida valiera la pena, aún imposibilitado para ver durante el resto de tus días.

Y ahora lárgate de aquí, ve, enamórate y —si logras hacerlo—, que no te preocupe el número de pedazos en que pueda partirse tu corazón: sonríe, habrás visto nacer una estrella.

Mala memoria

El tic-tac del reloj sobresale por encima de los ruidos matinales. Al poner un poco más de atención, alcanzo a escuchar el trinar de los pájaros que instalaron su morada en el árbol de limones del jardín. La ciudad va saliendo de su letargo. De a poco, se van agregando los otros ruidos ciudadanos: la campana del camión de la basura, el anuncio del gas, el pregón del hombre que vende tamales con atole. Suena un gallo lejano.

Aquí, en la habitación, todo es cotidiano: los libros apilados sobre el escritorio, la colección de DVDs cuidadosamente ordenada en el mueble de madera. El montón de figuritas de acción, frente a la televisión, en actitud guerrera, listos todos a iniciar el ataque, esperando una orden solamente. Un rayo de sol entra por la ventana, burlando la cortina y dando de lleno en mi rostro.

Qué apacible quietud, qué hermoso momento para prolongarlo eternamente, para que no terminara jamás. De manera muy vaga, recuerdo que tengo pendientes. Muchos pendientes para el día de hoy. Pero mi letargo es en verdad tan placentero que permanezco inmóvil. He olvidado algo, ¿qué podrá ser?

Mi camisa permanece en el suelo, en el mismo lugar donde cayó anoche. La misma salpicadura de sangre sobre el puño izquierdo. Esa camisa me la regaló alguien, pero ¿quién? Estoy disperso y confundido esta mañana. Me pregunto por qué, de todos los ruidos que alcanzo a escuchar esta mañana, ninguno

es mi propia respiración. María me advirtió hace dos semanas, su tibia y blanca inocencia, desnuda, recostada sin pudores sobre mi pecho:

—Pasas mucho tiempo sin respirar, deberías checarte.

—Exageras, muñeca —le dije, sin darle mucha importancia a sus palabras.

Una mosca se posa indiferente sobre mi mejilla, da un pequeño paseo que termina sobre mi párpado izquierdo. Luego vuela. Tiene ocupaciones, cosas de moscas, se sabe. Por fin recordé qué es lo que tenía pendiente y olvidé hacer esta mañana: hoy se me olvidó despertar.

Desear

La noche es cálida y aún hay mucho movimiento en las calles de la ciudad. Hace un rato ya que se encendió el alumbrado público, de manera que es difícil no apreciar la belleza de la mujer que está de pie frente a él. Su cabello castaño oscuro es un marco perfecto para la claridad de su piel, que hace resaltar aún más los chispeantes ojos color café.

De improviso, como es su costumbre, dispara la pregunta:

—¿Qué es más importante, querer o deber?

Hoy más que nunca, sus preguntas son importantes, pero él no puede evitar sentirse confundido respecto al sentido de esta última.

—¿Te refieres a querer como amar o como desear?

—Como desear, tener ganas.

Se despiden. Se han despedido durante las últimas dos horas, pero se han extrañado demasiado como para alejarse tan pronto, especialmente ahora que, definitivamente, no se verán más.

—Deduzco entonces que el deber al que te refieres es a una responsabilidad moral, ¿verdad?

—Así es.

Saber que hoy se alejan llena sus corazones de tristeza, pero justo en este momento desbordan alegría. Ninguno de los dos quiere pensar seriamente en la despedida. Él ha amado esos ojos durante mucho tiempo, pero la circunstancia de esta noche,

saber que se alejan como las golondrinas al emigrar, le hace amarlos mucho más. Los contempla largo rato en silencio, pero debe responder.

—Usualmente, te diría que lo más importante es el deber, las responsabilidades de uno, pero en estos últimos meses ha cambiado un poco mi manera de pensar. Me he convencido de que hay cosas, acciones, sensaciones que se deben vivir para evitar llegar al final del tiempo y decir: "si yo hubiera..."

Ella no dice nada, solo sonrío. Era justamente eso lo que esperaba oír, aunque él no lo sabe, no podría saberlo.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Porque quiero besarte.

—Oh, ya veo. Y no debes.

—No, no debo. De hecho, le prometí a *ya sabes quién* que no te vería nunca más, que ni siquiera volveríamos a entablar ninguna clase de comunicación.

Ahora es él quien sonrío. También arde en deseos de besarle. Lo ha deseado desde que la vio llegar a la plaza enfundada en esos reveladores jeans a la cadera, la cabellera suelta y los rojos labios encendidos. Una Leo en toda la extensión de la palabra.

—Y, ¿qué piensas hacer?

—Besarte, te lo debo. Tú ya has roto demasiadas reglas por mí, incluidas las tuyas propias.

De todas las respuestas posibles, era esa precisamente la menos esperada. El corazón de él comenzó a latir con más fuerza y sintió sus ojos llenarse de lágrimas. No temas mostrar tus sentimientos —dijo una vez su padre—, los hombres sí lloran...

Él había, sin duda, roto varias de sus propias reglas, por el simple hecho de vivir, de darse una oportunidad, de no dejar pasar de largo las cosas bellas que la vida pone frente a uno y ella, lo había reconocido abiertamente. Lo reconoció frente a él, hoy, que deciden tomar caminos diferentes, pero más vale tarde que nunca.

—Fui feliz rompiéndolas, pero nuestras circunstancias cambian ¿no es así?

—Sí, cambian.

Ella le pasó los brazos alrededor del cuello, se paró sobre las puntas de sus pies y besó suavemente los labios tantas noches añorados. Se besaron largamente y sin prisa, sin percatarse que poco a poco las calles quedaban vacías, tenían los ojos arrasados de lágrimas.

—Adiós —dijo ella al fin—, gracias por haberme amado así. Y por verme... cuando era invisible. Nunca te olvidaré.

Él no podía hablar. Dentro de su cabeza sonaban aún las palabras del viejo: Los hombres sí pueden llorar...

Y cuánta razón tenía.

¿Por qué no puedo ser yo?

Recostada sobre la cama, Beatriz había pasado la última hora entre sollozos, recordando la conversación que había tenido con él esa tarde.

—¿Hace cuánto tiempo terminaste con tu novia?

—Dos semanas.

—¿Por qué no me habías dicho?

—No se había presentado la oportunidad de hacerlo, por eso.

Ella lo amaba. Tanto como para esperarlo. Pero estando ahí, sentados en las gradas, viendo el campo de fútbol de la universidad vacío, tomó entre sus manos la de él e inocentemente dejó escapar el comentario.

—Ahora que ya no tienes novia, podemos andar.

—Podríamos.

—¿Pero...?

—La verdad es que ahora lo que menos deseo es tener una relación formal. Después de varios años, tengo una sensación de libertad que no quisiera perder.

Golpe directo al corazón de la niña, lágrimas a punto de surgir. La voz entrecortada y la única conclusión lógica a la que se podía llegar después de lo que acababa de ser dicho.

—Tú no me quieres.

—Claro que te quiero, pero no de la manera que tú esperas, no de la forma que tú mereces.

La brisa vespertina se hizo más fuerte, haciendo girar el polvo sobre la pista de arcilla. De pronto ella clavó sus ojos sobre los de Rogelio, ansiosa de saber.

—¿Te puedo preguntar algo?

—Sí, dime.

—¿Por qué no puedo ser yo?

—No es que no puedas ser tú, chiquilla. De hecho, eres todo lo que cualquier hombre podría desear.

Sobra decir que eso no era lo que ella deseaba escuchar. Molesta, le interrumpió antes de que él pudiera terminar la frase.

—¿Qué está mal en mí?

—Nada, nada está mal. Me encantas, me gusta estar contigo. Eres divertida, tierna y lista. Simplemente tuviste la mala suerte de coincidir conmigo en el momento equivocado: yo no quiero una relación, no ahora.

—¿Y los besos, las caricias, el sexo?

—Discúlpame. Sé que eso debe confundirte. Cómo te dije antes, eres todo lo que...

—No tienes corazón —cortó ella.

Obviamente, comentarios como ese duelen. Precisamente porque, en definitiva, él la quería.

—Si con esa frase te refieres a que prefiero decirte las cosas tal cual son, sin disfrazar la situación, sin mentir... Entonces no, no

lo tengo. Alguien me dijo un día que *La verdad te hará libre*, y yo no quiero lastimarte más.

—Entonces, ¿nunca andarás conmigo?

—Yo no dije eso. Sólo dije que, por ahora, no quiero tener una relación.

Beatriz había repasado la conversación en su mente una y otra vez, tratando de entender. Ahora abrazaba su almohada mientras limpiaba las lágrimas de su mejilla con la punta de la sábana. Lo dicho por él significaba que tenía esperanza, ¿o no?

—Entonces, ¿algún día?

—Es posible.

—También es posible que para entonces yo haya desaparecido de tu vida...

Su molestia iba en aumento. El cielo que diez minutos antes era de un límpido azul, oscureció de nubarrones.

—Lo sé. Y tal vez entonces me odie por lo que estoy dejando ir en este momento, pero prefiero no mentirte.

—Entonces... adiós.

Soltó sus manos, dio media vuelta y se alejó de las gradas a través de los corredores de la universidad. Él se quedó sentado ahí, dudando si lo que había dicho y hecho sería en verdad lo correcto.

Y entonces, comenzó a llover.

Nos vieron

El nerviosismo de Marina era evidente. Le vi frotarse las manos varias veces antes de atreverse a decir:

—Nos vieron.

Dejé mi taza de café sobre la mesa, buscando sus ojos con la mirada.

—¿A qué te refieres? ¿Quiénes nos vieron?

—Ellos. Sus amigos.

Intentó sonreír y dio un pequeño sorbo a su café. Las relaciones clandestinas siempre provocan paranoia y una subida de adrenalina. Mi corazón comenzó a latir más aprisa.

—¿Cómo sabes?

—Él me lo dijo.

Es el riesgo. Una voz interior tenía tiempo insistiendo: *en cualquier momento puedes ser descubierto*, y había que afrontar las consecuencias de nuestros actos, de mis actos.

—¿Qué te dijo?

—Eso: que sus amigos nos habían visto en el bar.

—¿Sólo eso? ¿Y tú que le contestaste?

—Me puse nerviosa. Me acorraló... Discúlpame.

Escucharle decir eso también me puso nervioso a mí.

—¿Qué le dijiste?

—Que sí, que habíamos salido, que somos amigos desde hace mucho tiempo y por eso nos fuimos a tomar una cerveza y a jugar billar.

—Muy bien.

—Pero él quería saber más, me preguntó muchas cosas.

Por extraño que parezca, me estaba tranquilizando. Mis ideas volvían a organizarse, a tener sentido y eso debió reflejarse en mi rostro.

—Ya veo, chiquilla. Es normal. Estábamos en un lugar público y cualquiera podía vernos. Además, como amigos que somos, es normal que nos tomemos una cerveza de vez en cuando.

—¿Sabes? Me preguntó si nos habíamos besado.

—¿Y qué respondiste a eso?

—Que no.

—¿Y te creyó?

—Sí. Después de un rato, pero sí. Logré convencerlo de que nada había sucedido.

—Muy bien, mi niña. De hecho, esa es la verdad —dije, con una serenidad que me sorprendió incluso a mí al escuchar mi propia voz—, nada sucedió. Jamás nos besamos en el bar. Todo sucedió después.

Pasé el dorso de mi mano por su mejilla y le vi tranquilizarse. Exhaló aliviada y, cerrando los ojos, besó mis dedos mientras decía:

—Gracias, siempre me haces sentir mejor.

Sonrío, o al menos, creo que lo hago. La voz interior resuena: *no decir la verdad completa, también es mentir*, pero decido ignorarla deliberadamente y besar esos dulces labios una vez más.

A fin de cuentas, *nada* sucedió en el bar.

La maestra Lupita

Miércoles, 10:45 de la mañana. Faltaban cinco minutos para que terminara el receso. Eso solamente podía significar una cosa: mis compañeros empezarían a chingar.

—Te cambio el lugar.

—No, wey, te lo cambio yo.

—Mejor a mí, yo soy tu amigo, acuérdate.

—No seas puto, wey, déjame sentar ahí. Te paso el proyecto de Análisis de Sistemas y hago tu tarea de lenguaje C.

Segunda fila, tercera butaca. Nada espectacular, excepto los días que teníamos clase de Geometría Analítica.

Recuerdo que entonces los salones de la prepa todavía tenían esa plataforma, esa suerte de altar donde el maestro daba su clase desde un nivel más alto, como para dominar el panorama y cachar en la maroma al tramposo que se atrevía a copiar en un examen. Las butacas eran color naranja, con paleta de madera y el escritorio del profe no era tal, sino una mesa amarilla completamente descubierta. Esa era la razón del alboroto. Nos tocaba Mate III con la maestra Lupita, la de las piernotas, la de las chiquifaldas de mezclilla con volantes, propias de aquellos tiempos noventeros. Así que imaginen ustedes la escena: la llegada de la maestra Lupita se anunciaba desde que escuchábamos el cadencioso resonar de sus tacones a lo largo del pasillo, momentos antes de irrumpir su deliciosa silueta por la puerta del salón. Las fuertes y torneadas piernas eran lo

primero que captaba la atención del personal: un cuerpo escultural, una cintura milimétrica... y ahí paramos de contar. La verdad es que, de cara, no era muy agraciada que digamos, pero eso no evitaba que mis compañeros se pelearan por mi lugar para verle los calzones. Yo me hacía del rogar por un buen rato y luego cedía. No es que no me llamaran la atención las atléticas piernas de la maestra, pero cambiar de lugar me daba la oportunidad de estar cerca de aquellos ojos espectaculares, de apreciar el aroma a *Suavitel* de aquel suéter color rosa. Era “ella”, la niña más bonita del salón, quien realmente me importaba.

Mis compañeros decían que no aprendíamos nada en las clases de la maestra Lupita porque enseñaba demasiado. Pasaban el receso deseando que escribiera una ecuación en la parte más alta del pizarrón. Esas falditas cortas eran un todo un acontecimiento.

A veces me dan ganas de darme una vuelta por la escuela para ver si de casualidad la vuelvo a encontrar. Quien quita y sigue igual de buena.

Claudia

“bésenle la nuca a Claudia...”

Armando Palomas.

—Romero Pichardo Claudia Rebecca...

No hubo respuesta. Así que el profesor siguió pasando lista con indiferencia. Era obvio que a él no le preocupaba mucho que Claudia no hubiese llegado, pero a mí, sí. Afuera llovía y las calles mojadas de la ciudad son muy peligrosas. Tuve una sensación rara en el pecho. Ya cuando fui un poco mayor, descubrí que eso que yo sentía, se llamaba angustia. La causa era ella.

Me gustaba. Me gustaba desde que en segundo de primaria nos sentaron por orden de lista. Ella detrás de mí, lo cual era una bendición. De esta manera, cuando llegaba tarde, dejaba tras de sí una deliciosa estela a champú Johnson *no-más-lágrimas* que era como una droga para mí. Yo disfrutaba ese perfume proveniente de los rubios cabellos lacios cerrando los ojos y aspirando como si fuera la última bocanada de aire en un transbordador espacial que está a punto de estallar. Esa niña me latía tanto, que no me importaba que mis amigos dijeran que estaba orejona o que era demasiado flaca. *Un palo de escoba*, solían decirme para que yo me molestara. Esos ojos cafés eran los segundos ojos cafés más bellos que yo había visto en mi corta vida. Cuando pasamos a quinto año, decidieron ordenarnos por

promedios y la mandaron hasta la tercera línea de pupitres. Me la quitaron, me privaron de su presencia, de sus intentos por copiarne la tarea. Pero como le tocaba sentarse en el primer lugar de la línea y yo era el sexto de mi fila, podía observarla descaradamente, fingiendo que ponía atención a lo que nos enseñaba el maestro Cortés Ponce, rudo catedrático de la Escuela Primaria Urbana Federal Mariano Michelena.

Pero yo seguía preocupado. Afuera aún llovía a cántaros y ella todavía no llegaba. Benjamín, mi mejor amigo y yo nos la disputábamos. Éramos rivales o jugábamos a eso, por así decirlo.

—Es mi novia, *Benjas*.

—Que no. Te digo que es mi novia.

Seguramente ella nunca se enteró de eso. Simplemente se limitaba a pasear impunemente frente a mí su pálida belleza de niña de once años. Los lunes con coleta y listón blanco. Algún otro día con el rubio cabello suelto y una diadema. Los ochenta llegaban a su fin y comenzaba la década de los noventa. La música se reproducía en *cassettes* y el ídolo pop de Claudia y de las demás niñas del salón era Pablito Ruiz. Desde entonces, mis compañeros y yo —más por envidia que por otra cosa—, decíamos que ese *buei* era maricón. El tiempo nos daría la razón.

Claudia llegó tarde, el impermeable transparente chorreando agua de lluvia, pero el uniforme guinda a salvo. Su mamá se disculpó con el maestro mientras yo le observaba llegar a su

lugar, sacudir el paraguas azul, sentarse después de acomodar la falda del jumper con ambas manos y sacar los libros en una sucesión de movimientos felinos que parecía estudiada, practicada hasta la perfección. Nunca le dije cuánto me gustaba. En ese entonces no sabía cómo. Aún no tenía idea de cómo plasmar mis ideas por escrito, ni me atrevía a decir lo que pensaba sin que me importase el qué dirán, ni el que me mandaran mucho al diablo. Claudia Rebecca Romero Pichardo, el amor platónico por antonomasia, dueña de mis suspiros infantiles. La flaquita bonita del salón.

Todo esto viene a mi mente mientras Luis pone *Manual para conquistar a Claudia* de Armando Palomas a todo volumen en el sonido del bar y yo me bebo mi tercera michelada de a litro. No sé de dónde empezaron a surgir estas memorias. De repente me encontré recordando días de lluvia, viejas canciones, amores platónicos, amigos olvidados y el delicioso aroma de su cabello. Alguna vez pensé que, si me la encontraba, le contaría todo. Pero ahora, seguramente se habrá convertido en toda una señora, probablemente profesionalista, con hijos al por mayor y, tal vez, no tenga caso hablar de amores infantiles jamás confesados. ¿Habrá cambiado mucho? ¿Seguirá siendo tan linda como la recuerdo? Quizá su cabello rubio aún siga oliendo a champú con manzanilla.

Dime

No puedo evitar sentirme curioso. ¿Podrías decirme cómo hiciste para acabar con todo el amor que sentía por ti? Es imposible negar el nivel superlativo de esos sentimientos, al menos en aquellos días. Aún recuerdo las mañanas en que despertaba añorando los dulces besos soñados toda la noche, besos de miel y cerveza, de fuego y rosas, besos que me hacían vibrar, sentirme vivo.

Ahora me encuentro aquí, de pie, a unos veinte metros de llegar a tu casa, inmóvil. No deseo avanzar. Siento náuseas, fastidio, asco de ti. Es gracioso. Incluso ahora, puedo notar cómo sonrío al pensar en estas cosas. Me pregunto cómo lograste en mí este efecto, si hace dos años llamarte mi ángel era tan natural en mi voz que a nadie le extrañaba.

Dime en qué momento te volviste esa fría persona: vana, vacía, celosa, difícil de tratar. ¿Dónde quedó la inocencia, la ternura? ¿Cuándo mataste a la hermosa mujer de la que yo me enamoré? ¿Cuándo surgió esta irreconocible criatura, llena de vanidad y soberbia?

Y pensar que hubo un momento en que, para mí, tus defectos eran fáciles de ignorar o, al menos, sencillos de sobrellevar. Dime cómo hemos de nombrar de ahora en adelante a eso que hacemos, y que, a todas luces, es imposible llamar amor. Dime por qué mientras te beso, no puedo dejar de pensar en ella, por qué prefiero las suaves ondas de su cabello negro que tus rizos,

artificialmente rubios y por qué mis labios se deslizan con más suavidad por su espalda alabastrina que sobre tus hombros de piel apiñonada, por qué sus besos hacen hervir mi sangre y los tuyos han perdido sabor y esencia.

Dime por qué, de pie en la esquina, justo antes de llegar a tu casa, lo único que ansío es poder escapar lo más pronto posible para encontrarme con ella.

El Padre Pistolas

No acostumbro ir a misa, prefiero evitarlo en la medida de lo posible, pero hoy es un evento especial. Trato de concentrarme en la arquitectura del lugar para evitar que salga de mi boca algún comentario que pudiera causar la molestia de mi madre. Para ella sigo siendo el niño rebelde que los domingos se llevaba el cuento de Kalimán a la iglesia para no tener que escuchar el sermón. En el piso de piedra de la capilla resuenan unos pasos. Veo pasar a mi lado a un tipo muy alto, de botas y sombrero. Le calculo un poco más de cincuenta años por el bigote cano. Su indumentaria me recuerda a Otto, de la serie de Malcolm el de en medio. Él es el Padre Pistolas, me dice mi madre al oído y yo no lo puedo creer. Ya antes había oído hablar de este personaje y pensaba que era una leyenda urbana. Por primera vez en muchos años presto atención a las lecturas, el sermón me tiene especialmente fascinado:

—Martha tenía dos hermanitos: Lázaro y Magdalena, quien era muy bonita pero no se portaba muy bien que digamos, comenta el padre mientras lanza una sonrisa y continúa: dice la lectura que mientras Martha estaba limpiando, Magdalena escuchaba lo que decía Jesús y, obviamente, Martha se enojó y le dijo a Jesús: Señor, dile que me ayude, nomás se está haciendo taruga. Y Jesús le contestó: déjala, ella escogió la mejor parte, escucharme a mí.

Ahora ya nadie escucha —dice el Padre con disgusto—. Conozco así de gente (muestra juntos los dedos de la mano

derecha) que se van a trabajar, hombre y mujer, son maestros o lo que ustedes quieran y, por desgracia, a los niños nadie los atiende. Conozco a quienes se han suicidado siendo muy ricos, con alberca y todo; pero la señora jamás tuvo tiempo de atender al marido. Y María Magdalena escuchaba... ¡Si hablar es muy fácil, escuchar no! Tengo 27 años yendo a México y se me junta una filota de señores y yo les digo ¡confiésense con otro!

—Es que los otros padres lo ponen a uno todo nervioso, Padre —responden—, ¿qué va a andar uno confesando así, si lo traen a la carrera?

Ni siquiera los sacerdotes quieren escuchar. Y conmigo nos aventamos media hora, una hora, ¡lo que duren! y muchos salen llorando. Tienen hasta 40 años sin confesarse, como algunos que veo por aquí (lanza una mirada acusadora). Lo primero que se necesita es paciencia y saber escuchar. Imagínense a mis norteños —dice el Padre Pistolas haciendo alusión a los migrantes que visita en Estados Unidos— que cada tres años vienen por un mes y se la pasan pedos todo el mes. ¿Cuándo escuchan a sus hijas? ¡De putas no las bajan!, —discúlpenme la expresión—, ¿cuándo escuchan a sus esposas? Y luego se quejan, ¡pero no las atienden! Óiganme, si lo principal es la relación personal con las esposas, con los maridos, con los hijos. Tampoco los hijos escuchan a sus padres: “Mira hijo, no te vayas a sacar una vieja de esas de la calle, no llegues tan noche, no te emborraches, cuando manejes ya deja la camioneta por ahí encargada.”

¿Cuándo escuchan los hijos a sus padres? Yo les digo: oye, tu hijo me rebasa, ta' medio loco. El otro día me echó pa'abajo de la carretera, no le andes prestando la camioneta. Uh, Padre (el hombre aquel se quitó el sombrero, se rascó los piojos), me dijo, si le quito las llaves ¡me pega, y ya no me ayuda... ¡y la culpa la tiene su madre que lo consiente!

¿Y cuál es la consecuencia? —Pregunta el padrecito viéndonos con la segunda mirada acusadora de la tarde—. Alrededor de la laguna de Cuitzeo hay un montón de cruces de accidentados muertos que no pasan de los 26 años... y también hay chamacas. Hay un hermano que es doctor; a los 55 años ya estaba bien acabado. Le digo yo: hermano, te va a llevar la fregada, ¡ya ni nalgas tienes! Deja ese méndigo cigarro (dos cajetillas de Marlboro diario); y cuando cayó en el hospital, le encontraron un cáncer del tamaño de una naranja, de lo más maligno. ¡Y cómo hay viejas fumadoras! A veces vamos a paseos y dicen: ay, Padre, quiero ir al baño... ¡Cuál baño! ¡Ya están que se queman por echarse el cigarrito! Me dice una enfermera: yo no le hago daño a nadie, yo me fumo una cajetilla todos los días, pero en el patio de mi casa. Le dije, a ver siéntese *ai*, Señora enfermera, ¿cuánto te cuesta la cajetilla?

—Treinta pesos.

¿No le hacen falta de leche a tus hijos? Y nos echas a perder a todos el ambiente, y lo peor de todo, que te va a llevar la fregada y todos vamos a pagar de nuestros impuestos, nos vamos a joder a estarte pagando las quimioterapias y todas las medicinas... ¡y

nos tiznas a todos! Ustedes tomen conciencia, que la humanidad, que este país, que ahora está tan amenazado de la familia —y no precisamente de la católica.

Hace una pausa, como si se acordara de algo.

Y todavía mi amigo Calderón pregunta ¿que cuál será la causa? Que no se haga tarugo, ¡si no hay trabajo, nos pagan mal nuestras cosechas, le suben a la gasolina y a todos nos está afectando, mis pobres norteños ya no tienen pa' tragar, ¡por eso ya ni voy!

Se contiene un poco, como recordando que tiene que finalizar el rito de la misa y concluye:

Ya para terminar con esto, les pido por favor recordar que Dios está en nosotros, en los niños, en los borrachos, en los locos, en las prostitutas... Hay que tratarlos con amor y respeto.

Mi hermano menor, sentado junto a mí, quien se ha hecho tan escéptico como yo a golpe de buenas lecturas, se inclina un poco hacia su izquierda para decirme en voz baja: *así, sí vengo a misa*. Estoy de acuerdo, carnal —le respondo—. Espero que el padrecito se siente a nuestra mesa. Tal vez me acepte un tequilita y podamos platicar un poco más con él. Creo que algo bueno le podremos aprender, sin ninguna duda.

El regreso de Golondrina

Lluvia ligera. El viento frío parecía darle un color aún más gris a esa tarde de verano y, sobre la colina, el viejo árbol lucía dispuesto a desafiar a los elementos. Cosa fácil cuando se sabe que la espera valdrá la pena. Sin embargo, después de un año, la pequeña golondrina no apareció. La lluvia golpeaba al árbol con fuerza creciente, aumentaba el frío. Llegó la penumbra y finalmente la oscuridad cubrió el paisaje con sombras parecidas a la decepción.

Al día siguiente, al tocar apenas la luz del sol con sus primeros rayos la copa del árbol, el canto de la golondrina surgió nítido entre sus ramas. Los árboles no sonríen, no tienen boca con qué hacerlo, pero había una sonrisa en su alma al reconocer el trino de Golondrina, su golondrina.

—¡Hola!

—Hola, pequeña.

—¿Cómo te va?

—No me puedo quejar: soy un árbol sin boca...

A ella le gustaba ese ácido sentido del humor. La ironía de ese árbol duro, a quien había extrañado por espacio de un año que se sintió más largo que el anterior, por increíble que esto suene. Justo ahora se acercaba al tronco del viejo árbol y le abrazaba con sus alas.

—Te extrañé.

—Y yo a ti, mi niña.

—Sabes, hice lo que tú me dijiste: le di una oportunidad.

—Lo imaginé.

Sí. Imaginarlo es fácil, escucharlo de la propia voz de Golondrina, no tanto. Voz diáfana y musical, pero que es capaz de herir como una espada, aunque sea involuntariamente.

—Me dejó —dijo Golondrina en una triste exhalación.

¡Increíble! ¿Qué mediocre golondrina podría dejar escapar a alguien como ella? Plena de juventud, belleza y amor.

—¿Por qué?

—No me entendió. No sabe volar. No como tú y yo.

Metáforas. Los árboles no vuelan, por supuesto, pero el cariño que había existido entre los dos, los hacía entenderse en un nivel diferente, dónde a él no le faltaban las alas de ella, ni a ella le hacían falta los años de él para comprenderse mutuamente. ¿Amor? ¿Es posible llamarle así después de un año de ausencia y añoranza? ¿De qué otra manera llamarle? ¿Obsesión?

.....

Ni Árbol ni Golondrina se percataron del proyectil, extasiados como estaban en la contemplación del otro. La civilización se había acercado peligrosamente y alguno de los niños del pueblo, que jugaba cerca de las raíces, lanzó la piedra que golpeó el ala izquierda de la frágil ave. Árbol le vio precipitarse al piso, incapaz de hacer nada para protegerla ni para detener su caída. Maldita condición de árbol inmóvil, inerte, inútil.

El poeta se dio cuenta del percance inmediatamente. Cerró el libro de pastas negras y se acercó a recoger el cuerpo de la avecilla herida. Sintió una ola de preocupación al situarse debajo de la sombra que prodigaba el anciano árbol. Los poetas son sensibles al lenguaje de la naturaleza. Asintió como si realmente escuchara el mensaje del gigante de madera y llevó a la golondrina a su casa para curarla. La colocó en una jaula y le atendió con la dedicación y esmero de alguien que valora la belleza de la vida. Lamentablemente, el pequeño corazón no resistió. Murió al caer la noche, suavemente, como el atardecer, entre las tibias manos del poeta.

Árbol se enteró al instante. Existía entre él y Golondrina un vínculo que nadie hubiese podido imaginar. Sintió como su corazón de madera se fracturaba ante la sensación de haber perdido para siempre a la criatura que le había hecho conocer el amor. Por primera vez en 200 años deseó no haber conocido jamás ese sentimiento que, justo ahora, dolía tanto. *¿Quién dijo que el amor no duele?* Esa noche, sobre la colina, volvió a llover.

—No quiero vivir si no está ella —brilló el relámpago y tronó en el cielo.

Algo así escuchó el poeta entre el golpeteo de las gruesas gotas de lluvia que daban de lleno contra su ventana. Apagó la lámpara de su mesa de noche.

La civilización fue la encargada de conceder al árbol su deseo. Justo por la colina donde se erigía imponente, debía pasar el

nuevo camino que la modernidad demandaba para hacer llegar los frutos de las cosechas a su destino en los pueblos de más reciente formación. Así que, el árbol de más de dos siglos fue sacrificado en aras de la prosperidad. De cualquier manera, ya no tenía caso vivir, era un árbol sin corazón. Había muerto la misma noche que su Golondrina.

.....

El poeta tomó las hojas con parsimonia. Él, personalmente había supervisado el proceso que convirtiera al viejo árbol en papel. Abrió el cajón y sacó el tintero. Encendió la lámpara de su mesa de trabajo y procedió a abrir el recipiente de plata donde guardó las cenizas de la golondrina. Mezcló las cenizas con la tinta con un abate-lenguas de madera roto. Los aromas de la primavera se presentían ya en el ambiente, entrando a raudales por la ventana abierta. Cerró las dos hojas, haciendo a un lado la cortina para poder observar la luna llena, que en su pálido resplandor ilumina de luz el cielo y de inspiración el corazón de los poetas. Respiró profundamente, se sentó, cargó su pluma de tinta y comenzó a escribir:

Nocturno.

No puedo decirte que te quiero. Lo justo sería decir que necesito hacerlo...

La tinta se absorbió de manera perfecta sobre el papel. Al terminar el poema, el artista aspiró el dulce olor que desprendía su obra. Firmó con sus iniciales y sonrió satisfecho.

—A partir de esta noche, las almas de Árbol y Golondrina quedan unidas para siempre —declaró el poeta en voz muy baja y apagó la luz.

Frente a la marquesina

El hombre cruzó sin prisa las calles encharcadas de la ciudad. Los ecos de sus pasos resonaban en las mojadas aceras de cantera. Sacó la mano izquierda del bolsillo de su chamarra de piel y echó un vistazo al reloj de plata que le diera su padre antes de morir.

—La hora de las brujas —dijo para sí, sonriendo.

Estar caminando solo por la ciudad a esa hora, no era una idea muy cuerda, pero esas caminatas nocturnas sobre calles recién bañadas de lluvia, el olor a cantera mojada, y la luna creciente que iluminaba sus hombros y su espalda, le hacían sentir increíblemente vivo. Se detuvo frente a la marquesina del viejo cine. Aquél en el que viera las primeras películas, siendo apenas un niño. “De vaqueros”, recordó.

El viento fresco de la madrugada sopló con más fuerza, agitando su cabello negro. Ese olor era lluvia, recuerdo de viejos amores y besos jamás olvidados. Levantó la vista para leer el título de la película que se había estrenado esa noche, sólo unas cuantas horas antes: *Los hombres que no amaban a las mujeres*.

No pudo evitar volver a sonreír, ¿qué hombre en su sano juicio podría decidir no amar a las mujeres, prueba inequívoca de que Dios existe? Y mientras pensaba en esto, comenzó a caminar hasta volver a perderse entre las sombras de esas calles solitarias. Sonrió una vez más: él no intentaría entenderlas, ya había decidido amarlas.

Muñeca

Las puertas del bazar se abrieron puntualmente como desde hacía veinticuatro años, justo cuando el reloj de péndulo tallado en ébano marcaba las nueve de la mañana. El sol iluminó a raudales los objetos cuidadosamente acomodados en sus estantes: baúles, candelabros, fonógrafos, vestidos y uniformes de una guerra casi olvidada. Todo distribuido de manera precisa, para que el total de los objetos pudiera ser apreciado por los visitantes con la misma facilidad desde cualquier ángulo. El encargado colocó el acostumbrado taburete para que la puerta no se cerrara con el viento, echó un vistazo a las calles que a esa hora de la mañana eran tranquilas aún, aspiró el aire matinal y se acomodó con las manos los cabellos grises.

Los curiosos empezaban a llegar a eso de las diez. Turistas que estaban de paso en la ciudad, ancianas que venían a recordar épocas de gloria y juventudes idas, estudiantes de literatura o filosofía que apreciaban el millar de historias encerradas en esos objetos, talladas en madera o escondidas detrás de una bolita de naftalina. Sobre un juguetero de madera de roble con finos acabados de color dorado en sus orillas, se encontraba una muñeca. El vestido que un día fuera blanco lucía ahora un tanto amarillento, en especial en el encaje de las mangas bombachas que cubrían los hombros. Los rubios cabellos estaban despeinados y esos ojos azules miraban la puerta abierta de par en par, como si esperaran algo.

La muñeca no era muy antigua. No era de porcelana sino de plástico. Dentro de ella aún conservaba el mecanismo que, desde hacía más de dos décadas, le permitía reír: un pequeño disco de acetato y una aguja lectora que habían dejado de funcionar.

—Falta de baterías —había dicho alguna vez el viejo encargado para sí mismo.

Justo ahora, una joven cruzaba el umbral, maravillada de todas las cosas que sus ojos descubrían en el pequeño bazar. Se encontraba hojeando un libro de hojas desgastadas por el tiempo —una versión antigua de un clásico de Shakespeare—, cuando sus ojos claros se encontraron con la mirada azul de la muñeca. Sonrió y fue hacia ella. Sacó un cepillo de su bolso y arregló los despeinados cabellos, la tomó entre sus manos y le acarició la mejilla, para voltearla luego y cerrar el vestido por la espalda con el desgastado velcro y el broche de presión que estaba a la altura del cuello, por la parte de atrás.

Listo —le dijo— y la colocó otra vez sobre el juguetero. ¿Sabes?, —agregó—, eres una muñeca muy bonita.

El rojo corazón de plástico de la muñeca rebosaba de alegría y sus ojos azules brillaban con tal intensidad, que pareciera que les hubiesen, mágicamente, dado vida.

—¡Me quiere! —pareció decir.

El espejo de luna ovalada con adornos barrocos que se encontraba colgado a su izquierda quiso intervenir para proteger el frágil corazón de juguete de la muñeca.

—No deberías ilusionarte de esa manera.

—¿Por qué no? ¿Acaso no lo has visto tú mismo?

—¿Ver qué?

—La manera en que me tomó entre sus manos, cómo me peinó, cómo arregló mi vestidito...

—Sí lo vi, pero eso no significa que te quiera o que te vaya a comprar...

—¡Mentiroso! —Respondió indignada la muñeca—, eso sólo lo hace alguien que te quiere, esas son las actitudes de alguien que te quiere: ella me va a comprar.

El espejo no quiso ser cruel con la muñeca, no sabía cómo decirlo sin lastimarla.

—¿Cómo te llamas?

—No lo sé. No tengo un nombre. Nunca he tenido una dueña, nadie ha jugado conmigo. Sólo sé que me llaman Muñeca.

El espejo hizo una pausa, buscando las palabras adecuadas para lo que quería decir.

—¿Sabes por qué la muchacha te arregló el vestido, te acomodó esos cabellos despeinados y te limpio la carita?

—Porque me quiere.

—No. Lo hizo porque así se trata a las muñecas.

—Pero a mí nadie me ha tratado así. Nunca alguien me dijo que era una muñeca bonita, nadie antes se preocupó por mirarme a los ojos o por peinar mi cabellera.

—Para eso son las muñecas, querida. Debes entender que ella no te comprará, sólo te trató como debe tratarse a una muñeca. Si insistes en creerlo, sufrirás...

—¡Eres un envidioso! ¡Lo dices porque sabes que a ti nadie te comprará! ¡Porque permanecerás en este lugar para siempre! Sólo estás celoso...

El espejo guardó silencio. Realmente deseaba equivocarse, pero después de haber visto nacer, crecer y morir a cuatro generaciones tenía la experiencia suficiente como para saber lo que sucedería.

La joven estudiante cruzó otra vez frente al juguetero donde estaba sentada la muñeca y le sonrió ampliamente. Llevaba ahora entre sus brazos, apretado contra el pecho, el libro de pastas gruesas que estuviera hojeando anteriormente. Antes de salir besó la frente de la muñeca y luego echó a andar por las calles mojadas de lluvia de la ciudad.

El espejo no había querido sonar cruel, pero él sabía. La muñeca quedó de nuevo mirando hacia el portón abierto del bazar, confundida, triste, decepcionada.

—No entiendo... ella me quería —pensó.

En ese momento deseó que en el lado B del pequeño disco de acetato que estaba dentro de su pecho se hubiese grabado llanto,

de la misma manera que en el lado principal, el fabricante había grabado una cristalina risa infantil.

La temperatura bajó a causa de la intensa tormenta que ya caía allá afuera, sobre la ciudad. Dentro del bazar el espejo se empañaba y el vapor condensado marcó dos lágrimas bien definidas sobre la luna que había sido testigo de tantas cosas durante tantos años. Sin embargo, a veces ni siquiera los espejos pueden reprimir su tristeza ante las cosas que pasan. Cosas tan injustas como una muñeca que nunca ha sido tratada como tal, que nunca ha sido objeto de juegos o cobijada por la mágica caricia de un nombre dicho por su amorosa dueña. Es por eso que —a veces—, los espejos lloran, aparentemente sin razón.

Frágil

—¿Qué es esto?

—Mi corazón.

—No sabía que los corazones fueran de cristal.

—Pues lo son.

—No puedo aceptarlo.

—¿Por qué no?

—Mira mis manos: son torpes, burdas manos de obrero. No sabría cómo cuidarlo. Es muy frágil y lo puedo romper. No sé cómo cuidar un corazón de cristal.

—Lo siento, pero no es tu decisión sino la mía. Yo decidí entregártelo y nada puedes hacer para cambiar eso. Tal vez lo rompas, pero asumo el riesgo...

—¿Y cómo vivirás sin corazón?

—¿Y cómo viviría sin ti?

Ella y él

Él miró a través de la ventana. La cortina estaba corrida y, desde esa posición, podía mirar la luna llena. Las noches en la ciudad son mezquinas de estrellas. Aun así, los cúmulos de nubes a la izquierda de Selene contrastaban de manera maravillosa con el oscuro manto donde se presentaba Venus como única comparsa, dando la impresión de un cielo dividido a la mitad. Luz y sombra, claridad y oscuridad. Hermosa noche de un sábado de octubre.

Ella, sentada a su lado, sintió un poco de frío y se acurrucó junto a su pecho. Escuchó los potentes latidos y cerró los ojos, mientras ajustaba su respiración al ritmo que escuchaba.

Él tenía apretada la mandíbula y ella sintió la tensión en el ambiente, así que se aventuró a preguntar:

—¿Qué sucede?

A él le gustaba la forma en que ella preguntaba las cosas. Jamás decía ¿qué te pasa? ni ¿estás bien? Por el contrario, el *¿qué sucede?* era su sello característico, su marca registrada. Más aún, la dulce entonación que vibraba en las cuerdas de la garganta adolescente al hacer esa pregunta, era música para sus oídos.

Él no sabía mentir y dejó que su boca hablara lo primero que le vino a la mente. Es decir, la verdad.

—Tengo miedo de lastimarte, de comenzar juntos algo en serio, de hacerte daño con este incipiente cariño. Miedo de que esta

noche de luna se vuelva memorable y que cuando el cuento termine, sigas asociando a la luna conmigo, provocando que después, en cada ocasión que voltees hacia el cielo en noches como ésta, derrames una, cien o mil lágrimas. No quiero que mi recuerdo, cuando ya no esté a tu lado, te haga sufrir.

Ella no dijo nada. Recordó el momento exacto cuando vio por primera vez su reflejo en aquellos ojos negros. Cuando aspiró el perfume de la piel morisca en aquél cuello varonil, la ocasión en que le tomó la mano por vez primera mientras hojeaban juntos un libro de Edgar Allan Poe. Recordó también que ella ya había decidido amarle, sin cortapisas, sin condiciones, consciente de que —definitivamente—, el sufrimiento y el llanto eran posibilidades latentes. Pero así es el amor.

Con una sonrisa en los labios, solamente le dijo:

—Piensas demasiado.

Y le hizo callar con un beso.

Infiel

Deslizo el pulgar sobre la tapa de la cajetilla de cartón. Tomo un cigarrillo entre los labios y hago girar el mecanismo del encendedor. El humo dibuja nuestras siluetas en la penumbra antes de desvanecerse sobre el cielo raso. La habitación huele a pizza, vino tinto y amores clandestinos. Se abraza a mí. Siento el calor de su piel en mi costado. Veo sus hermosos ojos color café, ella los entorna y sonrío.

—No deberíamos estar aquí.

Acerca a mi cuerpo su tibia desnudez mientras afirma:

—Lo sé. ¿Qué le dijiste?

—¿A ella? Le dije que estaría en la oficina toda la tarde, trabajando en la planeación del próximo proyecto y que no contestaría llamadas.

—Muy bien.

Guarda silencio por un instante y con la sonrisa más pícaro que yo le conozca, dice:

—Oye...

—Sí, dime...

—¿Dónde aprendiste a ser infiel?

—Tradición familiar, supongo. En todas las generaciones, por parte de la familia de mi padre, siempre ha habido un infiel; mi abuelo, mi tío, y ahora yo. Me tocó en suerte.

—Eres un cínico. Lo dices como si te enorgulleciera.

En este momento, ya no podría calificarlo. No sé si sea bueno o malo. Aunque pensándolo bien, ahora que sujeto su cintura y beso una vez más sus labios, creo que no debe ser tan malo. No, no lo es.

Suena su celular. Por su mirada asustada, puedo adivinar quién le llama. Toma mi camisa de la silla y se la coloca encima en un solo movimiento. Me pierdo en la contemplación de esa imagen: ella alejándose de la cama con mi camisa sin abrochar. Puedo ver la delicada línea que dibuja sus senos a través del espejo que está en la esquina de la habitación. Me encantan sus bien torneadas piernas y mientras lo pienso, no dejo de preguntarme por qué ella insiste en que está gorda. Mi camisa le queda grande. Sale de la recámara. Se aleja de mí para contestar la llamada como si quisiera que yo no escuchara, lo cual resulta un tanto difícil en un departamento cerrado, donde solo estamos nosotros dos. Qué piernas...

Yo escucho toda la conversación. Toda.

—Hola... sí... fui al centro... con nadie. Sola ya te dije... viendo unas blusas que me quiero comprar... no. Yo también... Ya te lo he dicho, ¿para qué lo quieres escuchar? Sí, yo también. Sí, mucho. ¡Claro que te lo digo! Porque ya te lo he dicho... sip. Tú también, bye.

Voltea a verme y suspira aliviada, aunque no por mucho tiempo, pues ahora es mi teléfono el que suena. Número desconocido, no

lo tengo registrado. Le muestro la pantalla para que vea quien me marca.

—Es él... —dice en voz tan baja que parece asustada.

—Oquéi.

Tendré que contestar o parecerá sospechoso.

—¿Bueno? ¿Quién habla? ¿Quién? ¡Hola Arturo! No te reconocí la voz, ¿cómo estás? Bien, también... ¿A quién? No, no la he visto. ¿Conmigo? No... En el despacho... Sí, claro... No hay problema... Sí... Bye.

Ella regresa bajo las sábanas. Ya era hora, me estaba dando frío.

—¿Por qué le diste mi número? —Le reclamo, tengo que hacerlo.

—Yo no fui. Él debe haberlo buscado en mi celular. Tal vez sospecha algo.

—¿Tal vez? No, tal vez, no. Realmente sospecha algo. Aunque con lo que le dijiste tú y mi descarada serenidad al contestarle, creo que las aguas volverán a su cauce...

La adrenalina baja, el ritmo cardiaco vuelve a sus niveles normales en su pecho y en el mío. Lo puedo sentir ahora que estamos abrazados otra vez.

—¿A qué hora te quitaste mi camisa?

—Hace rato. Podría arrugarse.

—Oye...

—¿Qué sucede?

—Ya ti... ¿quién te enseñó a mentir de esa manera?

—Fuiste tú: lo aprendí de ti.

Cobardes

El cielo vespertino se cubría de esos tonos naranjas, púrpuras y dorados que anuncian la diaria despedida del astro rey. Temperatura que descendía, cúmulos de nubes iluminadas por los últimos rayos en el horizonte y yo hipnotizado por el espectáculo.

La acera, que hasta ese momento era toda para mí, resonó con la rítmica cadencia de unos tacones femeninos y mi instinto de hombre me hizo voltear casi involuntariamente. La mujer perfecta, la que había esperado toda la vida: era ella.

Los diez metros que nos separaban fueron salvados en unos cuantos segundos y mientras más se acercaba, más se aceleraba mi corazón. Nos reconocimos. Pude leerlo claramente en sus ojos cuando pasó junto a mí, cuando percibí el dulce aroma de rosas de su cabello lacio, azabache, que flotaba al viento. El tiempo pareció detenerse. Sentí deseos de preguntarle por qué había tardado tanto en aparecer, envuelta en perfume de rosas. Tuve el estúpido impulso de decirle que la amaba desde mucho antes de ese momento, sin conocerla, sin haber visto su rostro moreno previamente. Ella me dijo lo mismo con la mirada y con su sonrisa mientras se alejaba, volteando de reojo a verme. Una conexión única, tan larga como un momento, ese momento que pudimos haber prolongado para toda la vida con un simple “hola”.

Pero tanto ella como yo estábamos acostumbrados a vivir con miedo, a no actuar, a no decir. Tuvimos miedo. Yo lo tuve y ella también. La cobardía resultó más fuerte que el impulso de tomarnos de las manos, perdernos en los ojos del otro y gritarnos en la cara: sí, eres tú.

Así que dejamos pasar la oportunidad de detenernos a preguntar quiénes éramos. Y de la misma manera en que nos vimos llegar, escuché las botas de ante color negro alejarse por la calle en penumbras. Los dos, incapaces de voltear, permitimos que la felicidad se alejara caminando en sentido contrario, sólo por no atrevernos.

Aún ahora, solo como siempre y recostado en el sofá, me pregunto cuál sería su nombre.

La nota

Allá afuera está lloviendo desde hace un par de horas. La temperatura ha descendido y yo leo un libro de historias fantásticas, con el golpeteo de las gotas de lluvia rebotando en el tejado de la cochera como música de fondo. Me quito los zapatos y subo las piernas al sofá, cruzando la izquierda sobre la derecha. Apoyo la cabeza en el reposabrazos y entrecierro los ojos. La lluvia me arrulla. El sopor me relaja los músculos del brazo y el libro está a punto de caer al suelo. Por la escasa luz que llega al ventanal de la sala, puedo deducir que deben ser más de las siete.

El resplandor de un relámpago y el ruido del trueno que hace vibrar los cristales me despiertan por completo. Corro la cortina para ver la cochera de la casa con más claridad y me percató de que algo blanco flota en el charco que siempre se forma cerca del portón cuando llueve. Esta curiosidad tal vez algún día termine por matarme. Me levanto del sofá, subo el cierre de la chamarra, enciendo la luz de la cochera y salgo a recoger aquel objeto.

Es un pedazo de papel. Lo levanto y vuelvo al acogedor calor de la sala. Lo que originalmente parecía ser un papel, resulta un sobre. Tiene algo escrito en tinta azul:

Sólo así me atrevo a decirte lo que siento, te quiero mucho y espero no te moleste recibir esta nota. Cuando la leas, sabrás quien soy...

El sobre no está sellado, así que desdoble la punta triangular para ver de qué se trata. Sin embargo, está vacío. Pensando que es una mala broma, estoy a punto de maldecir, volteo una vez más hacia la cochera y distingo otro papel bajo la luz de un nuevo relámpago. No entiendo cómo pudo salir del sobre.

El trueno hace retumbar la puerta mientras la abro una vez más. Recojo el papel. Está completamente empapado, de tal manera que lo que había escrito en él, resulta ininteligible. Las preguntas vienen en tropel a mi cabeza mientras trato de imaginar quién pudo mandarme ésta nota. Al parecer, ahora nunca lo sabré. Pudo haber sido una carta de amor, una despedida, una nota suicida o una amenaza de muerte. Lo único que puedo deducir, por la caligrafía del sobre, es que me la envió una mujer, pero ¿quién? ¿Quién necesita ocultarse bajo el anonimato de una nota para comunicarse conmigo? ¿Por qué esconde su rostro? ¿Pena, ira, miedo de mí? ¿Cómo saberlo? Me angustia no tener idea de quien la envía. ¿Y si eran las indicaciones para una cita con el amor que hace años dejé escapar? ¿Y si ha vuelto al pueblo? Ahora nunca lo sabré...

Por favor, tú que dejaste esa nota aquí, en mi puerta, termina con ésta incertidumbre. Dime, ¿quién eres?

El segundo disparo

La mejor referencia para adivinar lo que una mujer está pensando es —precisamente— su mirada. Él pudo leer claramente en los hermosos ojos color marrón, arrasados de lágrimas, que ella estaba decidida. Sintió miedo: miedo de lo que una mujer despechada puede hacer, miedo de lo que una mujer burlada puede hacer; especialmente cuando ésta sostiene en sus manos un arma de fuego cargada.

—Miriam, espera... no hagas algo de lo que te puedas arrepentir...

Fue lo único que se le ocurrió decir. Estaba demasiado nervioso como para enunciar algún argumento mejor. Su razonamiento se nublabá un poco, quizá porque la hermosa mujer de pie frente a él, tenía absoluta razón para estar furiosa. Después de todo, habían sido varios años de engaños, de mentiras, de infidelidad. Ella, sin duda le había soportado muchísimas cosas. Pero todo, incluso la tolerancia de una mujer enamorada, tiene un límite.

—No te bastaba engañarme con cualquiera... tenía que ser mi mejor amiga.

La bala salió impulsada por la fuerza percutora del desengaño, del odio reprimido, de la decepción acumulada durante varios años. Todo el rencor almacenado en su alma se concentró en el impulso eléctrico que le hizo tirar del gatillo.

El primer disparo que salió del arma hizo blanco en la pierna derecha, rasgando el músculo a la altura del muslo. El impacto y el dolor fueron suficientes para hacerle caer, golpeándose además la nuca con la mesa de noche colocada junto a la cama. El golpe no fue tan fuerte como para hacerle perder el sentido, pero sí lo suficiente para marearle un poco. Roberto aún podía ver —aunque borrosa— la imagen de ella, desnuda, sosteniendo la pistola, odiándole, deseando con toda el alma, destruirle. Los mechones de cabello castaño ocultaban parcialmente su rostro y sus hermosos senos se movían al ritmo de su respiración agitada. Buscando una manera de salvarse, de ganar algo de tiempo, una frase vino a sus labios, una frase tan gastada que había perdido encanto y sentido a los oídos de ella. Aun así, era su última carta y debía jugarla.

—Te amo.

El segundo disparo, dio de lleno en su corazón. La sangre se acumuló entre la pared de éste y el ventrículo, aumentando la presión y provocando que el músculo cardíaco colapsara, impidiéndole latir. Una muerte prácticamente instantánea, que le dejó tirado sobre la alfombra, con los ojos muy abiertos, dándole a su rostro una expresión de incredulidad o de sorpresa. Ella todavía se dio tiempo de acercarse para decir:

—Qué ridícula se vuelve aquella persona a la que has dejado de amar...

Y, tras vestirse con parsimonia, se alejó de él, de su departamento, de sus recuerdos y de la ciudad, con el firme propósito de reconstruir su vida a partir de las pocas piezas de ella que todavía conservaba entre las manos.

No

—No... —dijo ella mientras giraba la cara, esquivándolo.

—No, ¿qué? —Preguntó él, fingiendo desconocer la respuesta.

—No me beses.

—¿Por qué no? ¿Acaso no te gusta?

Él disfrutaba el juego, podía verse el placer reflejado claramente en su sonrisa retorcida —sonrisa malvada— dijo alguien, alguna vez.

—Me gusta. Me gusta demasiado. Me encantan tus besos.

Estaban recostados sobre la cama, ella debajo de él, respirando agitadamente, escondiendo sus labios de esas caricias que se esforzaba por rechazar. Él aprovechó el movimiento de su cara para tocarle con los labios el cuello. Ella tembló al primer roce. La sensación eléctrica que erizó su espalda le hizo cerrar los ojos y desear más. Abrió los ojos, de súbito. Recordó algo, algo importante y volvió a decir:

—No...

Ella trató de incorporarse y él se lo permitió. Caminó hacia uno de los extremos de la habitación y se recargó en la ventana. Él se acercó a ella, lentamente, mirándole fijo a los ojos, hasta volver a apresarla entre sus brazos. La besó en los labios una vez más mientras ella mantenía los suyos apretados. Deslizó las manos por su espalda y ella le dejó hacer, incluso se alejó cinco

centímetros de la pared para darle más libertad a las manos que tomaban con fuerza sus bien formadas nalgas.

No pudo resistir mucho tiempo. Abrió los labios, aceptó la lengua intrusa y correspondió a la caricia con todos los sentidos. Su cuerpo se tensó y dejó escapar un leve gemido.

—No... —repitió ella.

—¿Por qué no? —Volvió a preguntar él.

—Porque no soportaría volver a enamorarme de ti, o dime, ¿tú quieres que me enamore otra vez?

Él la soltó de entre sus brazos. Retrocedió un poco. Recordó algo, algo importante. Recordó cómo había visto sufrir a muchas mujeres enamoradas. Recordó lo mucho que ella sufrió varios años atrás, cuando lo amaba.

—¿Quieres que me enamore otra vez? —Resonaba al interior de su cabeza, y sólo había una posible respuesta para tal pregunta:

—No.

“Yo quiero morder tu quijada. Ven. Estoy desnuda, macerada, y huelo a ti.”

Jaime Sabines

Adán y Eva

Hacía frío. Era ese momento de la mañana cuando la transición entre la noche y el día hace descender la temperatura. Adán despertó.

Eva dormía a su lado, sus pequeños senos desnudos se mecían al compás de su respiración. Adán sonrió ante la contemplación de esa imagen, de ese mar en calma. Pensó en cómo era posible que la tormenta que vivía en el corazón de su compañera le permitiera ser tan apacible y dulce en ese momento. Los labios entreabiertos y el largo cabello despeinado le daban un aspecto salvajemente tierno. Adán estaba sorprendido y maravillado y volvió a sonreír.

Toda ella era absolutamente contradictoria. Ella. Eva.

Ayer te vi

No te reconocí en primera instancia, pero eras tú, sin lugar a dudas. El mismo cabello castaño —marco perfecto para la palidez de tu rostro— cayendo en suaves ondas sobre tus hombros y tu espalda. La pulsera que te regalé aún adornaba tu muñeca izquierda. Sin embargo, vi en los ojos color marrón de los que hace años me enamoré, una mirada sin magia, sin brillo. Aún siguen siendo hermosos, no lo niego, pero me sorprendió encontrarlos tan tristes. Adiviné una carga muy grande en tu vida. Tan pesada que tus hombros lucen cansados y tu espalda también. ¿Qué es lo que ha sucedido, niña mía?

Tú no me viste. Yo te observaba desde la acera de enfrente, recargado en la pared, recordando. Platicabas con ella, con tu amiga, mientras sostenías a tu bebé en los brazos. Me gustaría hablar contigo, ayudar, apoyarte, decirte que en el mundo existe al menos una persona que se preocupa por ti... Es una lástima que lo único que puedo hacer en este momento sea escribir esta nota, misma que, al igual que las otras, no leerás; me lo dejaste muy claro la última vez que coincidimos:

—Nunca más leeré tus cartas, es lo mejor para todos...

Esto es todo lo que puedo hacer: escribir, desear que estés bien y terminar esta carta como todas las anteriores:

Cuídate mucho... Te quiero.

R.

Soy feo

Tengo la maravillosa fortuna de haber nacido feo. Y no estoy hablando de cualquier tipo de fealdad, sino de fealdad en grado superlativo. Vamos, que sí le doy un buen susto al miedo. Digamos que soy una curiosa mezcla de personajes, entre Danny Trejo, Charles Bronson y Chucky, el muñeco diabólico, así que díganme ustedes si no seré feo “con M de mucho”, y orgulloso de serlo, cabe resaltar. Mi papá decía que “un Hombre debe poseer las tres F: Feo, Fuerte y Formal”, por lo tanto, yo nunca he renegado de mi apariencia poco estética. Incluso he llegado a considerarla una bendición.

Es por todos conocido que una cara bonita te facilita las cosas. Desde la primaria, los niños bonitos son los elegidos para formar parte de las actividades escolares importantes, como salir en la escolta, cantar el himno o recitar una poesía. Sin embargo, cuando la belleza falla, se recurre entonces a los que sí saben leer, los que tienen buena ortografía, los que saben lo que es un mechero de Bunsen, los que saben distinguir entre fólico y fálico, los que son capaces de aprenderse un pequeño discurso sin equivocaciones y que no se orinan en los pantalones al estar frente al público. Es verdad: muchas veces somos los feos los héroes encargados de salvar el día y los otros, los que sólo tienen su apariencia física, son relegados como mero adorno. Al llegar la pubertad y la adolescencia, los llamados “caritas”, arrasan con todas las chicas lindas sin tener la necesidad de mover un dedo siquiera. Les basta con pararse

junto a la puerta de la cafetería escolar, justo al lado del refrigerador de las paletas heladas, con su actitud de “Mírenme, deleiten sus pupilas, soy real...”, para que todas las chiquillas formen una fila y se derritan en suspiros por el tipo en cuestión.

Yo, como buen feo que se precia de serlo, tuve que aprender a conquistar, a tratar a una mujer. Los feos debemos utilizar recursos que los guapos no necesitan conocer; nos vemos en la necesidad de usar nuestra imaginación, de ser inventivos, románticos y creativos. Ya en la universidad, nuestro historial de rechazos se va equilibrando con el de nuestras conquistas. Las chicas comienzan a apreciar más la cultura, las buenas conversaciones, el trato amable y cariñoso y el respeto. Atrás van quedando los días en que se dejaban guiar por el estuche y no por la esencia, el verdadero ser del individuo. Para estas alturas, ya saben que el tipo ese, con cara de galán de novela, casi siempre les será infiel, porque tiene la necesidad de sentir que despierta interés, que sigue arrasando con su presencia. Es prácticamente un vicio.

Por eso es que yo digo, ¡qué bueno que nací feo!, que me he visto obligado a ganarme las cosas con mi propio esfuerzo. Los feos somos lo de hoy, estamos de moda. Eso sin mencionar que somos unos excelentes besadores, sólo que las chicas no siempre se dan la oportunidad de comprobarlo.

La verdad es que, a veces, ser feo tiene sus recompensas.

Amor tardío

*Justamente ahora
irrumpes en mi vida,
con tu cuerpo exacto y ojos de asesina.
Tarde —como siempre—
nos llega la fortuna.
Ricardo Arjona.*

Era un evento de esos dónde las apariencias son lo fundamental. Los manteles blancos lucían impecables sobre las mesas, haciendo contraste con los cubremanteles en color vino. Los meseros se esforzaban por complacer a los comensales y las notas de un cuarteto de cuerdas inundaban el ambiente. El cadencioso golpeteo de unos tacones femeninos le hizo voltear hacia la puerta del salón, sólo para descubrirla a ella. Entró del brazo de su novio. Iba radiante, enfundada en un mini vestido blanco con motivos en negro y naranja, muy apropiado para el calor de esa tarde de marzo. Un amplio cinturón delineaba su esbelta figura. Los altos tacones, los hombros descubiertos y el cabello recogido le hacían lucir tremendamente sensual. Era difícil dejar de notarla y de la garganta de él surgió una palabra, casi sin darse cuenta...

—Perfecta...

Su novia creyó escuchar algo.

—¿Me decías?

—No he dicho nada.

La chica del vestido blanco con flores y su novio llegaron a la misma mesa que la otra pareja. Preguntaron si los lugares estaban ocupados y tomaron asiento. Se soltó la cinta del cabello y se quitó las gafas de sol dejando al descubierto sus ojos color miel. Su novio y él se conocían, habían sido compañeros durante el bachillerato y conversaban animadamente. Ella no pudo evitar sentirse atraída por esos profundos ojos negros. Sentada, frente a él, podía observarle impunemente. Le llamaba especialmente la atención su voz varonil, que, de manera casi imperceptible, le erizaba los vellos de los brazos y la espalda. Sintió deseos de que esa voz le hablara al oído, de que esas manos tomaran su cintura y los gruesos labios besaran su cuello, pero nunca lo diría. Ambos, tanto ella como él estaban comprometidos en una relación y sus principios morales les impedían traicionar a sus parejas. Pero imaginar no es infidelidad.

Del otro lado de la mesa, mientras tomaba los dedos de la mano de su novia para jugar con ellos, él se imaginaba el sabor de los besos de la chica del vestido blanco. Amor a primera vista. Amor imposible. Amor tardío.

Me da la gana

Afuera, los árboles eran mecidos por el viento bajo la mirada vigilante de la luna llena que contemplaba su propia imagen en el espejo del lago. Adentro, el frío que se colaba por las rendijas de la cabaña, despertó a Rodrigo. Levantó la mitad del cuerpo para recoger el cobertor del piso y se detuvo a contemplar el rostro de rasgos infantiles que sonreía a su lado, entre las sábanas. Los hombros y espalda se iluminaban por la pálida luminosidad de la Diosa de la Noche y, mientras cubría nuevamente aquella desnudez, se preguntaba en qué momento se volvió tan afortunado.

—¿Qué he hecho yo, niña mía, para merecerte a ti, para tenerte aquí, a mi lado? ¿Cómo es posible que alguien como yo, que no vale nada, tenga la fortuna de disfrutar de tus caricias, de las mieles de tus besos y la tibieza de tu cuerpo? ¿Por qué decidiste amarme a mí? De entre todos los hombres, ¿por qué yo? Y pensando en esto, se durmió otra vez.

Después de unos veinte minutos, fue Maribel quien despertó. Le vio dormido, con la mandíbula apretada, preocupado como siempre. Se enderezó un poco. Se cubrió los senos desnudos con la sábana y le besó en la frente. Como si adivinara las ideas que se arremolinaban en la mente de Rodrigo, se inclinó hacia él y le dijo suavemente al oído:

—Piensas demasiado.

Desplegó una amplia sonrisa, y todavía agregó:

—Te amo porque me da la gana.

Y abrazándole con su tibia desnudez, se volvió a dormir.

Derechito a casa

Existen lugares agradables y personas con las que deseamos estar. Sin embargo, hoy, en particular, preferiría cualquier otro sitio: odio estar aquí. Tío Fercho es en extremo aburrido y yo no estoy como para escucharle hablar de sus hazañas juveniles toda la noche. Afortunadamente, esta reunión familiar está a punto de terminar. Abro la ventanilla de la camioneta en que me llevan a casa. El cálido viento primaveral despeina mi cabello y refresca mis ideas. Una idea me viene a la cabeza después de leer un mensaje en el celular, lo he decidido: me escaparé.

Tío Fercho me deja en la esquina, a solo cuatro casas de la mía y me advierte:

—Derechito a tu casa. Te veo desde aquí.

Camino hacia la puerta y finjo meter la llave en la cerradura el tiempo suficiente para que arranque la camioneta y se vaya. Libre al fin, vuelvo a revisar el celular. Específicamente ese mensaje que me ha motivado para querer seguir la fiesta por mi cuenta.

Estoy en el bar de los 50's. Ven. Te espero.

Apenas entro al bar, la descubro. Es la primera vez que la veo con el cabello recogido y su preciosa figura hace que todos volteen a mirarla cuando se pone de pie para llamarme a su mesa. Minivestido negro con pequeños lunares blancos, altos

tacones, aretes de plata, cinturón de hebilla redonda que hace juego con los pendientes, toda ella es...

—Espectacular... —escucho mi propia voz.

Apenas he pedido pido mi primera cerveza cuando me dice que nos vamos a otro bar. Su amiga quiere ir por el novio al lugar donde éste trabaja. Así que pide al mesero que ponga mi bebida en un vaso. Es notable la rapidez con que los meseros atienden los deseos de una mujer hermosa. Al dar la vuelta, rumbo al auto de la amiga, me parece ver que unos policías nos miran insistentemente mientras caminan por la otra acera. Imagino que van a cenar. Con el vaso de cerveza aún en la mano, subo al automóvil, en el asiento de atrás. Aún no hemos avanzado diez cuadras cuando una camioneta de la policía estatal nos ordena detenernos. Quieren dinero, eso es seguro y su estúpido argumento es que venimos usando el auto como bar.

Es curioso que justo hoy, que no he bebido, que no voy manejando, este idiota amenace con meterme a barandillas. Son dos. Uno trata de intimidar a las chicas y el otro me retiene junto a la camioneta. Su verdadero problema es que no conocen el carácter de mi amiga cuando se enoja y no tardan en hacerla estallar. Me contengo de reír cuando lo veo venir hacia mí, huyendo de sus gritos, precisamente. Me dice con apuro:

—Se pueden ir.

Ahora me toca a mí ser el sinvergüenza. Así que pregunto, sosteniendo descaradamente el vaso rojo de plástico en mi mano:

—Entonces, ¿qué hago con esta cerveza, oficial? ¿Me dejas tirarla?

Me mira con un dejo de algo que parece ser de indignación y agrega:

—Tómatela, si quieres.

Me acerco al auto para preguntar si está todo bien, pero mi amiga y su amiga están discutiendo. La chica del vestido negro sale molesta, cierra con fuerza la portezuela y empieza a caminar por la acera. Suspiro con resignación y le digo a la chica del auto que no se preocupe que yo la alcanzo y la llevo a su casa.

—¿Estás seguro? —pregunta todavía.

—Sí, seguro. Vete tranquila.

Alcanzo a la chica furiosa y trato de tranquilizarla hablando de cualquier otra cosa. Pronto da resultado.

—Estúpido policía —dice.

—Oye, ¿hay algo que pueda hacer para compensar la mala noche que has pasado?

—No te preocupes, no es tu culpa... ¡Ya sé! —dice después de un momento— ¿Y si me invitas un café?

Fácil asunto. Un café a las tres de la mañana cuando hasta los bares han cerrado en esta ciudad. Pero si una mujer hermosa

pide algo, un hombre buscará la manera de conseguirlo. Y, como se adivina, no soy la excepción.

Son las cuatro de la mañana. Ella y yo estamos sentados en una banca de la plaza principal, bebiendo café. Sonríe y yo también. Se recarga en mi hombro mientras yo le abrazo. Nunca me había sentido tan afortunado. Y pensar que todo se originó en el momento en que decidí romper las reglas. “Derechito a tu casa” —dijo mi tío—. Y mientras lo recuerdo, ella se acurruca un poco más. Murmura algo. Dice que me quiere mucho. Yo le beso en la frente. ¿Cómo no sonreír?

Ángel de la noche

La ola de calor de días recientes me hace volver a las calles. La noche me llama con seductor cántico de sirena. Luces de neón y ganas de beber cerveza son sus cómplices. El mesero sugiere un lugar cerca de la pista donde se destacan un tubo cromado y un aro para acrobacias. El escenario vacío me provoca una sensación de expectativa, como antes de disfrutar un espectáculo de *Cirque Nouveau*. De súbito, la veo venir, caminando con esa confianza torera de quien entiende su negocio. Los zapatos de altas plataformas transparentes, no son problema para ella. El minivestido negro, corte *Halter*, con adornos color plata a la altura del busto, le ajusta como un guante. Se sienta a mi lado. Nos presentamos con nombres falsos y ambos somos conscientes de ello. Es parte de la vida nocturna: al entrar aquí, nos colocamos las caretas. —¿O nos despojamos de ellas? Espera que le invite alguna bebida. Mi cerveza está en el vaso desde hace algunos minutos, así que le pregunto qué desea.

—Cerveza también.

El mesero la trae con prontitud y le entrega la ficha. Ella sonrío, se pone de pie y se sienta en mis piernas. Toda ella es una invitación al pecado: su perfume, su cabello negro, su juventud, las piernas estéticas, las fuertes nalgas, sus turgentes senos...

—¿Me guardas la ficha? —pregunta.

—Claro, sin problema.

—Es mi turno —me dice, como si pidiera permiso—. No tardo. Me da un beso en la mejilla. Pronto se apodera del escenario y acapara las miradas. Se contorsiona y vuela. Es un ángel de la noche. Regresa a mis piernas y bebemos. Platicamos y reímos. Nos sentimos cómodos el uno con el otro aun cuando, como cliente, soy el que menos le conviene. No hay ganancia estando conmigo. Me muestra sus tatuajes, uno de ellos con el nombre de su madre. Seres humanos, al fin. Sufren como los demás. Lloran. Tienen problemas. Igual que todos los que vienen aquí buscando olvidar los propios. Psicólogas de la noche que guardan en sus camas lo que no ha quedado en los divanes.

Trátalas como damas... aun aquí, no dejan de serlo —me dijo un amigo un día—. Ellas prefieren estar con tipos como tú y como yo, que las tratamos así, que con algún machista idiota. Mi amigo estaba en lo cierto.

Las historias particulares de los personajes nocturnos de esta ciudad siempre se entrelazan por alguna razón.

—¿Trabajas aquí todas las noches?

—No.

—¿Cómo hago para saber cuándo estarás tú?

—Te paso mi número de celular: mándame un mensaje a eso de las tres de la tarde.

Escribo su número en mi teléfono y registro su nombre: Daniela. Así me dijo que se llamaba, al menos por esta noche.

Minifalda roja

Son las 9:00 de la noche cuando doblo la esquina rumbo a su departamento. Subo las escaleras de concreto y antes de llegar a su puerta, le veo aparecer en el marco de la misma. La bombilla eléctrica queda a sus espaldas. Desde este ángulo, es imposible ignorar sus piernas. Lleva puesta una minifalda roja. Las zapatillas de tacón hacen lucir sus pantorrillas y yo me esfuerzo por cerrar la boca.

—¿Nos vamos? —me dice, con ese timbre seductor que ya extrañaba.

Sonríe mientras toma mi brazo. Luce espectacular: la minifalda, el abrigo negro, la blusa de pronunciado escote y su sonrisa. Todo en perfecta armonía.

Pronto se suceden las bebidas y las canciones gritadas a todo pulmón en el bar a media luz. Las caricias desembocan en irreprimibles besos. La noche, de a poco, va elevando la temperatura. Reímos y bebemos. Brindamos por la suerte, esa misma suerte que nos hizo coincidir hace una semana, el mismo día que decidimos volver a vernos y salir. Ella muerde mi labio inferior. Sus besos saben a Vodka y jugo de uva. Yo deslizo mi mano por su espalda, aún más allá de los confines de su cintura, siempre por debajo del abrigo, mientras recuerdo que justo bajo esta farola, hace quince años, no nos atrevimos.

Hoy, recostado junto a ella, ebrio de cerveza y de placer, me convenzo una vez más de que nunca es tarde.

A veces

A veces me gustaría tener sentimientos, que me importase lo que la gente dice, lo que la gente piensa. Quisiera ser como éstos: los que ríen, los que lloran, los que sufren, los que no saben qué hacer con todas las penas que los embargan. Tal vez para mí ya es muy tarde, pero no puedo evitar desear ser partícipe de ese tobogán de emociones que el día de hoy los tiene al tope de la euforia, y mañana, los sumirá en profunda depresión. No dejo de pensar en la posibilidad. Tal vez si tuviera corazón, incluso dejaría de ser infiel.

A veces —sólo a veces— quisiera tener corazón.

Cristina

Al bajar del camión siento en el rostro la brisa matinal de septiembre, aún cargada del olor de la lluvia. El verano ha terminado y es momento de comenzar el siguiente nivel. Hoy es mi primer día en el ansiado y a la vez temido bachillerato.

Llegué temprano y supongo que es por esa razón por la que la explanada luce prácticamente desierta. Camino en dirección al asta bandera y me detengo a observar el jardín que se encuentra a un costado. Aspiro profundamente y mis pulmones se llenan del aroma de oyamel que predomina en el ambiente.

—Hola... —escucho que alguien dice a mis espaldas, con voz infantil.

Giro 180 grados sobre mis talones y la descubro a ella. Es como un sueño, literalmente. Los ojos más radiantes que yo haya visto, adornados por unas pestañas enormes que, a los quince años, lucen más hermosas mientras más naturales. El largo cabello, tan negro como la noche enmarca el rostro de piel apiñonada y los hoyuelos en las mejillas, completando la hermosa aparición, me dejan sin palabras. La boca es pequeña, en forma de corazón y los labios no son rojos sino de un rosa intenso. Sobra mencionar que mi corazón adolescente se ha desbocado y que siento en las sienes y los oídos el *pum-pum* de sus tambores. Imposible no verla, imposible no estar nervioso, imposible quitar la vista de sus hermosas piernas enfundadas en mallones blancos, debajo de la minifalda de mezclilla. Son

tiempos en que la anorexia no existe y las mujeres lucen sin complejos los atributos inherentes a su sexo. Ella, sin duda, tiene mucho qué presumir.

No tengo palabras suficientes para describir ni su belleza ni las emociones que me hace sentir. Son los primeros años de la década de los noventa y yo soy un adolescente que dedica sus fines de semana a disfrutar sesiones maratónicas viendo Los Caballeros del Zodiaco en la televisión. Para mí, esta chica es tan bella como Athena.

—Hola —le respondo.

Me pregunto si he tardado mucho tiempo en contestar y si no habré quedado como idiota frente a la Diosa que se erige frente a mí. Su voz de sirena me transporta a un universo paralelo donde, en este momento, sólo existimos ella y yo.

—¿Cómo te llamas?

—Ricardo, ¿y tú?

—Cristina. Pero prefiero que me digan Cris.

—Mucho gusto, Cris.

—Igualmente, Rick. ¿En qué salón estás?

—Me tocó en el primero B, ¿y a ti?

—También.

No puedo creer tanta ventura. Intento disimular, pero no creo que funcione. Me siento eufórico. Podré verla de lunes a viernes, a partir de las siete de la mañana, durante todo el ciclo escolar y disfrutar, mientras pasan la lista, de las doce notas que

conforman la sinfonía de su nombre: María Cristina Villegas Calderón. Los timbres de su voz hacen erizar los vellos de mis brazos y mis ojos no pueden apartarse de los suyos. No creo que ella se dé cuenta de todo lo que provoca en mí. Pero en este momento, eso es irrelevante. Sólo quiero contemplarla.

Algún día, cuando me arme del valor suficiente le pediré que sea mi novia. Así, sin más, me atreveré con la niña más bonita del salón, sin importar que yo sea el menos agraciado o el más feo, por decirlo con todas sus letras.

Pero nada pierdo con intentar. Con un poco de suerte, hasta me dice que sí.

Justos por pecadores

—¿Y bien?

—¿Qué cosa?

—¿Qué pasó con la niña?

Entre nosotros los hombres es muy común asignar un alias a esa persona especial en la que uno de nuestros amigos fija su mirada. He hablado de ella muchas veces y es imposible no sonreír al recordarla. Múltiples imágenes acuden a mi mente y los recuerdos me erizan la piel.

—Oh, ahí sigue... Tan hermosa como siempre.

—¿Y qué pasará con ustedes, con su historia?

Lo único que se puede hacer en estos casos es suspirar: suspirar con impotencia y resignación.

—Nada.

—¿Cómo que nada... acaso no te gusta ella?

—Claro que me gusta y mucho.

—¿Entonces?

—Tiene un gran defecto.

—¿Cuál?

Un suspiro más. Pero entendiendo que no hay mucho que pueda hacer, mi tono vuelve a ser irónico cuando le respondo a mi amigo.

—Uno que mide 1.82 metros: tiene novio.

—¿Y?

—¿A qué te refieres con ese "y"?

—Pues sí, ¿qué importa que tenga novio?

—No podría hacerlo. No es ético.

—¡Bah! No me vengas con cosas. Deja la ética de lado. Recuerda todas las veces que nos hicieron lo mismo y a nadie le importó. Hazlo por todos nosotros...

¿Debería hacerlo? ¿Tomar como estandarte esas burlas de las que fuimos objeto, cuando éramos los agraviados, los vapuleados, los perdedores? ¿Y qué pasará con las personas que reciban la furia de mi venganza? ¿Contra quién emprenderán ellos su lucha... quién será la víctima de su revancha?

A veces pagan justos por pecadores.

El artista

*Estoy pintando tu sonrisa
del color del corazón;
la estoy pintando en el aire... con la imaginación...*

Hombres G.

El artista colocó el caballete de tal manera, que la luz que entraba por el ventanal fuese la adecuada. Es una de esas cosas que los artistas perciben de manera diferente al común de las personas. Existen también los fanáticos de las cifras y de las cosas exactas, los que quieren tener todo controlado y en la medida precisa.

—40% de azul cinc, 5% de magenta, 52% de color blanco y 3% de agua para lograr el color del cielo que veo entre esas nubes, a la una con veinte minutos de la tarde —dirían ellos.

Para los que sienten el arte —no entender, sino sentir—, el proceso no es tan metódico. Es más, ni siquiera necesitan conocer el nombre de los colores. Lo único que requieren es mojar el pincel en distintos elementos de la paleta, mezclar, probar sobre el lienzo y después de un breve momento de observación, dejarse convencer por el resultado:

—Sí, ese es el color correcto...

Tomó el grafito y comenzó los primeros trazos del boceto. Decidió dibujar luego los ojos, grandes y expresivos, como le

gustaba imaginarlos; una nariz acorde al tamaño de la cara, boca en forma de corazón y mentón afilado, femenino. Cabello lacio y largo para enmarcar el rostro que le miraba desde el centro del bastidor. Sonrió satisfecho.

Oscurecía y sintió necesidad de dormir después de una tarde de arduo trabajo. Así que subió a su habitación, aún con la sonrisa en los labios y, al pensar en su última obra, se escuchó a sí mismo decir en un murmullo:

—Sólo le falta hablar.

Luego cerró la puerta del estudio, olvidando cubrir el bastidor y cerrar la ventana.

El nuevo día llegó, entre cantos de pájaros y el imperdonable café de las 8 de la mañana. Bajó al estudio dando sorbitos a la bebida caliente.

—¡Hola!

La impresión le hizo brincar medio metro hacia atrás y soltar la taza de porcelana que se hizo mil pedazos ante él.

—¡Diablos! Casi me matas del susto...

—Oh, disculpa... —dijo el dibujo desde el lienzo.

El artista temblaba de pies a cabeza. De hecho, pensó que seguía dormido y que tenía un mal sueño. No entendía lo que estaba sucediendo y sólo atinó a preguntar

—¿Quién eres?

—Alma —dijo ella sonriendo y entrecerrando los ojos como si fuera lo más natural del mundo.

—¿Alma?

—Sí. Te escuché decirlo. Ayer, mientras me dibujabas. Mencionaste que ese nombre le pondrías al cuadro una vez que estuviera terminado. Tienes la costumbre de hablar solo cuando trabajas.

De a poco, el artista recobraba el aliento, el color y la calma.

—Mi corazón estuvo a punto de saltar fuera del pecho.

—Lo siento, mi amor.

Escucharle decir eso lo despertó cabalmente.

—Disculpa, ¿cómo me llamaste?

—Mi amor. Tú eres mi amor. Siempre lo has sido.

—¿Te das cuenta que hace tres minutos no nos conocíamos?

—Sí me conocías. Ya existía en ti, en tus pensamientos, en la sangre que corre por tus venas y en tu inagotable creatividad. Simplemente, no me habías dibujado.

Alma lo decía con una seguridad tan abrumadora que era difícil contradecirla. Sin embargo, hay momentos en que la lógica se impone. Pertenecían a mundos distintos, literalmente. El asunto era cómo explicarle a una hermosa chica de dos dimensiones las crueldades y limitaciones de nuestra absurda realidad de 3D.

—No puedes amarme y yo no puedo amarte a ti.

—Yo estoy segura de que tú me amas. Nadie me ha mirado como tú.

El artista evitó hacerle notar que, si nadie la había mirado como él, se debía probablemente a que nadie le había visto antes: era un cuadro que recién terminó la noche anterior y que apenas cobraba vida esta mañana.

Los artistas tienden a desconocer lo que sucede cuando no cubren sus obras, especialmente si dejan que la luz de la luna y el polvo de estrellas se cuele por la ventana abierta, derramándose sobre éstas, combinándose con la magia que el pintor deposita en cada trazo. Los efectos pueden ser inesperados.

—Creo que no entiendes lo que quiero decirte y me apena, porque eso te causará mucho dolor.

—Eso no lo puedes saber. Tampoco tú sabes cómo son las cosas en mi mundo. Y si tú no me puedes amar, yo puedo amarte por los dos —dijo Alma con tono infantil y sin perder la sonrisa.

El artista exhaló en señal de resignación. Al parecer, la chica del cuadro no aceptaría los argumentos de su lógica. Si es difícil hacerlo con una mujer del mundo real, lo es aún más tratar de discutir con una chica de 2D.

—Sufrirás —insistió él.

—Mis sentimientos: mi decisión —concluyó ella. Y volvió a sonreír, como si fuera lo más natural del mundo.

[...]

*Los amorosos andan como locos
porque están solos, solos, solos,
entregándose, dándose a cada rato,
llorando porque no salvan al amor.
Les preocupa el amor. Los amorosos
viven al día, no pueden hacer más, no saben.*

LOS AMOROSOS (fragmento). Jaime Sabines

He perdido el corazón

Han pasado diez minutos desde que subí al bus que correrá la ciudad durante media hora más, antes de llevarme a mi destino. Me entretengo en observar jóvenes hermosas e imaginando historias para ellas y para cada personaje que camina por las aceras: el payaso, el indigente, el agente de tránsito, la viejecita de cabellos blancos, la prostituta de la esquina...

Mi transporte se detiene, dos chicos suben. Él es alto y espigado, ella tiene una cabellera lacia que cae esplendorosamente sobre su espalda, como una cascada. Una pareja de adolescentes enamorados. Lo deduzco por la manera en que se devoran con la mirada.

Me veo forzado a sonreír, a recordarme en circunstancias similares, amando con los ojos y las manos, con los labios y los sueños. Hubo un tiempo en que circunstancias idénticas

provocaban en mí —debo aceptarlo—, cierto sentimiento de envidia.

En aquellos lejanos días, pensar en LOS AMOROSOS de Sabines resultaba irreprimible al contemplar la escena.

Me sorprende notar de súbito que, desde hace años, las descaradas muestras de cariño que los otros amorosos se prodigan frente a mí, ya no mueven ninguna de mis fibras. Tal descubrimiento me hace sonreír asombrado y satisfecho: he dejado de sentir y de añorar.

Ahora me doy cuenta que, en algún punto del camino, he perdido el corazón.

Te extraño

Con nadie he podido hablar de cine como lo hacía contigo: a todas ellas les eran ajenos los Kubrick, los Bergman y los Lynch. Extraño tu mano buscando las mías, tus caricias en la penumbra de los ciclos dedicados a Hitchcock, las tardes de cielos grises dedicadas por entero a comentar Psicosis y The Birds. El viaje, los viajes, cuando no viajaba solo a falta de ti. Estoy aquí, con el perfume de tu ausencia, recordando cómo fue, imaginando que te tomo de la mano y caminamos por las calles empedradas de un pueblo de ensueño perdido en las montañas, tiritando juntos. Frío en la médula y el hueso. Te imagino durmiendo a mi lado, tu cabello derramándose en la almohada, con los ojos cerrados. Imagino despertar, correr a la ventana, llenarme los pulmones de aire fresco y del azul del cielo la mirada. Extraño tu plática, tu risa, tus comentarios divertidos y acertados. El recuerdo me toma de la mano para llevarme nuevamente al pueblo diminuto, camino veintiséis minutos, como veintiséis años, como veintiséis soplos de eternidad. Te extraño. Te veo en la fila de acceso de la presentación estelar, te abrazo (sueño abrazarte), rodeo tu cintura breve con mis brazos, te veo y nos veo como si todo fuese cierto, como si volvieran a suceder todas esas cosas que entre nosotros suceden en la penumbra de las salas de los cines. Extraño el café a la sombra de tus ojos, tu perfume, tu voz delgada, tus reproches. Te extraño hoy, metido en esta caja: rodeado de silencio y oscuridad. Tengo frío. Me abrazo al aroma de tu ausencia y cierro los ojos, como esperando un beso tuyo, uno al menos, tal vez eso me devolvería un poco de calor.

Vanessa

Martes por la noche. La gente de la ciudad viaja en automóvil o dormita en el transporte público. Se dirigen a su casa, después de un arduo día de trabajo, en pos de un merecido descanso. Mientras unos llegan al hogar humilde, besan a sus hijos en el cabello, beben un vaso de leche y encienden la televisión para ver las noticias, otros emergen apenas —criaturas de la noche— ávidos de ese encanto que sólo la vida nocturna puede ofrecer.

El muchacho cruza la avenida. Ha comenzado a llover. Se sube el cierre de la chamarra y jala la capucha con fuerza para protegerse de las gruesas gotas que le golpean la nuca y el cuello. La ciudad huele a tierra mojada y smog. La sirena de una ambulancia resuena a unas cuantas calles. Él aprovecha que el cuidador ha salido a cenar para escabullirse y ahorrarse los veinte pesos del cover. "Es mejor guardarlos para una *Victoria* allá adentro", dice para sí mismo. Elige una mesa de la esquina y pide su bebida al mesero. La pista está vacía. Frente a él, al otro lado de la misma, las chicas beben, fuman y ríen escandalosamente. Siete. Son pocas, pero aún es temprano. No tienen prisa. Es martes y llueve. La noche no promete. No para ellas. Vanessa lo sabe. Los martes son malos *per se*. Normalmente ella no se presenta estos días, pero está castigada: ha faltado al trabajo varias veces en las últimas semanas y el administrador del lugar le ha exigido una semana completa. No tendrá día de descanso y, además, debe llegar temprano. De lo

contrario perderá sus privilegios como atracción principal, y eso no le conviene.

Se levanta del sofá color chocolate. Lleva un disfraz de enfermera ceñido al cuerpo y el escote en su espalda permite ver la tanga color naranja que resalta aún más sobre la piel bronceada, gracias a las lámparas de luz negra. Literalmente, resplandece dentro de ese conjunto blanco. Cruza el lugar con la seguridad de quien conoce su negocio. Los golpes de sus tacones sobre la duela son precisos y acompasados, como el tic-tac de un reloj de pared perfectamente calibrado. Mira al muchacho intensamente mientras se acerca a él. Se sienta a su lado, le habla al oído. La conversación habitual: nombre, ocupación, y si es su primera vez en ése lugar. El muchacho accede a participar en el juego, pasando por alto la recomendación que le hiciera un amigo cuando lo inició en las visitas a estos lugares: nunca la primera chica.

—¿Me invitas algo de beber?

—Claro, muñeca. ¿Qué se te antoja?

—Lo mismo que estés tomando tú.

Ella levanta la mano derecha y el mesero acude diligente. Muy pronto otro vaso rebosante de líquido ámbar es colocado sobre la mesa y la ficha es entregada.

—¿A qué me dijiste que te dedicabas? —Dice ella para retomar la conversación en algún punto y, al mismo tiempo se pone de pie. Con un ademán le pide al muchacho que aparte la silla. Se

coloca entre él y la mesa y se sienta sobre sus muslos, mirándole de frente, a no más de cinco centímetros de su rostro.

Pasa las manos por su nuca, le sonrío y acerca su sexo al de él. El muchacho desliza con habilidad ambas manos por aquella espalda descubierta, coloca las yemas sobre las escápulas y, rozando apenas la piel, recorre lentamente en dirección descendente hasta que los dedos de ambas manos vuelven a coincidir, a la altura del sacro. La piel es suave y tibia. La cintura es breve y los músculos firmes. Unos relieves inesperados, de unos tres centímetros de alto y distribuidos uniformemente, llaman su atención justo antes de llegar al hilo de la tanga.

—Soy estudiante, preciosa, pero quiero ser artista. Así que digamos que soy la nada que aspira a convertirse en humo. ¿Es esto un tatuaje? ¿Qué dice?

—Mi nombre: Vanessa.

Ella permite las caricias, las disfruta, se estremece. Su cuerpo se tensa en arco, quiere más. Siente la necesidad de hacérselo saber al muchacho.

—No soy de palo, ¿sabes? Eso qué haces, esas caricias tuyas me gustan, me encienden, me están volviendo loquita...

El muchacho se limita a sonreír. Afuera llueve aún y él sigue siendo el único cliente en el lugar a esta hora de la noche. Pareciera que, por primera vez, la bailarina lo ha escogido a él y no al contrario, como sucede usualmente. La piel erizada de placer de la chica despidе un delicioso aroma. En las caricias se

adivina una promesa de placer: un *cocktail*, mezcla de perfume, sudor, aventura, sensualidad, adrenalina y pecado que cualquier hombre con sangre en las venas estaría dispuesto a paladear.

La noche promete. No para ella —ciertamente— pero para el muchacho, la mesa está servida.

El barman

Empecemos por el principio: me llamo Adán y soy el barman de este lugar; ya sabes, el tipo que prepara las bebidas, pero, más que eso, soy el testigo principal de las historias que todas las noches se mezclan entre humo de cigarro, bebidas con alcohol y las notas de la banda que recién ha comenzado a tocar. Es éste un lugar privilegiado, debo reconocer. Desde aquí, desde la barra, puedo observar todo tipo de personajes y dramas individuales. Hoy, por cierto, me llama la atención lo que sucede en la tercera mesa a mi izquierda, justo al lado de la mesa de billar. Es una pareja. Ella, morena, de labios gruesos, lleva una blusa de hombros descubiertos color lila. Él, alto y delgado, usa una chamarra negra de piel. Los he observado desde que llegaron. Hace unos treinta minutos conversaban animadamente, pero, en este momento, el semblante de ella ha cambiado. He visto tantas veces esa expresión, que he aprendido a identificarla. Es claro que han comenzado a discutir. No solo ella tiene una actitud diferente. Hace un momento, él la observaba inclinado hacia delante, apoyando el mentón sobre los dedos entrelazados de sus manos. Ahora, se ha recargado en el respaldo de la silla de madera y, de vez en cuando, desvía la mirada, como tratando de evitar la conversación o tal vez, solamente se ha distraído con Brenda, la atractiva mesera encargada de esa sección.

El grupo hace una pausa después de tocar un cover de *Guns N' Roses* y es ahí donde escucho la frase que aviva mi curiosidad y me hace poner atención a lo que están diciendo.

—¿Qué puedo esperar de ti?

Él no responde, así que ella insiste.

—¿Quién eres realmente? Me parece que conozco un poco de ti, pero no lo suficiente. Hay muchas cosas que ignoro.

—¿Qué puedes esperar de mí? —Repite él—. De mí puedes esperar traición, mentiras e infidelidad. Las mayores decepciones. Eso es lo que soy, eso es lo que tengo. Y tú, ¿qué quieres de mí?

—Yo quería... Bueno... todavía...

—¿Qué cosa?

—Yo quiero ser tu novia.

El baterista da la entrada para la siguiente canción y suenan los primeros acordes en la guitarra y el sintetizador: África, un clásico ochentero. Debido a esto, me es imposible seguir atendiendo a la conversación, pero alcanzo a ver que el tipo paga la cuenta y se despide de la chica con un beso en la mejilla. Ella permanece sentada en su lugar, observando largamente la copa de vino.

Yo sólo soy el barman. Testigo sin voz de las historias que todas las noches se entrelazan frente a mí. Lo que acaba de suceder no hace sino confirmar un hecho que ya sabía, que descubrí hace mucho tiempo: jamás entenderé a las mujeres.

La alquimista

El sol, alto en el cielo, se cuele por la ventana y golpea de lleno en mi rostro. Veo el reloj de pared solo para comprobar algo que ya sabía: es tarde. Bajo las escaleras y mojo mi cara con agua fría de la pileta. Al fin estoy completamente despierto. Conozco mis deberes de este día así que acompaño a mi madre a comprar las hojas, la manteca, la carne de puerco, y el color vegetal. Más tarde regresaré por la masa sin batir que dejó apartada desde ayer. Ah, y por un kilo de *Púskua*, base para preparar el atole que beberemos por la noche. En cuanto terminamos de comer, acomodamos todos los utensilios y me dispongo a hacer mi parte. Hay que mezclar la manteca y agregar la masa, comenzar a batir. Una hora y media de esfuerzo físico que se verá recompensado al degustar unos deliciosos tamales.

Han llegado mis abuelos. Mis tíos llegarán más tarde.

Mi madre sabe de memoria las medidas, la cantidad exacta de royal, sal y azúcar que se necesita. Poco a poco va mezclando los ingredientes. Yo sólo soy una herramienta a su disposición: la fuerza bruta que bate y carga. Ella es la artífice, la artista, la alquimista. Prueba un poco. Falta sal —me dice—. Yo la miro y la admiro. Admiro la capacidad que tiene de combinar ingredientes y reunir gente en torno a la mesa. Me sorprende el poder de convocatoria que tiene su comida, a la que me declaro adicto.

Los tamales y el atole están listos a tiempo. Siempre a tiempo. Todos comen, ríen y beben. Yo la observo a ella: sonrío satisfecha. Lo ha hecho una vez más, su pócima mágica cumplió su cometido y todos están aquí. Le abrazo y, mientras lo hago, le digo al oído que la quiero... y que no puedo resistirme al embrujo de su comida. Creo que me serviré uno más. Sólo uno más. Perdí la cuenta en nueve.

Siempre

Haré que sepas de algún modo que te quiero, por si no te vuelvo a ver...

Alejandro Santiago.

Siempre el mismo paisaje: baldosas mojadas que reflejan el oscuro manto estrellado, Selene en cuarto creciente. Reconozco el aroma a lluvia que me trae la noche y en mis labios el sabor de los suyos. Sus besos palpitan aún en ellos. Besos con sabor a llanto. Deja vú.

La misma escena, el mismo paisaje estelar. Esa sonrisa en el cielo, burlándose de mí.

La errática caminata nocturna, mientras trato de ordenar las ideas en mi cabeza. El descuido al cruzar la avenida. El claxon que se hace escuchar, molesto y asustado. El dolor que se clava en la boca de mi estómago, causándome náuseas. Confusión. La misma pregunta que se repite una y otra vez: ¿Es esto lo correcto? En última instancia, ¿qué demonios es lo correcto?

Siempre llueve. Siempre.

Cita a ciegas

—¿Y cómo voy a reconocerte?

—Lleva tu guitarra. Yo te busco.

Es lo último que dice antes de colgar. Ésta sensación de incertidumbre y aventura me hace sonreír emocionado. Dejo caer mi humanidad sobre la cama, como una regla, y entrelazo los dedos de las manos detrás de mi cabeza mientras comienzo a recordar cómo es que llegué a este punto.

Hará cosa de unos cuatro o cinco meses, en una noche de dominó donde la suerte me fue completamente ajena, entre bromas y tragos, mis amigos me convencieron de entrar a un club de citas llamado Sargento Pimienta (una clara alusión al disco de Los Beatles, Sgt. Pepper's Lonely Hearts Club Band). Más que por la insistencia de ellos, me decidí a hacerlo por el nombre del club, debo confesar. Nos registramos por Internet y recibimos por correo electrónico las fichas digitales de chicas que podían ser compatibles con los perfiles que proporcionamos en el registro. Ahí se incluían algunos datos básicos: intereses, signo zodiacal, edades y un sobrenombre o nickname para poder interactuar a través de la página web del club, en una especie de cita virtual. A ellos les llegaron tres y hasta cinco fichas. A mí sólo una.

Red Rose era el sobrenombre de mi desconocida chica digital. Veintiséis años. De acuerdo a su perfil, "gustaba de la música romántica y de una conversación amena." Dos cosas llamaron

mi atención. La primera, la edad de la chica en cuestión la ubicaba en lo que uno de mis mejores amigos ha tenido a bien bautizar como *El Buen Año*, ya que, por experiencia suya y mía, descubrimos que el 85 produjo excelentes cosechas. Lo segundo, claro está, fue la inclinación por la música romántica, rasgo que no puede pasar por alto un tipo como yo: bohemio de afición, amigo de la farra. Decidí mandar la invitación para establecer contacto con ella y me olvidé del asunto. Casi un mes después encontré en mi bandeja de entrada un mensaje de aceptación. Conversamos un poco, las trivialidades de siempre. El round de estudio de dos peleadores que han aprendido, por las malas, a ser cautelosos. Para el tercer asalto (nuestra tercera conversación), ella soltó un recto a la mandíbula que me hizo tambalear. Las mujeres siempre hacen eso: nos golpean por sorpresa en el momento en que estamos más confiados o totalmente desprevenidos.

—Dice en tu ficha que te gusta la música de guitarra. ¿Tú sabes tocar?

Por un momento pensé que había preguntado en doble sentido.

—Aprendí a tocar la guitarra hace algunos años y todavía lo hago.

—¿Qué canción tocarías para mí?

¡Bam! No lo vi venir. No me esperaba esa pregunta. De hecho, no tenía idea de qué responder. Por un lado, no podía contestar que una canción de esas cursis y empalagosas que los

enamorados se dedican un 14 de febrero, porque no conocía a la chica, no sabía realmente quién era, pero tampoco podía dejar pasar la oportunidad de mostrarle que estaba interesado en conocerla personalmente. Dije lo primero que se me vino a la mente, sin pensarlo:

—Necesitaría conocerte para decidir que canción tocar para ti...

—Entonces hay que vernos —dijo ella.

Nos pasamos los números telefónicos y hablamos un par de ocasiones más. Al fin, quedamos de vernos en la plaza el día de hoy. No sé cómo es físicamente y ella tampoco me conoce a mí, pero me pide que lleve la guitarra para poder identificarme.

Llego cinco minutos tarde. La ciudad está desquiciada y el tráfico es mucho peor que otros días. Me parece que hay algún evento político o un plantón de esos que se han vuelto tan cotidianos. Le llamo al celular para pedirle una disculpa, pero ella está más atrasada que yo. Me dice su ubicación y comprendo que no llegará en los diez minutos que asegura le tomará acercarse al punto de reunión. Busco lugar en alguna de las bancas metálicas que rodean la placita y me ubico debajo de un frondoso árbol. Me entretengo en contemplar el límpido azul del cielo, casi sin nubes, y en disfrutar la brisa que moja mis manos y mi rostro: acaban de encender la fuente. El tic-tac acompasado de unos tacones femeninos me saca de mi contemplación del paisaje. Es una chica morena, delgada, de cabello largo, negro y ondulado. Lleva minifalda, de manera que

es imposible que esas lindas piernas pasen desapercibidas. Me sonrío.

—¿*Borracho*? (Lo sé, pésimo sobrenombre para una red de citas).

—Sí... ¿*Red Rose*?

—Arianna... Me llamo Arianna.

—Es un placer conocerte.

Echamos a andar. Las zapatillas le hacen resbalar un poco sobre las losas de cantera que la fuente ha mojado. Alcanzo a sostenerla con la mano en que no llevo la guitarra. Por un momento nuestros rostros quedan muy cercanos. Al grado que puedo ver mi reflejo en sus ojos. Recomenzamos la caminata y me toma del brazo.

Ella no lo nota, pero la sensación de incertidumbre y aventura me hace sonreír emocionado una vez más.

Tenías razón

Como siempre, el comentario llegó cuando él menos se lo esperaba. Los hermosos ojos color avellana clavaron su inquisidora mirada infantil, tan seductora, tan...

—Creo que tenías razón: sí estoy obsesionada contigo.

—Te lo dije.

Ella desvió la mirada por un breve instante. Jugueteaba con la punta del zapato derecho en una irregularidad de la loseta.

Él preguntó:

—¿Y cómo terminaste por reconocerlo?

—Es que aún sigo besando tu retrato siete veces por la noche, antes de poder dormir.

Lujuria

Lujuria: f. Vicio consistente en el uso ilícito o en el apetito desordenado de los deleites carnales.

Real Academia Española

Las cálidas notas de los violines en una armonía de re mayor, perfectamente ejecutada, llaman mi atención al pasar fuera del teatro. “Es un recital” —me indica una de las chicas con uniforme que está de pie a un lado de la columna—, y remata haciéndome la invitación: “puede usted pasar, aún quedan lugares”. Miro el reloj y dudo un momento. Es difícil resistirse a un evento gratuito. Al final, la sonrisa de la chica termina por convencerme y avanzo con cuidado por el corredor del recinto en penumbras. Logro colarme hasta la tercera fila, donde hay una butaca libre. Tomo asiento en el momento en que una frase repetitiva del Cello, armonizada en la, lucha y se funde con el si bemol de la Viola.

El cuarteto de cuerdas es excelente. Su música me envuelve, me atrapa. Es el primer movimiento de una obra de Haydn. Opus 33, Cuarteto Primero, dice el programa que resbala de mi mano. Intento recogerlo, pero no puedo. Me siento mareado. Dentro del teatro hace calor, pero yo siento escalofrío. Me pongo de pie y me dirijo a la salida. Justo antes de llegar a ella, alguien me detiene por el brazo. Giro lentamente. Parece que tengo fiebre, pero al identificar sus felinos ojos en la penumbra a la que ya pude acostumbrarme, olvido un poco el malestar.

—Hola —me dice sonriendo.

—Hola, Mariana —respondo yo.

—¿Ya te vas?

—Me parece que sí: no me siento bien.

Salimos juntos al lobby y su expresión cambia en automático.

—Te ves muy pálido —me dice.

—La verdad es que sí me siento mal.

—¿Y qué vas a hacer?

—Supongo que caminar un poco ahí en el parque, esperando que el aire fresco me haga sentir mejor.

—No puedo dejarte ir así: te acompaño.

—Gracias, pero no es necesario.

—Insisto.

—Está bien —le digo al fin.

Parece que arrastro las palabras, como si todo a mi alrededor sucediera a una velocidad diferente. Me da la impresión de que hablo muy lento.

Pronto llegamos al parque y me lleno los pulmones con su frescura. Miro el reloj de pulsera que me heredó mi padre. Son las 19:27 pero todavía es importante la cantidad de luz solar que se cuela entre las copas de los árboles. Éste, el primer domingo de abril, también es el primero con el horario de verano.

—Espera... no puedo más. Necesito sentarme...

—Te ves muy mal. Me estás preocupando —la angustia hace sonar más grave su voz.

—Solo necesito descansar un poco —trato de tranquilizarla.

Me toma de la mano y me mira pesarosa. Pasa sus dedos por mi cabello. Puedo ver en sus ojos que su preocupación es real. Yo quisiera decirle que no pasa nada, que no tengo nada. Pero a ella no le puedo mentir. Se acerca un poco más y me besa en la mejilla. Mi corazón late más aprisa. Siento su pierna rozando con la mía y su tibia respiración cerca de mi cuello. Nuestros cuerpos se reconocen como amantes y mi boca busca por inercia esos labios que ella me ofrece con los ojos cerrados. Tanto tiempo, tantos deseos refrenados que comienzan a soltarse de sus cadenas. Lo reconozco en las lenguas que luchan, en los labios que se muerden, en el gemido que escapa de su garganta y en mis manos tomando con fuerza su pierna izquierda. Sus besos me dan vida, aliento de vida, y mi malestar pasa a segundo plano. El deseo me hace ignorar que estamos en un lugar público y mi mano derecha se mueve hacia los primeros botones de su blusa. Risas y pasos en la hojarasca me hacen volver a la realidad y creo que a ella también. Abro mis ojos y encuentro su sonrisa. A nuestra izquierda aparece una familia entera riendo a carcajadas... Parece que no vieron nada.

—¿Cómo has estado? —pregunta ella para recomenzar la conversación en algún punto, aún nerviosa. O al menos eso creo. —Quitando lo mal que me sentía hace un momento, he estado muy bien.

—Me da mucho gusto por ti.

—Honestamente, no esperaba encontrarte ni en el teatro ni en la ciudad.

—Lo sé.

Sonríe cuando lo dice. Ha oscurecido y la temperatura ha cambiado. Ha comenzado a lloviznar, así que la poca gente que aún paseaba en el parque comienza a retirarse. Los últimos en pasar frente a nosotros son los chicos que jugaban ajedrez en las mesitas de concreto que rodean el kiosco.

Reconozco ese fuego en sus ojos. La misma mirada que tenía en ese pequeño departamento a las afueras de la ciudad, nuestro refugio durante aquellos lejanos días en que éramos amantes. Ella se acerca otra vez a mí. Estamos solos en el parque. Solos. Me toma del cabello para acercarme a su boca, a sus labios, a sus besos y a sus ganas. Yo no opongo resistencia y juntos nos entregamos al placer de las caricias. Se levanta de la banca de cantera y se sienta a horcajadas sobre mí, sobre mis piernas. Me toma de la cara con ambas manos y besa mis labios otra vez. Presiona su sexo contra el mío en un movimiento rítmico, cadencioso y sensual. Yo paso mis dedos por su cabello, por su nuca y continúo por su espalda. Presiono al mismo tiempo, con mis índices, los romboides mayores, ella se arquea de placer. La respiración se hace más rápida y los gemidos más fuertes. Afortunadamente ya no hay nadie alrededor que nos escuche. Mi corazón late con tanta fuerza que siento como se agolpa la sangre en mis sienes. La tomo de la mano y nos adentramos en uno de los senderos del parque. Nos detenemos debajo de uno

de los árboles más frondosos. Nuestras ropas están completamente empapadas. Ella apoya sus manos en el árbol mientras yo beso su cuello. Muerdo el lóbulo de su oreja para sentir como se tensa su cuerpo una vez más. Le abrazo desde atrás. Mi mano derecha se abre camino por debajo de su blusa, ávida de encontrar, con las yemas de mis dedos, sus turgencias. Al mismo tiempo mi mano izquierda se desliza por su abdomen hasta encontrar los dos botones de sus jeans.

Desabrocho la metálica botonadura con habilidad, como alguien que ha realizado la misma acción con anterioridad. Ella está cubierta de lluvia tibia, por dentro y por fuera: lo puedo sentir.

Entro en ella con la suavidad que permite la excitación de los cuerpos. La noche nos envuelve y la lluvia es el complemento perfecto para la sinfonía de sonidos y sensaciones primitivas que —irremediabilmente—, nos arrastran al estertor que anuncia el culmen de nuestra obra.

Lestat

—Lo que ustedes no han terminado de entender, queridas mías, es que no es su sangre lo que me mantiene con vida, sino el sentimiento que guardan para mí en sus corazones: Yo no me alimento de su sangre, me alimento de su amor.

Y sin decir más, el monstruo corrió la cortina para salir del aposento. Las princesas se miraron unas a otras, confundidas, deseando escapar de su cautiverio, pero sin atreverse a cruzar ese umbral que las separaba de su libertad, que era bloqueado por un simple trozo de tela, nada más. Lestat leyó sus pensamientos y sonrió divertido. Una oleada de vitalidad corría por sus miembros como una corriente eléctrica y hacía latir su pecho como si tuviera corazón: Eran suyas y siempre lo serían.

—No cabe duda que los grilletes que más aprisionan a mis amados humanos, son los que existen en sus propias mentes — dijo en un susurro y, tras un profundo suspiro, se perdió en la espesa oscuridad de la noche.

Rojo

Fuego, pasión, guerra, vida, furia, Marte, sexo, sangre, lujuria, agresividad, fuerza y violencia son algunos de las ideas que vienen a mi mente cuando pienso en el color rojo. Eso hubiera sucedido cualquier otro día. Hoy solo puedo pensar en ella.

Llego a su oficina cinco minutos antes de la hora de salida. Me ofrece una silla mientras espero. Aquí estoy yo, sentado frente a la morena de cabellos ondulados, siendo testigo de la habilidad con que escribe en el teclado de la computadora algún informe de último momento. Estoy seguro que siente mi mirada, pues sonrío y se justifica ampliando aún más esa bonita sonrisa:

—Ya voy, eh. Solamente envió este documento y listo.

—No te preocupes —respondo yo, sin dejar de mirarla.

Hace poco que nos conocemos. Es decir, hace poco tiempo que busqué la oportunidad de conocerla a través de un amigo. Me llamó la atención desde la primera vez que la vi, por más trillado que esto suene. Nos presentaron, le invité un café y aceptó. Notamos la buena química entre nosotros desde entonces y volvimos a salir un par de veces más, pero hoy, particularmente hoy, sentado frente a ella, no puedo negar que me encantaría probar el sabor del *Red Salsa* que define sus labios y combina con su blusa, roja también. Lleva encima de ésta una chamarrita de mezclilla en azul marino, que contrasta maravillosamente.

Las mujeres —de acuerdo a mi experiencia—, son las dueñas del mundo. Ellas lo controlan todo, por más que los hombres

tratemos de alegar lo contrario. Mucho de su poder estriba en el hecho de que son conscientes de su atractivo, saben cómo explotarlo y nosotros no podemos vivir sin ellas. Una cosa más: les encanta sentirse bellas, más específicamente, que las notemos bellas.

—Listo! —Dice al fin—. Podemos irnos.

Se pone de pie y yo hago lo mismo. Termina de guardar algunas carpetas en los cajones de su escritorio y apaga la computadora. Revisa que no haya dejado nada mal colocado y me da un beso en la mejilla, a manera de saludo.

—Disculpa. Tenía que dejar terminado esto.

—No hay problema, chiquilla. Además, apenas son las tres.

Abre los ojos un poco más, como si hubiese recordado algo. Tiene en su mirada ese brillo que hace destellar las caras de los niños justo antes de una travesura. Algo trama.

—¿Te gusta mi blusa nueva? —Dice al fin.

—El color me encanta. El rojo es uno de mis colores favoritos —le respondo yo.

—A mí me gusta más el diseño de la parte de atrás, mira...

Me da la espalda y, con su mano derecha, levanta la chamarra de mezclilla para que yo pueda ver de qué me está hablando. Toda la parte posterior de la blusa que tiene puesta es de encaje. No me esperaba esa visión. Sin embargo, dada la inclinación de mi mirada y los adornos brillantes de bisutería que tienen las

bolsas de su pantalón, mis ojos se dirigen hacia sus nalgas perfectas. La curva que trazan su cintura y sus caderas se muestra maravillosamente. Coloco el índice de mi mano derecha en una de las secciones en donde el encaje es tan delgado que permite ver con claridad su espalda. Ella no puede evitar un estremecimiento. Me doy cuenta que, a través de una de esas transparencias, es posible ver el hilo de su tanga, roja también.

Me excita su presencia, estar cerca de ella. Aspirar el perfume del cabello negro que sostiene con su otra mano. Me imagino besando esa espalda, derramar gotas de vino tinto para luego trazar los mismos senderos con mi lengua. Quisiera explorar ese mapa desconocido que es su cuerpo con todos mis sentidos: con las manos, con los dedos, con los labios. Quitarle la ropa aquí mismo, arrancar esa tanga con mis dientes, besar sus muslos, mojarme en la tibieza de su miel... Abandonarme a la pasión que provoca en mí, a éste deseo, dejarme llevar por el instinto y...

—¿Y bien? ¿Te gusta o no? —Su voz me saca del trance, de manera tan abrupta, que estoy a punto de tropezar.

—¿Gustarme? ¡Me encanta! Te ves espectacular...

Sonríe con sus labios rojos, me toma del brazo y apoya su cabeza en mi hombro, sin darse cuenta —la verdad es que lo sabe, es consciente de ello, y yo sé que lo sabe— de cómo aumentan mis latidos cuando lo hace. Finalmente me pregunta:

—¿A dónde vas a llevarme?

—A donde quieras preciosa... a donde tú quieras.

Con los ojos cerrados

Años habían pasado desde la última vez.

“No recordaba la exactitud con la que su tierna boca se amolda al contorno de mis labios. Tampoco imaginaba que su cuerpo, que parece tan frágil, volvería a temblar entre mis brazos, justo como en aquellos días.”

Eso pensaba él, mientras se fundían en un cálido beso, anhelado hasta la desesperación.

“¿Puedes sentir que mi cuerpo aún recuerda cómo estremecerse de placer cuando me besas así?” —pensó ella, pero tampoco dijo nada.

Ninguno de los dos abrió los ojos, pretendiendo que, de esa manera, nadie los vería y que esas caricias que hacían latir sus corazones con tanta fuerza, serían invisibles para el resto de la gente. En especial, a los ojos de la mujer de él y del marido de ella.

Lolita

La lluvia era ligera y constante. El cielo totalmente cubierto de nubes pronosticaba al menos dos horas más de precipitaciones. El ruido del tráfico allá afuera, en la calle, iba aumentando poco a poco. El profesor dio el último sorbo a su café antes de depositar el recipiente vacío en el cesto, encendió la luz del laboratorio de cómputo, abrió el manual en la página correspondiente a la práctica de ese día y miró el reloj de pulsera: cinco minutos para las siete de la mañana.

El lugar pronto se llenó con murmullos, risas y bostezos adolescentes. Los muchachos ocuparon sus lugares y la sesión comenzó. Todos abrieron sus libros en la página indicada y siguieron con la vista lo que leía el profesor. Todos menos ella.

La buena suerte y su apellido la habían colocado en la primera fila, junto al corredor por donde el profesor se paseaba mientras daba las lecciones y que dividía, además, en dos partes, el aula de cómputo. Alguna ventaja debía tener la tercera letra del alfabeto. Lo miró intensamente, como hacía siempre. Disfrutaba estar en ese lugar de privilegio. Podía observar el trasero del profesor descaradamente, siempre que éste escribía algo en el pizarrón. Fantaseaba. Fantaseaba todos los días y todas las noches. Le imaginaba suyo, con los anteojos empañados, poseyéndose mutua y salvajemente una y otra vez.

El profesor concentrado en la lectura; la sensación de algo que sube por la pierna, por dentro del pantalón; el grito que se

ahoga, que se contiene justo antes de dejarlo expuesto ante los muchachos. El pie derecho de la chica, deslizándose furtivamente por debajo del pantalón, el ritmo cardíaco acelerado, el estremecimiento recorriendo la espalda como una descarga eléctrica. Nunca, jamás una estudiante tan atrevida como ella. En cursos anteriores, tal vez una manzana acompañada de una mirada llena de intención. Pero esta chica había tomado la iniciativa a mitad de la clase, con todos los compañeros presentes, aprovechando que el campo visual de los demás era restringido por los cubículos individuales. Lo disfrutaba enormemente: lo gritaba la expresión en su cara, su sonrisa.

El profesor decidió alejarse para continuar la lectura sin interrupciones. Dio un par de indicaciones más y la clase siguió como si nada hubiese pasado. Al terminar los cincuenta minutos destinados a la práctica, todos se retiraron, excepto ella. Sentado tras un escritorio, al fondo del salón, le miró caminar hacia él, cruzando todo el lugar, como un torero que parte plaza. Se había soltado el cabello castaño que parecía más oscuro al contraste con el pizarrón en la otra pared. Un pie después del otro, con ritmo, con cadencia, sobre una línea recta imaginaria, balanceando divinamente el peso de su falda escolar.

—¿Qué fue todo eso, Marianne?

—¿A qué te refieres? —respondió ella, dulcemente irrespetuosa.

—A lo que hiciste con el pie hace rato.

—Tú ya lo sabes: te quiero.

Un te quiero que sonaba a te deseo.

—Ya hemos hablado del tema, Marianne. Y, aunque me sienta halagado, sabes bien que eso no puede ser.

—¿Porque eres mi maestro y yo una alumna?

—Precisamente. Por eso y porque eres menor de edad: apenas tienes dieciséis años.

—Cumplo diecisiete en un mes.

Él hubiese querido decir algo más. Se contuvo dándose cuenta de que cualquier argumento iba a ser ignorado tan deliberadamente como el anterior. Se puso de pie, dando por terminada la conversación. Colocó sus cosas dentro del maletín para dirigirse a su siguiente clase.

—Entonces, ¿no? —volvió a acometer ella, esta vez guiñando un ojo.

—No. Discúlpame.

—Está bien, no hay problema.

Le dio un beso en la mejilla, rozando su cuerpo contra el de él. Giró sobre sus talones para salir del aula. Por encima de la pretina de la falda escolar, asomaban las dos tiras de una tanga blanca. Intencionalmente, sin duda. Todavía se dio tiempo para detenerse en el marco de la puerta, voltear hacia donde el profesor y sonreír con excitante malicia.

El resto del día fue de mera rutina. Sin embargo, ya en casa, resultó imposible sacársela de la mente. Le imaginó ahí, en su cama, recostada junto a él. Aún tenía en la memoria el perfume que emanaba de aquel cuerpo adolescente. Cerró los ojos e imaginó desabrochar los tres primeros botones de aquella blusa escolar, besar el pecho juvenil, descubrir los pezones color rosa. Deseó no ser su profesor: poder acariciar esas piernas que alguna vez, en clase, se habían mostrado para él; abrir los dos broches de presión, correr el cierre de la falda colegial, dejarse llevar por las pasiones que ella le despertaba... Aún con los ojos cerrados y frunciendo el ceño, se detuvo a pensar en las posibles implicaciones de que algo así sucediera, de ir en contra de las normas: desprestigio como catedrático, despido, señalamientos, incluso demandas por abuso de menores.

Esa lucha interna entre lo que se debe hacer y lo que se desea —el instinto básico, por llamarle de alguna manera—, le resultó agotadora. Terminó quedándose dormido, con los zapatos puestos, la camisa a medio desabrochar, la corbata en la mano izquierda y sus deseos reprimidos en la otra.

Nunca

Las hojas de papel en completo desorden sobre el escritorio me recordaron todos los pendientes que aún me faltaban por concretar. Decidí poner manos a la obra, pero antes me levanté por un café. El despachador de agua caliente estaba fuera de la oficina, a unos sesenta centímetros de la puerta. Puse el café y el azúcar en las cantidades acostumbradas dentro de la taza y comencé a revolver los gránulos en seco, con una cucharita desechable. Al salir, concentrado en el recipiente de porcelana, me encontré con unos bellísimos ojos color marrón, mirándome con sorpresa.

—¡Hola!

—¡Hola! —respondí yo, haciendo un esfuerzo para cerrar la boca.

Por unos cuantos segundos ninguno de los dos supimos qué decir. Al final, decidí ponerle fin a la incómoda situación.

—¿Quieres llegar a la oficina? No tardo nada, solo le pongo agua a esto y paso por un oficio al otro departamento.

—Está bien —dijo sonriendo.

—No esperaba encontrarte por aquí —le digo, mientras me alejo por el corredor.

En la oficina todos salieron temprano, menos yo. Busco el legajo que necesitaré para terminar mi trabajo vespertino, en uno de los módulos comunes.

—Yo tampoco esperaba encontrarte —dice ella a lo lejos—, solo pasé a saludar a los chicos y a la licenciada Farfán. De hecho, creí que ya no trabajabas aquí.

No escucho más. Temo que se haya ido. Regreso lo más rápido que puedo y, cuando cruzo aprisa la puerta, mi expectativa es mirarla sentada en mi lugar, donde solía esperarme. Pero no hay nadie en la silla. Me dejo caer en ella y la descubro frente a mí. Estaba tan ansioso de encontrarla que no me di cuenta que se había colocado en los silloncitos donde me esperan mis clientes. No puedo contener el impulso de levantarme e ir hacia ella. Le abrazo y puedo sentir como me corresponde con todo su ser. No sé cuantos segundos duramos así, abrazados, unidos con la desesperada añoranza de quien no se ha visto en muchos años.

—¿Qué me diste? —pregunta con voz entrecortada y las mejillas ruborizadas.

Yo también me he preguntado por qué jamás he dejado de pensar en ella. ¿Qué desconocido embrujo colocó en mí? Después de tantos años, ¿por qué me sigue desarmando su mirada, por qué siento por ella la misma pasión que antaño? Mi conclusión es que, precisamente, el apasionamiento involucrado en ese tórrido romance con tintes de tragedia, es lo que nos hace seguir juntos a pesar de todo, a pesar del tiempo y la distancia. A pesar de las parejas de ambos. Nos apartamos un poco, pero seguimos tomados de las manos. La siguiente pregunta me hace reír. Especialmente por lo que yo le respondo sin pensar.

—¿Estás temblando o soy yo?

—Creo que somos los dos.

Vuelvo a abrazarla. Le beso otra vez, como hace años. Ella me deja hacer, pero solo por un momento que disfruto como si fuera una eternidad. Luego se aparta y vuelve a repetir la pregunta.

—Es en serio... ¿qué me diste?

Esta vez le respondo:

—Siempre pensé que fuiste tú la que me había dado algo. Que habías sido tú quien me hechizó a mí.

—¿Así lo crees?

—Sí.

—Y entonces, ¿por qué me dejaste ir?

—Lo que yo recuerdo es que fuiste precisamente tú quien tomó la decisión de irse.

—Para mí sucedió de otra manera...

Podría discutir, pero no lo hago. No tiene ningún caso. Ella tiene sus recuerdos de cómo sucedieron las cosas y yo los míos. Ambos guardamos silencio. Pareciera que repentinamente comprendiéramos que teníamos que aprovechar los pocos momentos que de ahora en adelante podríamos pasar juntos, porque ya serían más espaciados y no durarían más de cinco minutos. Sonreímos.

—Fue un error de los dos —dije al fin— tú quisiste irte y yo te permití hacerlo, porque entendí que eso era lo que deseabas.

—Nunca debiste escucharme —dijo ella—, ni siquiera la primera vez: no estaríamos en esta situación.

Me da un breve beso en los labios, a manera de despedida. Cruza el umbral y se aleja de prisa, temerosa de lo que siente, de lo que sentimos, de las cosas que suceden cuando estamos juntos. Yo sigo sin habla, recordando, pensando en la última frase.

“Ni siquiera la primera vez...”

Maldición —dije para mí, amargamente y sin seguirla—, cuánta razón tiene.

La luna

La hija del Tiempo salió temprano de sus habitaciones en el sagrado castillo de su padre. Comenzó a caminar por los amplios jardines y no tardó mucho en llegar al arroyo que desembocaba en el lago de plata. Se despojó de sus ropas y se introdujo en las frescas aguas. Después del baño, enjuagó y secó su larga cabellera negra, que contrastaba con la luminosa blancura de su piel. Ahí, donde las gotas que caían de su cabello se perdían en la tierra, nacían las flores más hermosas, con el mismo aroma. Anduvo un rato por la ribera pensando en la sensación de felicidad que la embargaba y agradeciendo a los dioses por ello. Se detuvo frente a una visión extraña. Un extranjero —venido de muy lejos, sin duda, ya que no vestía con los colores del reino—. Debía ser un guerrero, pues tenía la mirada dura y lejana, los dorados cabellos caían hasta los hombros y su piel, a diferencia de la blancura de la princesa, era levemente rojiza. Él no le vio. Se limitó a beber un poco en las aguas del lago y dejó que su cabalgadura lo hiciera también. Después se marchó sin notarla siquiera. Ella lo siguió, durante un tramo, a través de los bosques que circundaban el castillo, pero no logró darle alcance. Sentía curiosidad. Quería saber todo y más de aquél extraño. Cuando lo perdió de vista, regresó a su hogar. La mirada inundada de tristeza y los brazos lastimados por los espinos del bosque, lugar al que nunca antes se había aventurado.

Su padre, anciano y sabio, blanco y deslumbrante como ella misma, adivinó algo inusual en su actitud.

—¿Qué sucede, niña mía?

—Vi a alguien, distinto a nosotros. No pude preguntarle quién era. Le seguí, pero no le alcancé. Monta una bestia desconocida para mí.

—¿Por qué le seguiste?

—Porque no me vio y nunca me había pasado eso. Incluso las flores voltean al verme pasar y el manantial acelera su paso para darme la bienvenida con sus mil voces, las aves guardan silencio cuando saben que vendré y el viento detiene su marcha interminable en el instante en que mis pies suenan en la hojarasca...

—¿Qué esperas de ese guerrero, entonces? —dijo el Tiempo tristemente, sabiendo que el momento que tanto temía estaba por llegar—. La princesa se sorprendió por un momento. Luego recordó que su padre lo sabía todo. Siempre lo sabía.

—Quiero que me vea. Que su mirada me de calor. Ser importante para él. Creo que estoy enamorada.

Su padre le miró con ternura y tristeza. Le dijo lo que tenía que ser dicho. Era su deber. Lo había sabido durante siglos y ahora había llegado el temido instante.

—No puedo ayudarte.

El Tiempo vio a su hija salir por el portal, vio alejarse aquel reflejo en el mármol blanco del amplio corredor y suspiró

resignado, consciente de que nunca más la vería entrar por ese umbral. Él, mejor que nadie, sabía que el destino debía cumplirse.

La princesa llegó a la orilla del lago y lloró largamente, Lloró tanto que las aguas del lago subieron de nivel hasta alcanzar a cubrir sus blancos tobillos y sus pantorrillas. El espíritu que habitaba en el fondo del espejo de plata se compadeció de ella. Salió de las profundidades entre reflejos dorados, rojos y púrpuras. La princesa se protegió los ojos con la mano derecha para poder mirarle.

—¿A qué se debe su llanto, princesa? —preguntó.

—Quiero algo que no puedo conseguir.

—¿Qué desea?

—Que el guerrero de los cabellos dorados me mire, quiero poder seguirlo a donde él vaya, que sepa que lo necesito para poder ser.

—Ya veo.

—Y mi padre no quiere ayudarme.

—El Tiempo no puede, princesa. No tiene el poder. Pero yo sí.

La hija del Tiempo miró sorprendida al espíritu del lago y formuló la pregunta:

—¿Tú puedes ayudarme?

—Sí. Pero solo si es algo que realmente desea.

—Es lo que más quiero.

—¿Aunque eso implique perder todo lo que conoce hasta el momento?

—¡Sí! —respondió la princesa.

—¿Quiere usted acompañar al guerrero que nunca se detiene en su viaje?

—Sí quiero.

—¿Por cuantas jornadas?

—Para siempre. Por toda la eternidad.

El silencio reinó de pronto. Pareciera que el espíritu del lago dudara de lo que estaba escuchando.

—¿Está segura de lo que pide?

—Sí —dijo ella firmemente.

—A cambio, me quedaré con su cabello. No lo necesitará en el lugar a donde va. Cierre los ojos.

La hija del tiempo sintió un leve mareo. Se elevaba sobre el suelo, flotaba. Comenzaba un viaje eterno. Se convertía en la luna y el rubio guerrero, como consecuencia al deseo de la princesa, se convertía en el sol. Justo en ese momento y en ningún otro es que el día y la noche comenzaron a existir. La luna aún trata de alcanzar al sol en su interminable viaje y recibe su cálida mirada, para poder ser. Cuando el sol no la ve, la luna simplemente no existe. Sin embargo, sus lágrimas de tristeza quedan regadas sobre la negra bóveda celeste y aparecen pequeñas luminosidades a las que los hombres han tenido a bien llamar estrellas.

Desde entonces, como recordatorio del mágico trato con el espíritu de aquel lago de plata, en la transición del día hacia la noche, el horizonte vuelve a cubrirse con sus resplandecientes colores. El anciano Tiempo, viendo por la ventana, envuelto en su manto de armiño, recuerda que hace muchos siglos él tenía una hija que corría por los jardines de su castillo y que se forjó una romántica maldición que la tendría atada a un trágico destino hasta los confines de la eternidad.

—Le seguirás por siempre, mi niña, y te mirará, sin duda. Su viaje será tu viaje y lucirás tu blanca belleza gracias a él. Le seguirás por siempre —repitió el Tiempo— pero jamás estarán juntos: ese fue tu deseo.

Medea

Los últimos rayos de sol se abrían paso con dificultad entre las frondosas copas y herían sus hermosos ojos. Tuvo que levantar la diestra y protegerse con ella. En pocos minutos la noche sin luna se apoderaría del camino y sería complicado alcanzar la encrucijada. La princesa Medea lo sabía, así que sus pies descalzos recorrieron aprisa las últimas decenas de metros. El ritual, como siempre, debía ser ejecutado en el lugar que demandaba la Diosa. Fue precisamente en la encrucijada donde Medea detuvo su andar. Se esforzó porque su respiración volviera a su ritmo natural. Aspiró profundamente y no pudo evitar recordar lo dicho por el Oráculo al momento de su nacimiento: “tendrá una infancia feliz y será hábil en las artes de la adivinación y la magia. Sin embargo, el amor hacia un hombre le hará perder absolutamente todo.” Sobra decir que fue esa precisamente la razón por la que había sido consagrada como sacerdotisa en el templo de Hékate desde que era una niña y más obvio resulta aún, el exacerbado desprecio —y velado temor— que profesaba hacia el sexo masculino. Se había prometido a sí misma que jamás se enamoraría, pues eso, precisamente, estaría marcando el inicio de sus desgracias.

Se colocó la piel de leopardo y puso ambas manos a la altura del pecho, contando los latidos acostumbrados, luego el índice y el corazón de su mano derecha se movieron a sus labios y su frente, durante el mismo lapso. Con los puños cerrados levantó ambos brazos hacia el cielo carente de luna, pero colmado de estrellas.

Abrió las manos y dirigió la palma de su mano izquierda hacia el manto infinito, la derecha fue bajando poco a poco hasta que la palma apuntara al suelo. El trance comenzaba y también la invocación:

Amiga y amante de la oscuridad, Diosa y madre mía, tú que caminas entre fantasmas y entre tumbas; tú la peregrina, la de la triple faz, Luna, Diana y Proserpina, la guardiana de las llaves, ¡portadora de la luz! Te ruego me seas propicia. Te invoco a ti, Gran Señora de Cielo, Mar y Tierra, por tus misterios de noche y día, por la luz de luna y la sombra del sol. Te invoco a ti, Señora de la vida, la muerte y el renacimiento; emerge ahora del mundo de las sombras para alimentar mi alma y dar luz a mi mente, Señora de los tres caminos, Hécate, compañera y guía en los terribles senderos, te suplico y te ruego... ¡Susurra ahora tus secretos!

Apenas había encendido Medea el fuego místico cuando escuchó la voz de la deidad, dirigiéndose cariñosamente a ella, como tantas otras veces:

—Hija mía, la favorita, ¿qué es lo que deseas saber?

—¿Quiénes son los guerreros que han anclado en las costas de La Cólquide y qué es lo que desean? —Preguntó Medea.

—Son soldados, príncipes y aventureros. Vienen a buscar el tesoro máspreciado que posee el rey, tu padre.

—En ese caso, les daré muerte.

—Será mejor que lo hagas pronto, hija mía, porque entre ellos, ha desembarcado aquél destinado a ser amado por ti. El que te traerá traición y muerte. El que se marchará con alguien más.

—No le daré esa oportunidad —dijo Medea segura de sí misma— ninguno de los navegantes de ese barco volverá a ver el amanecer en su reino...

El Rey Eetes esperaba ansioso el regreso de la princesa Medea. Aun a pesar de haberse opuesto desde el principio a la consagración de su hija más joven al templo de Hécate, había aprendido a respetar sus habilidades adivinatorias. Recordó su desacuerdo con la decisión tomada por la reina, es decir, enviarla con las sacerdotisas. Pero ambas, tanto Medea como Idía, su madre, eran necias y obcegadas. El rey estaba seguro que la necedad de la princesa por hacer las cosas a su capricho, le acarrearía terribles dificultades.

—¿Qué ha dicho la Diosa, hija mía? —preguntó en cuanto le vio cruzar el umbral.

—Vienen por el vellocino dorado, padre.

—Es mi mayor tesoro. —dijo el Rey, con el rostro ensombrecido.

—Lo sé. Y es por eso que les prometerás que tal premio les será otorgado una vez que su capitán cumpla con tres retos imposibles de lograr, que voy a detallarte a continuación.

—¿Tres?

—Como lo manda la guardiana de las llaves.

.....

Medea entró corriendo en sus aposentos, bañada en llanto. Se dejó caer sobre su lecho y, cubriendo el rostro con ambas manos, siguió llorando por varios minutos más.

—¿Por qué?, ¿Diosa, por qué?

La princesa y sacerdotisa recordó cómo había sido el encuentro. Cerró los ojos y volvió al momento en que vio entrar, por el portal de la cámara principal, al héroe Jasón, seguido de su escolta. Le escuchó hablar, sintió como las graves vibraciones de la voz del joven que hablaba frente a su padre y su medio hermano, Absirto, calaban profundamente en su ser. De pie, a la izquierda de la silla del rey, admiró la valentía de aquél extranjero. Vio las cicatrices en los brazos y se dio cuenta que no había sido un viaje placentero, ni libre de privaciones. Creyó ver en el guerrero que venía a solicitar un objeto mágico, obsequiado a su padre, a un hombre probo, honesto, capaz de hablar directamente y sin máscaras. Le admiró por eso. Ella, la que había planeado su muerte, flaqueaba, cambiaba de sentimientos y ahora deseaba salvar de la muerte segura a la que el rey enviaría a Jasón siguiendo —irónicamente— sus recomendaciones.

—¿Señora de las encrucijadas, portadora de las antorchas, ¿qué debo hacer? —pidió a Hékate consejo.

La Diosa se manifestó en la danzante llama de la vela encendida para tal fin.

—Debes seguir adelante con el plan trazado originalmente. El vellocino tiene que permanecer en La Cólquide y los viajeros deben ser exterminados.

—Pero ahora no puedo hacerlo. Vi la determinación en los ojos del capitán Jasón. Yo esperaba un guerrero que a sangre y fuego quisiera conquistar nuestras tierras y hurtar el tesoro máspreciado que hay en éstas, pero en su lugar, apareció un hombre dispuesto a dialogar para convencer. He visto en ese joven cualidades que nunca descubrí en otro hombre. No puedo matarlo ni permitir que le hagan daño.

—Ese hombre será tu perdición, hija mía.

—No importa: yo lo quiero.

La determinación en la voz de la princesa sonaba a capricho. Tal vez por eso la voz de la Diosa de la Oscuridad dejó de escucharse. Medea, como hija menor, mujer y princesa, había sido mal acostumbrada a obtener siempre lo que deseaba. Desde niña supo de su poder y una vez sacerdotisa y hechicera, la magia fue su aliada para lograr absolutamente todo lo que se proponía, por imposible que pareciera para cualquier otro mortal. Aun así, quiso cerciorarse de las consecuencias que le acarrearían sus decisiones. Tomó los caracoles y los lanzó.

Hábil adivinadora —como acertadamente lo pronosticara el Oráculo— vio en su destino tristeza, llanto y el claro indicio de que Jasón no le amaría jamás e incluso, la abandonaría por otra mujer. Cegada por su capricho, decidió ignorar todas las señales, aduciendo que su belleza, su magia y su amor bastarían para que

Jasón, el viajero, le amara y nunca sintiera el deseo de separarse de ella. Se lo demostraría. Traicionaría a su padre, a su hermano, a su herencia y a su patria y, de esa manera, su recién conocido amor no tendría más remedio que adorarla hasta el final de los días. Esa lógica sin sentido de las mujeres que saben que serán destruidas por aquello que más aman —o creen amar— le hizo urdir un plan y crear los antídotos adecuados a las trampas que ella misma había diseñado. Una vez terminado su trabajo fue buscar al capitán para ofrecerle los medios que le ayudarían a lograr su objetivo.

—¿Por qué lo hace, Princesa? —preguntó Jasón.

—Porque te amo.

—¿Cómo puede decir que me ama, si realmente no me conoce?

—Eso no importa: yo te amo.

El argonauta quiso ser honesto con ella.

—Yo no la amo princesa.

Hubo un momento de silencio. Medea bajó la mirada y tras dudar por un instante, reanudó con mayor vehemencia.

—Yo puedo amarte por los dos. Ese cariño que no sientes surgirá. Yo lo haré surgir. Tú tendrás tu premio y yo te tendré a ti.

—Esa traición a su pueblo significará su muerte princesa.

—Es por eso que tendrás que llevarme contigo —dijo ella, sonriendo.

Jasón se colocó el puño sobre los labios, pensativo. Valoró lo que se le ofrecía. Una victoria a cambio de fingir algún tipo de cariño hacia la princesa Medea. La lógica se impuso y decidió aceptar la oferta que se le presentaba de manera tan conveniente.

—No puedo amarla como usted pretende princesa. Soy un viajero, un espíritu libre: no deseo atarme a un solo puerto ni a una sola mujer.

—Eso no importa —insistió Medea una vez más— dame lo que tengas, el poco cariño que tengas para mí, que yo sabré conformarme.

—¿Está usted segura?

—Tan segura como de que eres lo que más quiero en el mundo.

—Entonces, acepto.

—Me haces muy feliz —dijo la princesa, con los ojos brillantes.

Medea, con lágrimas en los ojos, hundió el rostro en el pecho de su amado, abrazándole desesperadamente, de la misma manera en que los moribundos se asen a la vida cuando la boca del inframundo se abre ante sus pies. Él la abrazó fría e inexpresivamente y, con un beso en los labios, desencadenaron juntos aquella promesa de infelicidad que pendía sobre la princesa desde el instante de su nacimiento.

Me queda claro

No es amor, me queda claro. Lo adivino en la humedad de nuestros besos. En la erizada piel de tu espalda cuando mi lengua asciende los escalones de tu espina, impulsada por mi aliento. Yo no te amo, pero todos los días te deseo: a las tres de la mañana y a las cuatro y a las cinco, y antes de las seis, cuando el frío cala y el ardor de tus abrazos se vuelve necesidad. Te deseo más cuando mis ojos, cansados de buscarte tantas horas, se vuelven a cerrar.

Anhelo el calor de tus abrazos, nuestros salvajes besos, de dientes y saliva; la travesía lasciva de mi rampante mano, sobre tus muslos de piel morena; el peligroso ascenso por tus largas piernas. Extraño tu cabello negro derramándose en la almohada, el contraste de tu piel sobre mis sábanas. Pero extraño más tus ojos claros, eternos, el perfume de tus hombros y tu espalda, beberme tu imagen de un sorbo, con la mirada.

He soñado contigo, con tu cuerpo, cubierto apenas por la combinación negra y granate de las prendas que te regalé. Ansío despojarte de ellas, deslizar una y arrancar la otra, en un éxtasis frenético de lujuria y besos, mojados ambos en las cálidas notas de una canción de Auté... Sirena seductora, entona tu canto una vez más. Pídemelo que te acompañe, mujer-hechicera, y al momento, se dirigirán hacia tu puerto mis bien combadas velas. No, no es amor, estoy seguro; pero —me queda claro— que soy esclavo de tu conjuro.

Imaginario

Siempre fue una niña solitaria —esa fue su percepción toda la vida, pese a estar rodeada de una familia que se preocupaba por ella y por sus hermanas— y no cambió de parecer ni siquiera al llegar a la edad adulta. “Soy invisible”, “no soy importante para nadie”, eran frases que acudían a sus labios con frecuencia. Esa necesidad de estar con alguien y dejar de sentirse vacía le hizo concebir al imaginario.

Le creó a imagen y semejanza de un sueño que soñó tener: moreno, ojos cafés, voz grave, lo suficientemente alto para alcanzar a besar sus labios sobre las plataformas de esos zapatos rojos, los favoritos. Detallista, romántico, cariñoso y sincero. Confiado, seguro de sí mismo, tal vez con alguna habilidad artística, la cual no se había decidido a asignarle en un principio, pero se decantó por convencerse de que el imaginario era músico y tocaba el piano.

Se pasaba tardes enteras hablando de él a sus compañeras de trabajo y lo hacía con tanta convicción, que todas ellas le asumieron como real. Incluso, hubo ocasiones en que le culpó de su rostro demacrado por una noche de llanto después de una discusión con él. Pero un día comenzaron a sospechar, a cuestionar, a pedir alguna muestra de que realmente existía, porque nunca habían visto una evidencia de lo contrario. Todo lo anterior le hizo sentirse observada, perseguida y optó por refugiarse en su pequeño departamento, donde nadie la molestara ni le hiciera cuestionamientos incómodos. Cerró con

llave y se metió a la cama, cerró fuerte los ojos y deseó con todo su ser parecerse a él. Al despertar la mañana siguiente, se dio cuenta que su estructura molecular había cambiado y que ahora se encontraba formada de esa sustancia blanquecina, inmaterial y translúcida de la cual están hechos los sueños. Sobra decir que a partir de ese momento, nadie más la volvió a ver.

Te amo

—Te amo —le dije, mirándola directamente a los ojos y con la misma sonrisa ensayada que tengo para todas las demás. Ella, como era de esperarse, no se intimidó. Delicadamente se pasó una mano sobre la frente, apartando un mechón de cabello castaño y me respondió de la manera acostumbrada.

—Me encanta cuando mientes de esa manera. De todos los mentirosos, tú eres mi favorito.

Me acerqué a ella y le abracé. La sábana que nos cubría era de color azul claro. Yo la corrí con la mano izquierda para besar con libertad las pecas en sus hombros desnudos. Ella cerró los ojos y me dejó hacer, mientras el sendero de besos seguía de manera ascendente hasta su cuello. Los primeros rayos de sol se colaban por la ventana y los olores de la primavera que llegaría cinco días después, amenazaban colarse por esa rendija de la ventana que nunca habíamos reparado.

—Debo irme —comenté al fin.

—Lo sé —respondió ella con una sonrisa.

Así, sin reproches, sin llantos. Consciente de que intentar detenerme carecía de sentido. El entendimiento entre los dos y la pasión que nos unía, facilitaban una conversación plena de silencios, roces y miradas de complicidad.

—Discúlpame —dije antes de besar suavemente sus labios y girar el picaporte para marcharme a casa.

—No te preocupes —contestó ella desde las sábanas, mirándome con toda su natural sensualidad y agregó:

—de cualquier modo, la luna sigue siendo nuestra.

Cerré la puerta detrás de mí y sonriendo me alejé del departamento pensando en esa frase, en ese código que solamente ella y yo entendíamos, sintiendo en mi espalda su mirada desde la ventana.

—Así es, querida: *nuestra*.

“Si vuelves a verla, te mato”

Eso fue lo primero que vino su mente al escuchar la detonación. De hecho, no pudo pensar nada más. Sintió un fuerte golpe en la espalda, y junto con ello, una sensación de inimaginable calor que se ampliaba radialmente desde el lugar donde el proyectil había rajado su piel, atravesado el pulmón y fracturado la costilla. Cayó de rodillas, respirando con angustiosa dificultad. Estiró la mano hacia el horizonte, en un intento desesperado por pedir ayuda, pero ningún sonido salió de su garganta y se derrumbó sobre el polvo blanco de la cuneta. El autobús del que había bajado minutos antes, todavía podía apreciarse allá, lejos, avanzando directamente hacia ese círculo de fuego que lo cegaba y que hacía lucir la carretera —desde su perspectiva— como si ésta fuera un río de asfalto hirviente, extrañamente lineal.

“Si vuelves a verla, te mato”, volvió a sonar huecamente en su cabeza, como una bola de pinball que rebotara dentro de ella, de una sien a otra. Se encontró de nuevo frente a ella, ese día, el último que se vieron, un par de meses atrás. Vio una vez más la obstinada determinación en sus ojos, la misma furia de mujer que le obligó a huir, que le hizo tener miedo, sentir ese frío recorriendo su espina. Ahora, esa sensación la producía la sangre que perdía temperatura fuera de su cuerpo, al contacto con la suave brisa que seguía, sin detenerse, su camino hacia el poniente. Cerró los ojos. La gente dice que cuando estás a punto de morir, toda tu vida pasa frente a ti en un instante, pero el tiempo para un moribundo carece de sentido y, por lo tanto, la

duración de esa película retrospectiva es, efectivamente, de toda una vida.

Él no pudo voltear para identificar al agresor. Estaba casi seguro que había sido ella, *a menos que...* Una vida plagada de errores, deliberados o involuntarios lo había colocado ahí, frente al cementerio de un pueblo fantasma, al que ni siquiera el ruido del disparo había sacado de su letargo. Intentó escupir los pequeños guijarros de arena blanca y salada que se metieron a su boca cuando cayó de bruces, vestigios de que esa tierra hacía mucho tiempo, formaba parte de la laguna. “Si vuelves a verla...” Una mueca, que pretendía ser una sonrisa se dibujó en su rostro, a punto de exhalar su último aliento, recordó.

Ya no tuvo tiempo de reconocer las botas de obrero que patearon su costado con toda la ira, almacenada por años, alimentada con desconfianza e inseguridad. No era una mujer, sino un hombre. Otro error, uno de tantos cometidos durante su vida en ese afán de burlarse de las reglas y los límites que la sociedad exige para garantizar una convivencia sana entre los individuos. El hombre de las botas solo era una más de las posibilidades de muerte que se había granjeado durante su existir. Una de tantas. Descargada su ira y su arma, el hombre volvió a colocarse la argolla de matrimonio y aún se dio tiempo para regresar y escupir sobre aquél cuerpo sin vida y, mirándolo con desprecio, se alejó de ahí, dejándolo a merced de los perros, los coyotes y las ratas.

Cercano al miedo

Llegó emocionalmente exhausta —por llamarle de alguna manera—. Se arrojó de espaldas a la cama sin miramientos. Los últimos rayos de la tarde moribunda se filtraban por entre las ramas del árbol que estaba en el jardín y que cubría parcialmente la visibilidad en su ventana. Cerró los ojos y suspiró hondamente. La oleada de sensaciones que él despertaba en ella, golpeó sus sentidos una vez más. Recordó ése momento, en la penumbra de la sala de cine, cuando apoyó su cabeza en aquellos hombros fuertes, la reacción de él, acariciando su cabello y permitiéndole encontrar posición más cómoda al hacerlo. Casi sin percatarse de lo que hacía, aspiró la fragancia que aquél cuerpo desprendía y besó la parte interior de la muñeca, que había quedado a modo para tal fin. Se sobresaltó de pronto, recordando que ella no acostumbraba recostarse en los hombros, ni besar suavemente las muñecas de los hombres a los que acababa de conocer. Sus mejillas se encendieron al hacerlo y también ahora, al recordarlo. Quiso adivinar si él se habría dado cuenta, pero nada en su actitud mostró que así hubiera sido.

Ahora la temperatura descendía. Jaló la punta del edredón con desgano y se metió entre las sábanas. Le dolía el estómago y la causa era él. Recordó sus ojos claros, su voz potente y grave y una vez más, el aroma de su piel. El tropel de pensamientos le aturdió por un instante. Su personalidad obsesiva le hizo formularse un par de preguntas más, antes de caer dormida,

agotada... ¿por qué despierta estas reacciones en mí? ¿Qué hay en él que hace temblar mis manos y palpar con fuerza a mi corazón? ¿Que siento por él?

Una voz queda, como un susurro le brindó la respuesta a ésta última pregunta, pero ella —dormida como estaba—, ya no se enteró: *eso que sientes, es algo muy cercano al miedo.*

Todos los días

Todos los días, apenas despertar, derrama sobre mi almohada la miel de sus enormes ojos. Me mira intensamente. Acaricia mi cabello en silencio. Sonríe. A mitad de la mañana le contemplo, quita un mechón castaño que cubre sus ojos pequeños. Su mirada parece gris, también olivo, pero ambas y ninguna. Su sonrisa es una mueca triste. Su pálida belleza —luna radiante de mis noches oscuras— dice a gritos que me ama: eso me asusta.

A veces quiero huir del espejo de sus ojos de obsidiana. Su voz es una súplica: “quiero que me sostengas en la paz de tus abrazos, que las dagas de tus besos marquen mi piel morena, que hagan tajos de mi mapa, que vuelvas a mí, como en el principio de los tiempos, que me explores siempre, que sacies tu sed y tu curiosidad en el manantial de infinita frescura donde nacen mis besos.”

Café, negro, gris, miel, azul, pasto seco. Todos los días cambian sus ojos, su cabello, sus labios, el color de su piel, el tono de su voz. Son diferentes a cada instante y siempre son las mismas almas, las mismas bocas que dicen nuestros nombres con la costra del amor apretando su garganta. La noche me observa con su ojo bien abierto. Me juzga, me desprecia, me llama cobarde. Intento escapar. Caigo rendido de cansancio, los huesos y los músculos agotados de luchar, de correr en círculos, con los puños y los dientes apretados. El sueño me vence y, al despertar, se vuelve a repetir la historia. Todos los días la misma historia, en un continuum eterno, incontenible, inagotable.

Carta sin destino

Se acercó a la mesa de trabajo con actitud perezosa y sonrió. Esa sonrisa irreprimible que acudía a sus labios de manera natural, cuando el recuerdo de Ana llegaba a su memoria. Muchos de los amigos de ambos llegaron a describir esa relación como tormentosa —cuando menos—, pero eso no la hacía menos divertida. En esto ambos estaban de acuerdo y lo mejor de todo, fue vivirla juntos.

—Lo haré a tu modo —dijo él.

Se sentó en la silla giratoria de piel negra. Seguía pensando en ella y en la gracia que causaba ese comportamiento obsesivo que siempre la caracterizó. Recordó que, para hablar de cosas importantes, ella prefería expresarse por escrito. Él era consciente de ello y entendía cabalmente las razones por las que ella lo hacía de esa manera.

Una de las principales características del lenguaje escrito, es la permanencia. Dado que las letras se inscriben en soportes materiales que permanecen a través del tiempo, el lector-receptor tiene la posibilidad de leerlo varias veces con diversos fines: evocar un recuerdo, darle nuevo sentido a lo leído o darse cuenta de que ciertos sentimientos que se pretendían olvidados, siguen ahí, intactos. Una vez plasmado el texto, dependiendo del material sobre el que se hayan realizado las anotaciones — y a veces, de los arranques emocionales de aquellos que lo sostienen entre sus manos—, el escrito perdurará, días, meses,

años o siglos. Por otro lado, el que escribe puede tomarse la libertad y el tiempo necesario para elaborar el texto y enriquecerlo con los adornos literarios que se precisen, hasta que considere que el escrito se encuentra listo para ser enviado. Es entonces y no antes: el momento apropiado para hacerlo llegar al destinatario.

Ella misma lo dijo un día: "no se trata de escribir solo por hacerlo, siempre hay una razón, un motivo íntimo, la necesidad de una catarsis, de una liberación que solo la escritura es capaz de darnos." Pero lo mejor, es la facilidad con que se puede acceder al ritual a través de la escritura. Ella misma usaba una pluma grabada con sus iniciales, tinta china de la casa Parker y un tintero de cristal que le había regalado su abuela; un papel especial, más poroso que el común para que las palabras se absorbieran de mejor manera. Escribir se convertía entonces en algo trascendental, algo que rayaba en lo sagrado. Cada carta era precedida de una ceremonia: se llenaba los pulmones con el aroma del papel, todavía en blanco y, al terminar, nuevamente, aspiraba la esencia que desprendía el documento, impregnado ahora con parte de su energía vital.

Él se frotó las manos con agua de lavanda, con el propósito de excitar los sentidos de ella, y comenzó a escribir. Al terminar, tomó el cuaderno con la mano izquierda y rasgó la hoja para arrancarla de la espiral metálica. La dobló cuidadosamente, con más esmero que el usual. Quitó los papelititos excedentes y acercó la hoja de papel a sus labios para depositar en ella un beso breve

y suave. A continuación, abrió la caja de música, deslizó la tapa de terciopelo con el pulgar e introdujo la carta a un lado del mecanismo. No le importó que alguno de los bordes de la carta se atorase con los engranes del mecanismo, a fin de cuentas, el artefacto tenía muchos años de no producir sonido alguno, se había descompuesto y nadie se interesó jamás en repararlo.

Al día siguiente se las ingenió para colocar la pequeña caja de madera en un lugar estratégico de ese departamento del que aún conservaba una llave, cosa que ella ignoraba. La carta dentro, aguardando a ser descubierta y leída. Sin embargo, ese momento nunca llegó. Ella vio la caja, sí, pero no se molestó en abrirla. Simplemente la cambió de lugar, uno donde había varios recuerdos de él que deseaba conservar. La carta permaneció escondida, siempre a dos metros de su cama. Jamás se leyó.

Y tal vez, eso fue lo mejor.

Dile al taxista

Hace frío, mucho frío. Eso es, precisamente, lo que nos hace entrar al bar. En el ambiente flotan notas de jazz. El saxofón, el piano, la batería —y el primer tequila de la noche— me hacen entrar en calor en poco tiempo. Ella pide whiskey y brindamos por el placer de conocernos, de coincidir (más tarde quedará aclarado que no fue coincidencia: las mujeres ubican, determinan y acechan a quien quieren tener en sus vidas y en este caso, no hubo excepción). El grupo termina su presentación y siento que algo falta en el contexto. Le sugiero que nos retiremos. Pago la cuenta y buscamos un taxi que nos lleve. La idea es dejarla en su departamento y después ir a descansar a casa: he tenido mucho trabajo en la oficina y realmente me hace falta. Momentos antes de abordar pregunta pícaramente a dónde iremos.

—A dejarte en tu depa, por supuesto. Luego me voy a dormir a casa.

Mi respuesta parece decepcionarla, pero no dice nada. Abro la portezuela para ella y me sonrío. Subo después y fijamos el rumbo hacia su lugar. No pasa mucho tiempo para que los besos y las caricias suban de tono en ese asiento trasero.

—Aún estamos a tiempo —dice ella.

—¿A tiempo de qué? —le respondo.

—No, no lo diré... No caeré en tu juego —revira.

—Es que no entiendo a qué te refieres —contesto, guiñando un ojo.

—Insisto, no caeré. Lo que tú quieres es dejarme toda la responsabilidad a mí y lavarte las manos. ¡No voy a caer!

El coche de alquiler da vuelta hacia la derecha para ingresar en una avenida. Su insistencia me hace pensar que ha vislumbrado el punto de no retorno en esta aventura. No tiene mucho que nos conocemos, pero al parecer nos identificamos: dos adictos al riesgo, a la aventura, a la adrenalina, a disfrutar del momento.

—Dile al taxista...

—¿Qué le digo?

—Ya sabes... dile.

—No lo sé...

Se acerca a mi cuello y sopla tibio en él. Los vellos de mi piel se erizan. Me toma del cabello y hace un movimiento que deja su boca a un centímetro de mi oído. Muerde el lóbulo de mi oreja y vuelve a insistir, pero ésta vez en un susurro que hace volar mi imaginación y anhelar la explosión de placer que prometen las horas que le restan a la noche, antes de regresar a la rutina laboral.

—Dile...

Desarmado, vencido por el deseo, dejo de fingir y me dirijo al chofer:

—Cambio de planes, jovenazo. Dé vuelta a la izquierda en la próxima calle, por favor.

Al llegar al mostrador, hago todo lo posible porque ella no se percate de la insistencia con que me ve la camarera que se encuentra bebiendo café detrás del recepcionista. Me reconoce, estoy seguro. Ese es —precisamente— el problema de que la casualidad y las circunstancias conduzcan mis pasos siempre hacia el mismo hotel.

Un dolor

Hace más de tres meses que no la veo. Corrección: hacía más de tres meses que no sabía nada de ella. Hoy me la encuentro y así, sin más, vuelve a perturbar mis pensamientos como lo ha hecho desde el primer día.

Es la presentación de un libro en un evento dedicado a la literatura. El traje sastre color gris Oxford que ciñe su figura y el gafete que cuelga de su cuello me indican que tiene algo que ver con la organización del evento. No estoy acostumbrado a verla usando falda, por lo que, en primera instancia, dudo que realmente se trate de ella. Yo estaba hojeando algunos de los ejemplares que estaban en exhibición cuando la descubrí ahí, tan hermosa como siempre, luciendo su cautivadora sonrisa y sacudiendo esa melena —ahora corta— que lleva en una de esas tonalidades rojizas que tanto les gustan a las mujeres. Nuestras miradas se cruzan y es justo en ese momento cuando lo siento, a la altura del corazón, un pinchazo, como si alguien me hubiese atravesado el pecho con una de las grandes agujas con las que mi abuela solía tejer. La molestia es tan fuerte que decido colocar el libro en el estante y salir a tomar un poco de aire fresco. Me siento en una de las jardineras y descubro que es precisamente cuando respiro con mayor profundidad, que el dolor se vuelve más agudo. Una voz que reconozco pregunta en tono de preocupación:

—¿Te encuentras bien?

De todas las cosas que podrían suceder, ésta es la más sorprendente; en especial, por la forma en que nos alejamos el uno del otro la última vez. Quizá esa es la razón por la que no puedo articular alguna frase para que se quede conmigo más tiempo. Me gustaría mentirle, decirle que todo está bien, que no tengo nada. Pero ella siempre logra que le diga la verdad.

—No. Siento un dolor intenso aquí —y señalo con la mano derecha el lugar, bajo la solapa del saco.

—Deberías cuidarte —me dice y, mientras se aleja para regresar a sus ocupaciones, me guiña un ojo para después agregar:

—¿No será que se te rompió el corazón en el momento en que me viste otra vez?

—Es posible —le contesto con la sonrisa más forzada que el dolor que siento me permite.

No puedo evitar mirarla cuando sube la escalinata. La falda resalta su bien formado trasero y me imagino que ha estado haciendo ejercicio, pues sus pantorrillas lucen de maravilla. Me vuelve loco, lo acepto. Y estoy seguro que ella lo sabe. Una andanada de pensamientos y de recuerdos llegan a mi mente. No puedo respirar. Mi pulso se acelera y comienzo a sudar frío. Me dirijo al baño para mojarme la cara y mientras veo mi imagen en el espejo, no dejo de pensar en ella, en mis ganas de tomarla entre mis brazos, de besarla salvajemente una vez más, como lo hacíamos aquellos días, a escondidas de todos.

Después de un par de minutos me sereno un poco, pero el dolor sigue ahí. Me doy cuenta que permanecer en este lugar, observándola desde lejos, podría tomarse como acoso de mi parte o, lo que resulta peor aún, masoquismo. Decido emprender la retirada y hago lo posible por tomar una ruta que no me lleve a ella. Pero el destino tiene otros planes para nosotros. Tomo un corredor alternativo para salir al estacionamiento y justo frente a mí, aparece ella con toda su pálida y despampanante belleza caminando hacia mí, sobre sus zapatos de charol rojos.

—¿Ya te vas?

—Sí —le respondo—. Se hace tarde y tengo hambre...

—¿De mí? —Su pregunta está cargada de intención.

Me quedo helado. No esperaba algo así, por lo que mi respuesta en un torpe balbuceo solo es:

—¿Perdón? ¿Qué dijiste?

—Nada. Olvídalo —me dice, mientras me sonrío con picardía.

Ella sigue su camino y yo el mío. Su perfume queda flotando en el ambiente y yo no puedo contenerme. Aprovechando que el corredor está vacío me vuelvo hacia ella y digo en voz alta:

—Sí, tengo hambre de ti...

Ella regresa a sus actividades y yo, camino a casa sigo preguntándome cómo es que me hechizó, cómo logra tenerme prendado así, con tanta pasión, con este desbordado deseo. Mi niña, mi amor prohibido, si tu apuesta era hacerme perder el

control, volverme loco, déjame decirte que lo has logrado. Y mientras lo pienso, el dolor acomete otra vez y mis manos se crispan sobre el volante del coche.

Ganas

El espectáculo natural que se despliega ante mis ojos me obliga a hacer un alto en mi ajetreada rutina diaria. Tan cotidiano y al alcance de todos, que dudo que la gente lo pueda apreciar en toda su hermosura. El viento cálido comienza a circular entre las hojas de los sauces y produce un sonido que me hace sentir en un bosque encantado. Los rayos de sol se cuelan por los espacios que dejan los cúmulos de nubes y algunos trinos esporádicos se escuchan a lo lejos. Yo aspiro profundamente y sonrío al recordar la humedad de unos besos prodigados en este mismo lugar, un talle que encontraba cabida perfecta en el espacio que hay entre mis brazos y mi pecho, una falda negra que cedió terreno a los incansables sátiros que guiaban mis manos, durante la intensa lucha de los labios y las lenguas. ¿Cómo no recordarla? Su piel morena, sus ojos grandes y claros, su cintura breve, sus piernas largas, sus hombros perfectos, los senos redondos y firmes, el cuello, la sonrisa misteriosa, pero — sobre todo—, la intensidad de los besos.

Sumido en este trance, mi mano derecha se mueve como si tuviera voluntad propia hacia el bolsillo del saco. Sin usar la otra, con un hábil movimiento de los dedos índice y medio, saco de la cartera su fotografía. Mis labios son sorprendidos por la segunda sonrisa inevitable de la tarde, mientras pienso que debí disparar la cámara aquella otra tarde de locura, de escapatorias, de preguntas con respuestas obvias, para obtener esa fotografía

que ella cree que tengo, pero que nunca tomé. Y de lo cual me arrepiento todos los días.

Desde la cartera, una hoja de papel azul, doblada en ocho partes, cae junto a mis pies. Es verdad, siempre las llevo juntas, no lo recordaba. Esa hoja, regalo suyo, guarda un texto que es lectura obligada todas las noches, antes de dormir: un conjuro que exacerba mis ganas de verla de nuevo, de volver a correr los senderos de su piel sobre el potro desbocado de mi lengua. Siempre que lo hago me pregunto si ella me recordará en alguna ocasión o si tendrá idea de lo mucho que aún me excita incluso mencionar su nombre, desde la nocturna prisión de mis sábanas.

Me inclino para tomar la hoja de papel que cayó al suelo y la desdoble cuidadosamente. El contenido, la sensual mujer que escribió la nota y lo que me hace sentir su lectura, confieren a dicha pieza un nivel de fetiche que me obliga a leerla con calma y mesura. Se ha vuelto objeto de ritual y debo conferirle el respeto que, como tal, se merece. Dice así:

Durante la ducha pensaba en ti, imaginaba tu miembro erecto y despertó mi libido, recordando nuestros cuerpos desnudos y fundidos en uno... Solo una sombra... Solo tú y yo... ¡Solo uno! Recuerdo tus tibios labios corriendo por mi espalda, sedientos de amar, con ganas de ser saciados por el tibio néctar que fluye de mi cuerpo. Tus besos penetrantes, como dagas al pecho, tan ardientes como el fuego. Acaricia mi ser, toma mi cuerpo y hazlo que se estremezca hasta obtener el goce total. Ámame, ¡no te detengas! Disfruta el vaivén de mi cuerpo. Besa mi sexo. Siente el agitado palpitar de mi pecho

mientras te colmo de placer. Al escribir esta nota mi corazón latía más fuerte, mi pulso se aceleraba y yo... ¡Oh, no puedo describirlo con palabras! Lo que descubrí es que mis ganas de ti permanecen intactas en mí y esperan ansiosas la salvaje acometida de tu persona, de tu ser, de ti.

Momentos y oportunidades

Se detuvo de repente, como hacen las personas cuando recuerdan las cosas importantes. Se sacó de encima el abrazo y sus ojos, oscuros, como el café cargado, se abrieron un poco más de lo usual. Después recuperaron su mirada de mujer en aparente calma, para luego volver a los de él y perderse en ellos por tres segundos, que para ella fueron tres eternidades.

—¿Qué estamos haciendo? —preguntó al fin.

Él no respondió. Se dio tiempo para contemplar ese rostro moreno de expresión desconcertada, enmarcado por los negros cabellos que ocultaban un poco la frente perlada de sudor a causa del calor de los cuerpos. Acarició con sus dedos la tersa mejilla y los labios entreabiertos que minutos antes le colmaban de besos.

—Disfrutando del momento —dijo él.

Después de una breve pausa, todavía agregó:

—Estos instantes, las cosas que estamos viviendo ahora, no se volverán a repetir: cada segundo debe ser aprovechado al máximo. Debería ser una obligación tomar cada momento como lo que realmente es: una oportunidad.

—Entonces yo deseo tomar mi oportunidad y disfrutar este momento junto a ti —interrumpió ella, abruptamente, casi como una niña.

Él todavía intentó decir algo más, pero ella y la mordaza de besos con que selló sus labios se lo impidieron por completo.

No ella

—Que descanses, mi amor...

Apenas terminó la frase, se cubrió la boca con ambas manos y sintió el rubor en sus mejillas. Afortunadamente estaba oscuro y no podía verse nada en la habitación. Solo un rayo de luna se colaba entre las cortinas, al centro de la ventana. La única persona que podía haberla escuchado era él, pero hacía más de quince minutos que no pronunciaba palabra, así que seguramente estaba dormido. Retiró las manos y suspiró aliviada. Que de sus labios saliera algo así era un signo de debilidad que no podía permitirse. No. Jamás. No ella: la que siempre dominaba sus emociones. No ella: la que siempre estaba en control. No ella: la fría, la insensible, la que no confiaba en nadie. Pero entonces, ¿cómo explicarse lo que acababa de suceder? Esa frase surgió sin pensarlo, mientras acariciaba el cabello negro y la oreja derecha del hombre recostado a su lado. La cabeza le dolía de tanto pensar en el mismo asunto. Trató de convencerse a sí misma de que todo había sido un sueño y que nunca dijo algo así. Un largo historial de decepciones le había curtido el corazón y tiempo atrás decidió no confiar más, no querer más, no enamorarse jamás, pues sabía que los sentimientos la volvían vulnerable.

Él, envuelto entre la sábana y de espaldas a ella se limitó a sonreír. Tal vez algún día le contara que no estaba dormido y que la había escuchado claramente en esa ocasión y también en todas las anteriores.

¿Por qué lo haces?

Llegó enfundado en aquellos vaqueros gastados de las rodillas que marcaban sus piernas. Una camiseta roja, sin estampados y una chamarra negra de piel, con franjas blancas en el pecho. No fue así como lo conoció, pero sí era esa la imagen que de él guardaba en su mente. La desarmó con la misma sonrisa de siempre y le dio el acostumbrado beso en la mejilla. La tarde, se había oscurecido de nubarrones y el viento soplabla con fuerza desde el poniente, despeinando los cabellos rubios que eran castaños cuando la conoció. En un solo movimiento se quitó la bufanda y la colocó alrededor de su cuello.

—Es para ti: un regalo.

La abrazó. Aspiró su perfume rozando apenas, con su nariz, el lóbulo de su oreja izquierda. Ella cerró los ojos y se estremeció, le dejó hacer, pero repentinamente se alejó de él, dando un paso hacia atrás y mirándolo con intensidad. Sonrió sin alegría.

—Debería ser delito oler adolescentes, ¿recuerdas?

Tarde lluviosa, la penumbra de una sala de cine, la excitación de estar juntos a solas y a escondidas, después de algún tiempo. Escenas que parecían tomadas de su propia historia. ¿Quién podría olvidarlo?

—Claro que lo recuerdo —contestó él.

Se acercó a ella con esa actitud decidida que tanto la impresionó desde el primer momento. Ella se alejó un paso más y su espalda se encontró con la pared. Él tomó ventaja y la besó en la boca

entreabierta, despacio primero, mordiendo suavemente el labio inferior, que parecía ofrecerse al demonio de su lengua. Ella abrió los ojos, respirando agitadamente y preguntó:

—¿Por qué lo haces?

—¿Hacer qué? —respondió él, como si lo ignorara. Por su cabeza cruzó la idea de contestarle que lo hacía porque podía hacerlo, porque era divertido o simplemente porque le excitaba el juego, pero ella no le dio tiempo de hablar, tomándolo del cinturón, fue ella quien lo besó a él.

—Esto no está bien —dijo ella, acariciándole la mejilla.

Justo en ese momento sonó el celular. Respondió sin prisa y con tranquilidad, como si nada estuviera pasando.

—Es él —dijo al mismo tiempo que presionaba el botón de colgar—. Me preguntó que si tardaría mucho en llegar.

—Te acompaño. Tomemos un taxi.

No pasó mucho tiempo para que abordaran un coche de alquiler en cuyo asiento trasero se prodigaron todos los ardientes besos que la situación les permitió. Él bajó dos cuadras antes —como siempre— y siguió al vehículo con la mirada hasta que éste se detuvo en la casa azul donde la esperaba el otro: el que todos conocían, el que no tenía que esconderse.

Ella volteó hacia donde se encontraba él y todavía se dio tiempo para soplar un beso desde su mano. Él lo recibió de pie junto a las vías del tren, sacudió la cabeza y preguntó al silencio, *¿por qué lo haces?*

¿Dónde estás?

Te busco con la mirada y no te encuentro. Abro la ventana y escucho el trino de las aves, pero la ausencia de tu voz produce un hueco en la sinfonía. ¿Por qué desapareces así, sin dejar rastro? ¿Por qué te alejas sin dejar una prenda impregnada de tu perfume que alimente mi fetichismo, mi sed de ti, mi lascivia de tus besos?

Dame una señal que indique tu presencia, que me haga creer que tus alas no se han abierto con rumbo distante y desconocido. Quiero sentirte, mirarme en tus ojos y besar —contra todo— tus labios delgados, ausentes, casi imaginarios: labios que no me pertenecen.

Déjà vu

Hace un rato que me observa sin decir palabra. Tiene esa mirada que tanto asusta a cualquier hombre: amor entregado y sin reservas. Sonríe.

Me levanto a cerrar la ventana. La última corriente de aire me había producido un escalofrío. Regreso al *love-seat* color chocolate y ella de inmediato se recuesta sobre mis piernas. Cruzo la izquierda sobre la derecha para permitir posición más cómoda para su cabeza. Vuelve a sonreír como una chiquilla. Yo acaricio su mejilla con el dorso de los dedos de mi mano derecha. Ella me deja hacer sin restricción alguna. Suspira. Yo no digo nada, no es necesario. A ella le basta mi presencia para sentirse contenta. Al menos eso es lo que me ha dicho. Paseo la mirada por los muros de la habitación. Detengo la vista al llegar al reloj de pared. Pronto darán las ocho de la noche.

—¿Tienes algo qué hacer?

Le escucho decir allá abajo, recostada en mi pierna. Volteo lentamente y sonrío para ella.

—No, ¿por qué?

Siempre he sido un hombre de pocas palabras. A veces son un lujo innecesario.

—Me dio esa impresión.

Le beso en los labios para que deje de preguntar. Da resultado.

—Te quiero mucho —me dice, mientras pasa los dedos de su mano izquierda por mi cabello, mirándome intensamente.

Estoy a punto de contestarle cuando suena mi celular. Un mensaje. No es necesario que lo vea y decido no hacerlo. Ya lo leeré cuando llegue a casa.

—¿Es la otra?

La pregunta me saca de balance por un momento, pero contesto con la calma del que está acostumbrado a mentir.

—No. Seguramente es un aviso de la compañía telefónica.

Le beso una vez más y, mientras lo hago, no dejo de pensar en la extraña coincidencia de que las tres me hayan preguntado lo mismo esta semana.

Es lo mejor

Suena el celular y abro los ojos con dificultad. El reloj de pared se detuvo a la 1:45. Puedo escuchar el estéril tic-tac, aunque las manecillas no avancen. Son las nueve de la mañana y el sol entra a raudales por la ventana sin cortina de mi cuarto. Es ella. No esperaba que me llamara. No después de lo que sucedió hace unos días. Contesto, preocupado por ella y aún adormilado y confundido. Escucho su voz del otro lado de la línea.

—Estoy afuera —dice, sin disimular su molestia.

Yo balbuceo algo, no sé qué. Me visto lo más rápido que puedo con la ropa que tengo a la mano, abro la puerta de la casa y salgo a su encuentro. Me miro en sus ojos color avellana. Siguen siendo resplandecientes a pesar de la furia con que me mira. Ha estado llorando. La veo y la escucho sin ninguna distorsión, a pesar de la resaca. Dejo que la andanada de reproches me golpee en directo, sin oponer ninguna resistencia. Me habla del infinito amor que siente por mí, de lo poco que demuestro mi cariño, de su certeza de que yo prefiero estar con otras personas y no con ella.

—Te vieron. Toda mi familia te vio.

Ignoro a qué se refiere o qué día me vieron. Incluso desconozco qué es lo que me vieron haciendo. Me siento confundido, pero no digo una sola palabra.

—¿Sabes el ridículo que me has hecho pasar?

Comienzo a entender. Quisiera que el enojo fuera todo de ella, que emergiera el odio desde su interior, como el volcán que adivino en su ser. Esa última pregunta me hace pensar que lo más importante en este momento de furia no es lo que ella siente, sino lo que la gente, su familia, opina de ella. Le da más importancia a lo que piensen otros que a su propio dolor y eso no me gusta. Yo, por mi parte, permanezco callado. Me veo tentado a abrazarla, pero dudo que eso le haga bien ahora. Necesita desahogarse, dejar salir toda su rabia. Toma una bolsa de plástico y me la arroja al pecho. No necesito abrirla para saber que dentro de ella vienen las cosas que le he regalado. Dice que me odia y, sinceramente, creo que es lo mejor. Mi confusión cede un poco cuando escucho las preguntas, una tras otra, en metralla: ¿por qué no me pediste a mí que pasara por ti? ¿Por qué soy la última en enterarme de las cosas que haces?

Decido continuar en mi mutismo. No le diré lo mucho que me duele verla llorar por causa mía. Tampoco le contaré acerca de ese viaje a la capital del que nadie sabía, ni de las coincidencias de esa noche, a mi regreso. No le hablaré de aquella persona que decidió continuar sus sueños, su camino y su propia historia en una ciudad distinta a ésta. No mencionaré la llamada al celular diciendo que se encontraba de paso y que deseaba contarme algo importante, ni la sugerencia de que, si yo no tenía inconveniente, ella podía pasar por mí a la terminal de autobuses a la cual yo iba a llegar en diez minutos más. Tampoco le diré del abrazo de felicitación, de mi sincera alegría porque el proyecto de aquella persona fuera por fin aceptado y que sus

sueños tomaran rumbo allá, lejos, en esa nueva vida que se estaba forjando por ella misma, basada en sus méritos personales. Nada. No diré nada. Dejaré que me crea la peor persona del mundo, que me odie. Que esas ganas que tiene de mutilarme se agiganten y le den la fuerza que necesita para alejarse de mí. Justo ahora, estoy más convencido de que no le causo otra cosa que malos ratos. Seguiré en silencio. Ni siquiera le diré que está equivocada en su percepción: que ha logrado lo que nadie jamás había podido, que le he dejado permear en mis actividades de una manera en que ninguna otra mujer lo ha hecho antes y que si no la amo de la manera que ella desea y espera, esto no significa que no la adore con toda la intensidad que mi forma de ser me permite.

No lo voy a decir. Dejaré que me aborrezca, que me elimine de su vida, ya que tanto daño le causo. Ella se merece solo cosas buenas y yo no aparezco en esa lista. Que me odie. Es lo mejor.

El retrato

En este momento sostengo entre mis manos la pieza de madera que enmarca la primera fotografía que nos tomamos juntos, ésa que ella solía tener en el buró, junto a su cama. Que yo la tenga en mi poder solo puede significar una cosa: se ha cerrado el círculo. Ella me observa desde el papel fotográfico, con sus ojos cristalinos y expresivos. Sonríe con la boca y el lunar —los labios en forma de corazón—. De los lóbulos de sus orejas cuelgan unas arracadas de plata. Los tonos sepia de la imagen no impiden que yo recuerde perfectamente el color de la blusa y el collar que usó esa tarde soleada de febrero: el estilo del bolso de mano, los *leggings* ajustados a sus bien torneadas piernas, las botas de piel, el aroma de su perfume, ese peinado que pocas veces volví a ver.

Yo estoy sentado en la orilla de la cama, con la luna de octubre en mi ventana sin cortinas, y el retrato entre las manos, sabiendo que ella ha cerrado el ciclo. Yo lo asumo como tal, y sonrío con agrado, pensando en nosotros, como tantas otras noches de luna llena y deseando que encuentre su felicidad. Ella seguramente piensa que no la recuerdo, que no es importante para mí. Pero nada más alejado de la realidad: el retrato ha dejado de tener un lugar junto a su cama, pero ella nunca perderá el que se ganó en mi historia y en mi corazón. Además —lo haya aceptado, lo sepa o no—, la luna seguirá ahí, para vincular los sentimientos, los latidos, las vibraciones y por encima de todas las cosas, los deliciosos recuerdos.

Momentos mágicos

*"Ahora que las floristas me saludan,
ahora que me doctoro en lencería,
ahora que te desnudo y me desnudas
y en la estación de las dudas
muere un tren de cercanías..."*

Joaquín Sabina.

Se vieron temprano ese día, después de una semana de trabajo intenso en los empleos de ambos. Por fin un poco de descanso, sin el incesante bip de las impresoras ni el monótono golpetear de los dedos sobre los teclados. Solo el aire libre de humo de cigarrillo que les brindaba el parque y el sonido de las hojas secas bajo sus pies. Los pequeños cúmulos de nubes allá, en el cielo azul, hacían adivinar que la tarde sería aún más fresca. Se detuvieron un poco para escuchar al viento silbar entre las copas de los árboles y disfrutar de esos sonidos que se aprecian mejor cuando la mayoría de la gente de la ciudad trata de protegerse del frío dentro de sus propias casas. El domingo recién se partía por la mitad. Lo de ellos era caminar. Los autos les representaban un candado a lo emotivo y a la espontaneidad, a menos que ambos se encontraran en el asiento trasero. Atender al volante y a la palanca de velocidades resulta en un terrible distractor.

Ahora caminaban por una callejuela empedrada. Ella colgada del brazo de él. El rojo del semáforo peatonal cedió y pudieron cruzar la avenida. Entraron a una tienda de libros usados y

extendieron la mano a un tiempo, para tomar el mismo libro. Algo relativo a mujeres con prisa y licántropos domesticados. Ante el gesto, no tuvieron más remedio que sonreír.

Entraron a un restaurante. Un edificio de paredes de piedra, con árboles enormes al centro de la construcción. A sus pies, con un golpecito seco, cayó una flor anaranjada con forma de campana. Comieron pizza y bebieron tinto, como si fuera una celebración. Celebraron que no había nada que celebrar. Reían estruendosamente ante la mirada molesta de algunos comensales, gente que no entiende lo importante que es brindar y abrazarse precisamente durante las *no-fechas*, sin motivo aparente: simplemente porque se tienen ganas.

El sonido ambiental hizo sonar una melodía que ambos conocían y que los vinculaba emocionalmente, aunque ella no lo hubiera dicho y él nunca confesara que lo sabía. Al salir del restaurante, cayó otra flor, idéntica, justo en el mismo lugar que antes y se enfrascaron en una discusión acerca de los *déjà vu*. Al salir, una leve llovizna les dio la bienvenida. Ellos respondieron con un beso, sobre la acera mojada. Alguien ensayaba en un piano desde un lugar que no se podía determinar. Ella abrió los ojos y sonrió.

—Quiero ir al cine —fue lo único que dijo.

Él asintió con una inclinación de cabeza. En la penumbra de la sala se besaron una vez más, muchas veces más, ignorando la mirada envidiosa que los escrutaba desde la fila L. “Qué

descaro”, dijo una voz a la que, al igual que a la película, no le prestaron atención.

Cuando salieron del cine, la luna ya brillaba, alto, en el cielo. Caminaron un poco más y ella se enredó en su cuello para besarle una vez más. Él pasó las manos por su espalda para poderle abrazar, lo cual le hizo estremecer. Justo en ese momento, fuegos artificiales iluminaban el cielo. No era ninguna fecha importante en el santoral, por lo menos ninguna de la que ellos estuvieran enterados. El espectáculo siguió por varios minutos más, allá, lejos.

—¿Te has dado cuenta que cuando nos vemos hay un montón de cosas mágicas que simplemente suceden? —dijo ella alegremente.

—No —dijo él—, incapaz de percibir el mundo con la claridad que a ella le permitían los cristalinos ojos de miel.

¿Quién se ha creído?

"Cuando estás, ya no están los demás.

Cuando te vas, tengo ganas de llorar

perdía en el sillón de mi cuarto

pienso en ti con mis manos..."

-Bebe.

Hace rato que intento conciliar el sueño, sin resultado alguno. Y la culpable es ella.

Cansado de dar vueltas hacia un lado y hacia otro, decido encender la luz. Coloco las manos bajo la nuca y quedo absorto contemplando el filamento de la bombilla durante un momento (o lo que parece ser un momento). Cuando volteo a ver el reloj en mi muñeca, ha pasado casi media hora. Me siento en la orilla del colchón y, aún deslumbrado por la luz en las pupilas, arrojo sobre mis hombros desnudos lo primero que encuentro. Atravieso el patio y veo el cielo estrellado entre las ramas del limonero. No hay nubes, pero tampoco luna. Me dirijo a la cocina, sirvo agua en un vaso, y regreso al comedor en una sucesión de movimientos mecánicos. Coloco el celular sobre la mesa y abro su mensaje una vez más. Tres palabras son las que no me dejan dormir: "pienso en ti."

Apago el aparato y lo arrojo lejos de mí, sobre el sofá. Con los codos en la mesa y las manos en el cabello pregunto en voz alta: ¿Quién se ha creído? Nadie responde. Ella no está ahí. Al menos no físicamente.

Son mi desesperación, mis horas sin sueño, mis días sin ella y mi orgullo maltrecho quienes lo preguntan. ¿Quién le da el derecho de irrumpir nuevamente en mi vida? (Irónicamente, me doy cuenta de que nunca se ha ido). ¿Y con tal facilidad? Un simple mensaje de texto enviado a las once de la noche con cincuenta y dos minutos y mis ideas vuelven a orbitar en torno a ella. Le descubro en mi mente como antes: mi obsesión, el objeto de mi lujuria, la pasión malsana que me hace sentir tan vivo, mi fruta prohibida, mi adicción al riesgo y al dulce veneno que tienen su lengua y sus besos. La deseo más ahora que el destino nos hace coincidir, que la puedo ver, de lejos al menos, desde el barandal del segundo piso. Me matan las ganas por correr a ella, tomarla en un abrazo, rodear su cintura, levantarla en vilo y probar sus labios y su cuello en un beso apasionado y voluptuoso, en un éxtasis que imagino vampírico.

De a poco, me voy quedando dormido, sumido en mis fantasías. Recordando aquellos días en que fuimos amantes (aunque de manera estricta, nunca dejamos de serlo). Días de escapes, de llamadas perdidas que nos buscaban a los dos. Tardes de sospechas, de preguntas que se contestan con mentiras. Noches de sexo llevado al extremo más lejano que los instintos pueden permitir. Son las tres de la mañana. Vencido por el sueño y el cansancio que me provoca pensar en esta situación, me he quedado dormido sobre la mesa del comedor.

Esta impresión fue realizada en Impresos y sellos de goma, Héroe de Nacozari 75, interior 5, Centro, Morelia, Michoacán, en el mes de diciembre de 2020. El tiraje fue de 100 ejemplares.